

Mariano Rosquellas, primer cantor de Buenos Aires

Néstor Guestrin



(...)porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas, y por consecuencia, sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura, y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra por sus posiciones físicas, por las vicisitudes de la guerra, y por los cálculos de la política.

Carta de Jamaica - Simón Bolívar

ROSQUELLAS, D. Pablo: natural de Madrid: juró plaza de cuarto viola de la Real Capilla á 28 de marzo de 1805; despues fue violin de Cámara de S. M. , habiéndonos asegurado personas competentes en la música, que Rosquellas *no tenia rival en Europa como violinista*. Se fue á Rio-Janeiro con motivo de la guerra de la Independencia, de donde no quiso volver, y en cuya ciudad es probable que falleciera. á pesar de las instancias que de la corte de España le hacian para que regresara á ella. Era reputado por el primer jugador de billar. Hay que advertir que en la Real Capilla ha habido varios apellidos de *Rosquellas*, y de los cuales hacemos tambien mencion en las Efemérides (*).

Efemérides de músicos españoles – Baltasar Saldoni – Madrid, 1860 –
Págs. 210 y 211.

Mr. Rosquellas* may be called the founder of the Buenos Ayres Opera; for, until he came, the orchestra was very indifferent. Mr. Rosquellas speaks English, and is married to an English lady. He has been in London, and, I believe, sung with Braham there. He was ably seconded by Señor Vacani, also from Rio Janeiro, the best *buffo* I have seen (Naldi, perhaps, excepted): We had the music of Rossini night after night to delighted audiences: the duet of “*Al' idea di quell metallo,*” from “*The Barber of Seville,*” is as great a favourite here as in Europe.

A Five Years' Residence in Buenos Ayres during the years 1820 to 1825
(By an Englishman) – London 1825 - Pág.26

1

El 28 de febrero de 1823 Mariano Pablo Rosquellas hacía su concierto de presentación en el Teatro Coliseo de Buenos Aires cantando arias italianas, algunas canciones españolas y otras propias.

Al día siguiente la parda Jacoba se presentó en su habitación del Hotel de Faunch anunciándose como un presente de su ama, la señora del gobernador Rodríguez, quien fascinada por su musicalidad y en agradecimiento a la magnífica velada a la que había asistido ponía en sus manos este regalo.

En su vida de artista había recogido diversas muestras de agradecimiento a su arte, pero que en aquel recóndito lugar del sur del mundo recibiera algo semejante lo llevó a pensar que éstas eran tierras vírgenes y promisorias para desarrollar su actividad. La sonrisa amplia de Jacoba, el gesto cálido y su solícita actitud lo llenaron de asombro tanto quizás como él había proporcionado al público de la noche anterior. El había deslumbrado con su habilidad de cantante aprendida en el centro del mundo, y ahora esta tierra lo deslumbraba a él con las exuberancias de una descendiente de otro continente también lejano y aun más desconocido. Extraña tierra ésta, punto de reunión de seres de distintos orígenes, extranjeros en un suelo que los apropiaba. Entre sus trajes de actuación, su violín y algunos papeles escritos con pentagramas y notas hizo un espacio

para que Jacoba encontrara allí también un lugar. Su hijo Mariano, un mozo adolescente, descansaba en la habitación contigua.

Ella hizo lo que sabía hacer, acomodó los trajes usados, limpió algo derramado, cerró el estuche del violín, susurró alguna melodía traída por sus antepasados y luego apagó la vela que iluminaba la habitación. ¿Cómo explicaría él todo esto?

Unos días antes, el 20, Rosquellas había llegado a bordo de la goleta de guerra francesa Leonesa con su hijo Mariano desde Río de Janeiro. Algo le habían hablado de esta ciudad a orillas de un enorme río, ahora con gobernantes ávidos de traer lo mejor del mundo civilizado y con gente deseosa de ver el progreso. Se embarcó con su hijo en una pequeña nave de paso por el Brasil hacia este puerto de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires en un acto quizás irreflexivo, una forma de nombrar el enorme dolor por un engaño terrible. Después de algunos días de navegación bordeando la costa americana llegaron a la más austral de las ciudades que hablaban su mismo idioma, el confín sur de lo que fuera la España imperial, ya desgajada.

El desembarco fue bastante molesto y precario. En esto se veía cuánto era lo que faltaba de tal progreso. Primero un bote se acercó hasta la nave entrando en medio del río, aquí de poca profundidad pero bastante alejado de la costa. Luego de éste debieron trasbordar a un carro de altas ruedas tirado por caballos que los trasladó finalmente hasta tierra firme entre saltos y golpes. Su equipaje numeroso no se salvó del barro y las salpicaduras, y el agua dulce del Río de la Plata, a pesar de su nombre muy poco plateado y argentino, más bien amarronado y oscuro, le hizo de elemento de bendición en su llegada.

Las autoridades aduaneras, lo que le llaman el Resguardo, al ver tal cantidad de bultos, tantos trajes, tantas telas, desconfiaron de él, aun

cuando exhibía sus papeles en regla de ciudadano español. Tuvo que explicarles su condición de artista, de cantante, de la necesidad de sus cambios de vestuario para la escena, no era un comerciante, no venía a vender lo externo, con tono vehemente como era su característica les decía que él venía a llenar lo interno y para ello tenía que ilusionar con lo externo. Claro, no había costumbre aquí de recibir a este tipo de viajeros. Luego de muchos entredichos, actas a firmar, declaraciones juradas y aun con desconfianza de los funcionarios, hizo cargar sus bultos y pudo encaminarse hasta la calle de la Catedral, no muy lejos de donde había pisado tierra firme, al lugar que le habían recomendado, quizás el único a su nivel, y tomar un par de habitaciones en el Hotel de Faunch.

Se sorprendió al conocer a sus dueños, Mrs. Mary Morley y Mr. James Faunch, distinguido y elegante matrimonio inglés con quienes podía hablar de igual a igual, como lo hacía con su esposa, Leticia de Lacy. Ella, hija de irlandeses, había quedado en Río de Janeiro envuelta en un mar de contradicciones, de habladurías y de bochorno. Él se había largado a este viaje, a esta aventura, más como una forma de escape a una situación dolorosa que la de probar nuevos caminos o ir a lugares distantes en busca de nuevos públicos, como habían sido sus viajes anteriores. Venía con su hijo Mariano, más serio que él, con mejor juicio y mayor prudencia. La madre le había encargado que cuidara a su padre y lo ayudara en este momento. Era un artista y su sensibilidad exaltada podía hacerlo caer en problemas. Un temperamento desbordante, extrovertido e impulsivo, propio de un cantante, además con formación italiana, y con un duro golpe emocional a cuestas, tenía que contrabalancearse con este hijo que podía y debía sacarlo de apuros.

Era lo que le había recomendado la madre a Mariano hijo. En rigor, ella no era su madre, sino la madrastra, pero el joven siempre la había sentido así, con el mismo cariño. Lo poco que conocía de su verdadera

madre era lo que su padre le contaba y algún vago recuerdo de infancia. Polonia Muñoz, así se llamaba, había muerto en Madrid hacía mucho tiempo, cuando él tenía pocos años de vida. Ahora, a sus dieciséis, ella era sólo un nombre lejano, una imaginaria reconstrucción a partir de los pocos relatos de su padre. Muchas veces pensaba que él se parecía más a su verdadera madre lejana, que a este padre aventurero y audaz. Algo sabía de música, pero esa no era su vocación. Prefería una vida más tranquila y sin tener que exponerse en un escenario al juicio de los demás. Veía a su padre gozar en una representación exponiendo los dramas del mundo, ya como personaje heroico, como amante desdichado o como tantos otros papeles que jugaba en las óperas que se representaban. El no. Hubiera querido seguir en la corte de Madrid, o en la de Río de Janeiro o en las comodidades de Londres.

Al ver ahora esto que ni parece una ciudad, con calles más semejantes a pantanos donde los carros se hunden en el barro, tan llenas de basura que no se puede caminar, incluso con animales muertos, con un olor insoportable, lleno de moscas y de cuantos insectos andan por el aire en este verano caluroso y húmedo, ¿conocerían algo de música, de ópera, de representación teatral en este lejano rincón del mundo? Lo que había visto en ese trayecto desde la rada hasta el hotel no era el paisaje de una gran ciudad. Era una visión triste de casas bajas, hechas de barro, sin la elegancia que él conocía de las ciudades europeas. Esa plaza que habían cruzado, que le llaman 25 de Mayo, poco tenía de plaza, parecía quizás un potrero. Más con la enorme fortaleza que da hacia el río, rodeada de un foso lleno de agua y basura, y con cañones que apuntan a un incierto enemigo. ¿Esta es la ciudad que quiere ser europea? Llegar a este hotel y hablar con sus dueños en un perfecto inglés, esto era lo único que se parecía a lo que él conocía de sus pocos años de vida.

La noticia del arribo de un músico y cantante profesional con su hijo desde la corte imperial de Brasil corre enseguida entre los habitantes de la pequeña ciudad. Los miembros de la Academia de Música creada el año anterior se interesan y quieren conocer a los visitantes, además invitar al eminente artista a organizar su presentación en el teatro donde se dan funciones regularmente dos veces por semana. Mr. Faunch los presenta a su amigo, el ministro Rivadavia, quien se entusiasma con los antecedentes y la trayectoria del visitante, y les saluda en un perfecto inglés. El le aclara que es español y puede hablar en su mismo idioma.

Entre los que se acercan está el maestro Vincenzo Tito Massoni, violinista y director de la orquesta del teatro, ya conocido suyo de actuaciones anteriores en Río de Janeiro. Sus elogios avivan aun más el deseo por escucharlo en el pequeño grupo de melómanos locales.

Mariano padre ahora está feliz. Es recibido como lo que siempre quiso ser, un gran artista que concita el interés de un público especial y conocedor, según presume, de la mejor música y el teatro musical de la época. Y Mariano hijo se solaza al ver a su padre que consigue la atención y el respeto en un ámbito desconocido pero hospitalario y abierto a lo que viene desde donde ellos vienen. Su padre trae lo mejor del arte europeo, una sólida formación italiana, el gusto de la corte de Madrid, la elegancia inglesa y el respaldo de sus éxitos ante la corte brasileña. Está todo preparado para un gran comienzo en Buenos Aires.

-Buongiorno signori. Voglio presentare al maestro Rosquellas venuto dal Brasil e dalla Europa...

El director Massoni desde su atril hace la presentación en el primer ensayo del ilustre visitante a los músicos de la orquesta. En la platea con curiosidad observa el joven Mariano. El italiano es el idioma de los

músicos, el viejo dicho de su padre es confirmado con este breve discurso. El amplio espacio interno del teatro da un poco de fresco a esta mañana un poco calurosa y húmeda. Su vista va del escenario hacia los costados. Dos pisos de palcos, luego otro dos más, calcula qué capacidad puede tener esta sala. Y... bastante. Dicen que más de mil personas.

Al ver desde afuera da otra impresión. Parece un enorme establo, la puerta de entrada da esa idea, un frente que es sólo una pared ciega, sin ningún ornamento, se bifurca hacia ambas calles de la esquina donde está ubicado. Sólo se observan en la parte superior algunas pequeñas aberturas como ventanas, y más arriba cubre un techo a dos aguas. Al frente del solar una iglesia con la que, según razona, debe haber problemas en los días de recogimiento religioso. Por eso escuchó decir no siempre hay funciones de teatro o música. Se debe seleccionar la fecha con cuidado especial, sin superponer con días santos, los sacerdotes son severos al respecto y no permiten tales licencias, a pesar de que el actual gobierno está enfrentado a ellos.

Suena algo de lo que se tocará en el concierto. El ataca a media voz para no forzarse, como ya lo había aclarado. Después de un largo viaje con cambios climáticos y bastante cansancio no quiere resentir su voz. El joven mientras tanto sigue observando a su alrededor: la platea tiene varias filas de asientos largos divididos por brazos como lunetas, calcula unos doscientos o trescientos lugares, todos forrados con pana para que no sean tan duras y den algo de comodidad. Lo que se escucha es un aria de Rossini, allí su padre se siente a sus anchas.

Levanta la vista y descubre la leyenda inscripta con letras doradas y grandes adornos adelante del proscenio: “Es la comedia espejo de la vida”. Ahora interpretan una canción española, alegre y picaresca. Y su padre se refleja a él mismo en el ensayo de su actuación como el espejo que alude aquella frase. El ya conoce toda esta música, la escuchó muchas veces. Y

estos músicos no lo hacen tan mal. Tienen oficio, como suele decir papá. Al director, este señor Massoni, se lo ve a gusto y en sus gestos da la impresión que aprueba el resultado. En este momento él preferiría salir a caminar por ahí, conocer a otros u otras de su misma edad, pero su obligación es estar ahí como se lo prometió a mamá. Es una mañana de calor, aunque no como el de Brasil. Son unos pocos días aquí, ya volverán. Violines, clarinete, violoncellos, flautas, todo lo que suena se mezcla en una masa de notas que no le interesa demasiado escuchar.

Terminado el ensayo, Mariano padre, agotado pero más que contento, exultante, saluda a cada uno de los músicos y se queda hablando largo rato con el director. Habrá un par de ensayos más, es lo que arreglan, para tener todo el repertorio seguro. El concierto será en la noche del viernes 28. Además de Rossini, programan algunas canciones españolas y otras que él ha compuesto. Quiere presentarse también como compositor. Por ahora el violín, no. Hay buenos instrumentistas y ser escuchado como ejecutante no es lo que más le interesa. El no se siente un virtuoso del instrumento, quiere lucir su canto y de modo especial aquella técnica vocal que aprendió en Italia, centro mundial de la ópera.

Salen del teatro, ¡por fin!, y caminan la poca distancia que hay hasta el hotel, entre charcos y barro, con saludos aquí y allá a cuantos se les cruzan. Es el músico recién llegado con su hijo, comentan quienes los ven. El padre silba y tararea una melodía, y el hijo lo sigue alentado ahora por verse tan bien reconocido. Una buena comida les espera preparada por la señora de Mr. Faunch, Mrs. Mary Morley, como sólo ella lo sabe hacer. Al fin y al cabo esta pequeña ciudad no luce tan mal, piensa el joven, sin saber todavía que ahí está su destino.

-Mi querido maestro -lo recibe Mr. Faunch con su tono de inglés ceremonioso y una sonrisa dibujada-¿Cómo ha sido el ensayo?

-¡Perfecto! -responde Mariano padre.- Los músicos son muy buenos, es como estar en un teatro europeo.

-Y verá que el público también -mientras inclina la cabeza en tono afirmativo-.

-Por cierto que sí -se le escapa en acento castizo-.

-Al fin tenemos por acá lo mejor de Europa.

-¿Y la comida será igual?

-¡Mejor!

A un ademán un criado se les acerca para guiarlos al salón comedor donde ya los espera una mesa servida para ambos. Se sientan y otro criado negro les ofrece vino de la casa para acompañar los platos que les sirven, entre ellos el tradicional “beef steak”. Desde el otro extremo del salón Mr. Faunch levanta también su copa en una intención de brindis con ellos mientras sus labios parecen decir por su Majestad Británica.

-¿Qué te ha parecido el ensayo de hoy, hijo?

-Bien.

-¿Nada más?, ¿no haces otro comentario?

-No.

-¿No estás a gusto? Mira que nos han recibido muy bien. Acá creo que podremos tener un buen futuro, casi lo presiento.

-Es posible que tú lo tengas con tu arte, pero sabes que esto no es para mí.

-Bueno, acá tienes muchas otras posibilidades a lo que te puedas dedicar. Ve, hasta las mozas son muy guapas.

-Si, en medio del barro de las calles.

-Precisamente, acá está todo por hacerse.

-Y más allá de este caserío, ¿qué? De un lado el mar y muchos días de navegación para llegar a otra ciudad, y para el otro, ni sabemos qué hay más allá.

-Bueno, algo y alguien debe haber.

-Gente salvaje en un enorme desierto, escuché decir.

-Todo depende cómo lo mires.

-Quizás.

-Tómate tu tiempo y verás. Además en la corte del emperador en Río tú sabes que no me siento demasiado cómodo y no puedo quedarme.

-Ya lo sé. ¡Te escuché decir lo mismo varias veces! En cambio mamá, si fuera por ella se quedaría allí.

-Es que no es una situación sencilla en la que estamos. Ella, es cierto, tiene sus relaciones, su tío diplomático, también buenas amigas y se siente a gusto así, a pesar de todo lo que se dice.

Al decir estas palabras piensa para sí con tristeza: ¿será así, o será verdad lo que se dice?

-Me gustaría ser yo mismo el que decida dónde ir –le responde el hijo con algo de dureza-.

-Ya estás en edad de hacerlo, y acá puedes construir tu vida. La gente es buena, amplia, generosa, hospitalaria y recibe bien al extranjero. En esta ciudad no veo la envidia de las cortes europeas, todos quieren progresar, es un país que recién nace, sin aristócratas ni cortes reales. Mírame a mí que siempre he tenido que irme de cada ambiente en que estuve escapando de rencillas y de peleas y veo por fin un lugar donde llegar, establecerme, hacer lo mío, con todas las dificultades que dices pero echar raíces en una tierra y crecer. Tú también tienes tu oportunidad aquí, creo.

-Sí, pero en otra cosa.

-Eso lo decides tú. Y con quien.

Una mirada cómplice y una sonrisa breve del padre arrancan en el joven Mariano un gesto de resignada complacencia.

Aprovecha que su padre ha ido nuevamente a ensayar al teatro y se toma el tiempo para salir a caminar y recorrer la ciudad, conocerla y explorarla. Quiere ver las cosas por su cuenta, decidir él mismo su camino como le dijo su padre. La gente con la que se cruza lo saluda con amabilidad, todos se conocen y ya saben que él es el hijo del músico recién llegado. Ve las paredes de una edificación a medio hacer, detenida. Al preguntar por ella alguien le comenta que es la obra de la Catedral. Las relaciones entre el gobierno y la iglesia se nota que no van bien. Cruza la plaza, pasa por la Recoba donde hay comerciantes que ofrecen algunos productos como peines, anillos, collares, imágenes, rosarios. Otros venden ropa, más allá percibe el fuerte olor de las comidas que sale de las fondas e invade el aire, se acerca a lo que le dicen el Cabildo custodiado por guardias armados y que según parece funciona como cárcel. Un carro tirado por un caballo pasa sin prisa delante de él y su conductor le hace un breve gesto de cortesía. Un par de damas gastan su tiempo en alguna compra y al verlo le sonrían con cierto aire de complicidad. Se sorprende al ver un grupo de vendedores de mantas y tejidos a quienes reconoce por su aspecto como los primitivos habitantes de estas tierras. También ofrecen lazos, riendas, algo que le llaman boleadoras que sirven para cazar. Al pasar frente a ellos lo toman como un cliente más. No saben quién es. Le muestran sus productos, cueros, plumas y otras cosas. Los toma con las manos, los observa, pide una explicación sobre el uso, cómo los fabrican, qué valor tienen.

Uno de ellos, más resuelto, se le acerca y le cuenta que vienen de lejos y le señala la dirección opuesta de donde él llegó con el barco. ¿Qué hay allá? pregunta. Una enorme llanura, le contesta. Son nuestras tierras, donde cazamos, donde vivimos. Hay algunos extranjeros, pero no nos molestamos. Hay lugar para todos. Venimos a vender lo nuestro y a llevarnos lo que necesitamos, maíz, tabaco, trigo. El joven intuye el

inmenso espacio que se extiende hacia el oeste donde según le cuentan se puede andar y andar jornadas enteras con el mismo paisaje de una línea de horizonte sólo cortada por la silueta de un árbol, el tajo de la hondonada de un arroyo, el perfil de algún jinete montado a caballo en paso solitario o la sombra de una carreta en lento tránsito sobre eso que parece un enorme desierto de verde. ¿Será cierto que acá hay lugar para todos? Sigue caminando hasta donde las casas ralean y puede sentir hacia dentro la inmensidad que se le aparece más allá. Algunos pájaros de grandes alas sobrevuelan con majestad en círculo extendiendo sus alas sin moverlas, dejándose flotar en el aire. Divisa la copa de un árbol que clava su tronco en el suelo con amplios nudos de madera como tentáculos retorcidos. Una línea de humo se eleva según la dirección de la brisa desde una pequeña casa y escucha en la lejanía el sonido de una guitarra al acompañar la voz de un solitario cantor perdido en el paisaje.

Buenos Aires, Marzo 2 de 1823

Querida madre,

Te sorprenderá recibir estas líneas que lleva papá y no lo acompañe en su regreso como habíamos planeado al partir a este viaje al sur hace un par de semanas. Espero que estés bien de salud y todo vaya sin complicaciones.

Estos últimos días que he pasado lejos de tu cariño han servido para reflexionar sobre mi vida y mi futuro. Algo pude hablar con papá, aunque sabes, y lo conoces bien, no es fácil entablar con él una conversación extensa y profunda, más aun con su actual estado de ánimo. Siempre en apuros, con la mente puesta en lo que tiene por hacer, sus actuaciones, su música. A propósito, la presentación aquí el viernes pasado por la noche fue, y como siempre lo consigue, muy exitosa. La gente lo aclamaba de pie y él no se cansaba de agradecer. En verdad debo decirte estuvo magnífico, y sabes que no soy de elogiarlo demasiado. Se ve que el lugar y la gente le hicieron agigantarse más aun y sacar lo mejor de sí. Contó con un teatro amplio, un público muy numeroso que se sorprende en cierto modo con algo de ingenuidad por los golpes de efecto, de aquellos que tú y yo

sabemos a los que a menudo recurre papá, y una orquesta que sin ser de aquéllas a las que conocemos de Londres o Madrid pudo acompañarlo bastante bien. El director es el maestro Tito Massoni, lo recordarás de algunos conciertos anteriores en Río de Janeiro, aquel violinista de una técnica deslumbrante y asombrosa, alumno de Paganini, y que te obsequiara un prendedor con tanto afecto después de su primera presentación exitosa en Río. Ha logrado aquí reunir un grupo de profesores de cierto nivel y formar una orquesta aceptable, que sin ser brillante, suena afinada y compacta.

No quisiera abundar más en detalles ya que papá te hará sus relatos acerca de lo que hizo, del viaje y de lo que aquí encontramos. Te puedo contar sí mis impresiones mientras escribo a la luz de una vela sobre la pequeña mesa que tengo en el hotel que nos alojamos en esta última noche antes de que papá parta mañana de regreso en el mismo barco que nos trajo. Quiere aprovechar su retorno pues de otro modo no sabemos cuándo habrá otro disponible para hacer ese recorrido. La ciudad, si así se la puede llamar, semeja alguno de esos pueblos por donde paseamos alguna vez en España, aunque más descuidada. ¿Recuerdas? Lo que me llama la atención es la gente. Pareciera que la lejanía, la separación con otros lugares poblados, lleva a una mayor familiaridad, un acercamiento donde todos se conocen. Y esa sensación de enorme espacio que se percibe al ver la llanura sin fin hacia el otro lado del mar de donde se llega es como si abriera los corazones. Papá lo percibió también al decirme que acá hay lugar para todos. Y en verdad, no sólo hay españoles o sus hijos, que son la enorme mayoría, sino he visto algunos ingleses y franceses, y también están los indios de esta tierra con quienes he hablado y parecen muy amigables. Se acercan a comerciar y en cuanto uno le suelta una palabra y les demuestra interés en escuchar ellos te cuentan de lo suyo, de dónde vienen, sus historias, sus creencias y sus costumbres. De los extraños

animales que andan por ahí en la enorme planicie que se extiende hacia el poniente, según sus relatos. He visto sus plumas y sus cueros que te lo cambian por lo que uno puede ofrecerles.

Papá me dice que ésta es una tierra donde está todo por hacerse, y entiendo que es verdad. Como además me alienta a emprender mi propio camino, ya que tengo la edad suficiente, es por ello que tomé esta determinación. El también a mis años empezaba su carrera musical cuando conoció a mamá. Es decir aquélla mujer a quien muy lejanamente recuerdo pues tú has llenado ese espacio con todo amor.

Quiero probar qué puedo hacer por mi cuenta. Sé que encontraré aquí gente buena que me ayudará.

De todos modos papá estará muy pronto de regreso. Está muy entusiasmado y ha hecho muchos planes con el teatro local, con sus músicos y algunos actores que han llegado a felicitarle y además tiene el apoyo del gobierno, lo cual es importante como lo sabes. El ministro de gobierno en persona, una persona muy activa y con intenciones de traer todo el progreso a estas tierras lo alentó a volver, instalarse acá y hacerse cargo de las representaciones operísticas. De hecho se han formado últimamente por su influencia academias de música, de letras, de dibujo, en fin todo aquello que hace al buen gusto, a las artes y a las ciencias. Casi podría decirte que aspira a ser un perfecto caballero inglés y hacer de esta ciudad una prolongación de Europa.

Piensa que en algún momento tendrás que venir a esta ciudad. Me temo que te será difícil desprenderte de tus parientes y amigas allá en Río de Janeiro, pero a la larga tendrás que hacerlo. No creo que puedas permanecer con comodidad allí con todas las habladurías que circulan, y sabes por otra parte que papá cuando se propone algo, lo realiza, y no te dejará, lo conozco bien. Así al fin, creo y lo espero, nos reuniremos nuevamente.

Mientras tanto ya habré emprendido alguna actividad aquí y estoy convencido ahora que nos esperan momentos felices.

Te extrañaré muchísimo.

Recibe el cariño enorme que sabes te tengo y te mantendré al tanto de todos mis progresos.

Tu pequeño Mariano.

P.D. No te sorprendas al ver a papá con sus bultos y “algo más” que lleva. Es un obsequio de la señora del gobernador como prueba de admiración, y él no quiere dejarla pues cree que será útil allá.

2

Apoya sus brazos sobre la baranda del barco y lleva su vista al puerto que acaban de dejar. Ve cómo se empequeñece de a poco el caserío y siente que ese lugar es ya en parte suyo. Allí quedó su hijo que ha decidido empezar su vida independiente. Ha hecho buenos amigos, la gente lo aprecia y tiene grandes proyectos por concretar. Encontró un público entusiasta y abierto a todo lo nuevo que viene de Europa. Su presentación en la noche del viernes pasado fue un éxito y le han pedido que organizara la temporada en el teatro musical. Para ello piensa convocar a otros cantantes y actores.

En sólo una semana su vida ha dado un vuelco.

Su relación con Leticia se había transformado en un infierno este último tiempo. El emperador, un mequetrefe que cree ser un galán, que cree ser músico, que se ha hecho dar un título grandilocuente para parecerse a Napoleón, y es sólo un incapaz que anda detrás de cuanta mujer se le cruce, sedujo a su Leticia, a su hermosa y bella Leticia. Se lo hizo saber una voz que nunca falta, dura, punzante como una daga, filosa como un estilete y dolorosa como la herida de la espada más ancha. Le pidió explicaciones y entre un enorme y largo llanto sólo le alcanzó a decir unas pocas palabras.

-Son habladurías de la gente. No te dejes llevar por eso.

Y de esa relación espera un niño, además.

Ella, tan recatada, que siempre se recogió en la comodidad de la corte, en la cercanía de sus parientes, de modo especial en su tío, el embajador que la protege, y sus amistades. ¿Cómo pudo haber pasado algo así?

Y la respuesta no le llega.

Qué pudo ver en un payaso cuyo único mérito es la cuna donde nació, que todos lo aplauden y elogian por su simple condición de poderoso, pero que ni siquiera ha sabido forjarse ese poder. Esta situación le ha ultrajado en lo más profundo.

Al enterarse de que una goleta francesa estaba de paso hacia el sur no dudó en embarcarse. Su hijo Mariano lo siguió para estar a su lado, pensó que así lo cuidaba de que no cometiera una locura.

Tomar distancia da una perspectiva diferente, puede servir de alivio. Y también se puede llegar a conocer un medio distinto, una ciudad sin aristócratas, donde se juzgue el mérito propio, como lo que ha visto en ésta que a medida que se aleja la siente más próxima.

Y sin embargo, recapacita, estos últimos cuatro años en la corte portuguesa en América no fueron en vano, en algo fueron fructíferos, a pesar de todo. Habrá tiempo para evaluarlos. La calma del viaje le servirá para hacer un balance de lo hecho. Será la forma de cerrar una etapa.

La parda Jacoba, que él ha hecho embarcar consigo a pesar de la protesta de su hijo, le sonrío amorosamente del otro lado de la cubierta. Ella canta siempre, en susurros, a media voz, cuando hace sus tareas, cuando habla, cuando camina, con extraña y sensual particularidad. Ya antes había percibido en Río esa manera de actuar y vivir en otras personas de su mismo origen, pero ella parece algo distinto. Hay algo de atrayente. Vaya que sí. Esa rítmica, esa cadencia al decir, esa forma de nombrar las cosas le atrae y le seduce.

Le recuerda a la mulata Doña Naná que para cada ocasión sabe algún canto. Cocinera y encargada de la limpieza llegó a su casa enviada por amigos de la corte. Suele decir esta canción es para cocinar, ésta para acunar al bebé, ésta para pasear, esta otra para atraer a su hombre, o para curar también. Si Dios nos dio la voz y la entonación porqué no usarla para cada cosa, le señala, y concluye su comentario con una risa y el brazo en alto mostrando la palma de su mano para festejar mejor.

Una vez le contó una historia, entre tantas que sabía y relataba, tan bella como triste, como suele ser el argumento de una ópera, sobre el mulato Jorginho y su amada Euricia.

Ahora que sólo ve el horizonte de agua la recuerda.

Jorginho y Euricia se amaban profundamente. Él sabía cantar con una suave y dulce voz y se acompañaba muy bien con la guitarra. Todos lo conocían como el cantor de la aldea. A la mañana abría el día con su voz como los pájaros que celebran el nuevo sol desde una rama. Los que iban a su trabajo lo saludaban con una sonrisa y apuraban su paso con mayor entusiasmo. Las mujeres que limpiaban sus casas se asomaban a la puerta y tomaban su tarea con más empeño y alegría. Los niños principiaban sus juegos mientras aprendían de los mayores los quiebres de la vida. Hasta los animales del lugar dejaban de lado su natural agresividad y descansaban con parsimonia al abrigo del sol. La música los aquietaba. Durante el día resonaban sus melodías en todos los corazones y los ayudaba a seguir con buen ánimo sus ocupaciones. Y a la noche era la manera de acunarlos para conseguir los mejores sueños. En las fiestas, cuando se reunían a divertirse, él sólo acompañaba con su presencia desde lejos, sin intervenir. Su música no era para eso, decía. Él cantaba para el dolor, para la alegría, para el amor, pero no para la diversión y el jolgorio. Eso era superficial, liviano,

afirmaba. El quería compartir lo profundo del alma, la intimidad de cada cual.

Aquí Doña Naná hace un respiro y queda pensativa, como si el recuerdo de Jorginho le trajera una emoción particular.

Y sigue. Euricia era una dulce muchacha conquistada por la ternura y la sensibilidad de su compañero. Su negro cabello caía ondulante sobre el hombro, una mirada profunda salida desde sus ojos oscuros le daba la sencilla calidez de su pureza y sus labios expresaban una tenue delicadeza sensual. En su piel morena exteriorizaba una belleza particular y sin igual.

-Se amaban, quiero decir -dice Doña Naná-. Así de simple.

Su vista queda perdida por un momento y sus manos se apoyan sobre el palo del estropajo. Quizás recuerda ella en ese momento a su ser querido, al amante de toda su vida.

-Pero sucedió algo terrible -lo dice con una voz desgarrada-. A lo mejor los dioses estarían celosos de tanto amor y tanta dicha, no encuentro otra forma de explicarlo -expresa fijando sus ojos negros en los de Mariano y así él recordaba el relato-.

En ese momento la expresión de Doña Naná cambia y un gesto de espanto y de miedo se la adueña. Como si de lo más profundo saliera el peor de los demonios. Ella vivía el relato y así se lo transmitía.

Alguien de la aldea vino con la peor de las noticias. Nadie podía creerlo. Euricia caminaba distraída por el sendero que baja de la montaña y una víbora escondida en el matorral saltó sobre ella y le picó. Quiso correr a buscar ayuda, pero nada pudo hacer. El veneno hizo efecto en poco tiempo. La dulce y bella Euricia había muerto.

Cuando a Jorginho le llegó la noticia cayó en lo más hondo de su pesar. Ni siquiera tuvo lágrimas para llorar, ni canto para consolar. Tal era la tristeza del noble Jorginho que ni siquiera podía expresarla.

Todos en la aldea se lamentaron por Euricia y por él.

Un sentimiento de congoja y desconsuelo invadió el lugar. La amargura tiñó el paisaje con un gris de luto.

Mientras todos se afligían envueltos en el más profundo dolor, Don Pedro, el más anciano y más sabio, dicen que tenía más de doscientos años pero sólo algunos le creían, como sacando de lo más hondo su sabiduría expresó con tono seco esta frase: “Podrá recuperar a su Euricia”.

Hubo un instante de silencio, parecía que los corazones se hubieran detenido. El viento dejó de mover las hojas, los pájaros quedaron quietos en sus ramas y las hormigas dejaron de trasladar los trozos de hojas hacia los hormigueros. Todos miraron al viejo Don Pedro. Inmutable, esperó a que todos le prestaran atención. Y él, que hacía años no hablaba, que había resuelto hundirse en el silencio y vivir de sus recuerdos y de sus pensamientos contemplando al mundo porque a la sabiduría no se la escucha, así lo había dicho hace mucho tiempo como último juicio antes de encerrarse en su mutismo. Y era que nadie le prestaba atención. A él, a quien casi todos daban por ido o por muerto por no oír nada de su voz, por verlo siempre con la mirada perdida sin que le importara nada de su alrededor.

Una vez que todos giraron sus caras y pusieron los ojos sobre su inescrutable rostro tomó algo de fuerzas y de sus labios salieron estas palabras: “Tendrás que seguirme al reino de los muertos, cruzar el río que separa ambos mundos, y con la emoción de tu canto convencer a quien reina allí. Es tan grande tu amor que lo conseguirás. Pero escucha bien. No debes ver a tu Euricia hasta que regreses a este mundo, sino la perderás para siempre. Cuando la encuentres ella te seguirá y por nada del mundo vuelvas tu vista hacia ella. Esa es la condición.”

Sobrevino otro instante de silencio. El viejo cerró los ojos y cayó hacia un costado. En su postrer momento con el último suspiro tomó la mano de Jorginho, y él, de alguna manera supo qué dirección debía seguir.

Tomó la guitarra, acomodó su ropa, dejó la tristeza de lado y echó a andar. Nadie quiso seguirlo pues sólo para él era ese camino. Su canto y su música servirían para rescatar a su amada Euricia de la muerte. Allí iba.

Recorrió llanuras, atravesó montes y andando y andando llegó hasta el borde de un río donde había una pequeña barca. Golpeó con sus manos y de adentro salió un hombre preguntándole qué quería.

-Cruzar este río -le dijo-.

-No es para ti -le contestó el hombre-.

-Es que quiero rescatar a mi amada Euricia.

-Si vas no podrás volver.

-Don Pedro, de mi aldea, me aseguró que puedo convencer al rey de ese mundo.

-No lo creo.

Sin decir más, templó su guitarra y tocó algunos acordes. Una bella melodía fue saliendo de la inspiración del momento a través de su voz. Como nunca las notas entrelazaron la dulzura del instrumento y la calidez de su canto.

El barquero ante tal muestra de sensibilidad sólo atinó a decir:

-Te llevaré y quizás puedas convencer al rey de ese mundo a volver con tu Euricia. Sube.

Navegaron hasta la otra orilla, y al momento de bajar le dijo:

-Con tu música quizás puedas conseguir lo que nadie pudo. Encuentra a tu amada, convence al amo de estas tierras y si lo logras aquí te espero para regresarte a la otra orilla.

Anduvo Jorginho por aquí y por allá, hasta que se encontró con el rey de los muertos.

-¿A qué has venido por aquí, si todavía no te toca? -le recrimina éste al verlo, en tono severo-.

Sabe que cualquier argumento que quisiera explicar sería inútil, por eso hace lo mismo que frente al barquero. Toma su guitarra y canta la más bella de las canciones que ha compuesto para Euricia.

Sin conmoverse pero comprendiendo su aflicción le dice:

-Es tan grande tu amor y tan bello tu arte que te concedo lo que buscas. Regresa a tu mundo, Euricia te seguirá, pero escucha bien, de ninguna manera vuelvas tu mirada a ella hasta que estén allí.

Pleno de goce, Jorginho regresa adonde estaba la barca y el barquero esperándolo. Intuye que Euricia le sigue, siente su presencia, su respiración, el latido de su corazón.

Sube a la barca. Cruza en dirección contraria el río, siempre mirando hacia adelante, nunca hacia atrás. Cree escuchar el lamento de Euricia:

-¿Porqué no me miras? ¿Estás enojado conmigo?

Sabe que no debe mirarla. A pesar de su dolor sólo mira hacia adelante.

-No fue mi culpa. Pasé por allí, y la víbora saltó sobre mí -dice entre sollozos-.

La vista siempre adelante. Ya habrá tiempo para alguna explicación.

-Perdóname.

No debo ver para atrás, se repite.

-¿Me quieres aún?

Mayor es su dolor.

Llegan a la otra orilla. Baja de la barca. Sabe que ella viene detrás. Escucha su llanto, pero no debe volverse.

Regresa al fin. Apoya sus pies sobre este lado del río. Espera un momento. Ella ya lo debe haber hecho también. Entonces sí. Quiere volver a verla, abrazarla, besarla, quererla como nunca. Ha conseguido lo que nadie pudo antes.

Su arte ha servido para rescatar este gran amor.

Gira sobre sí y allí está ella. Pero un sólo pie ha apoyado sobre tierra firme, el otro está aún sobre la barca. No ha terminado de desembarcar.

En su apuro, en su ansiedad, ha perdido. Ella se esfuma, vuelve al mundo de donde quiso traerla. Ocurre lo que le habían advertido.

Adiós, adiós para siempre. Sólo en la muerte nos reencontraremos.

Doña Naná dice estas últimas palabras entre sollozos. Lloro por su amado que ha perdido como Jorginho a su Euricia, y que en el recuerdo de las canciones puede volverlo a este mundo aunque sea sólo por un instante. Ella querría tener la magia de Jorginho que con su música pudo revivirlo a su amor al menos por un momento.

La vaga tristeza que emana del relato evocado le llega como la brisa marina que golpea su rostro mientras sólo un horizonte de agua es lo que tiene delante. Se da vuelta y Jacoba le responde con una amplia sonrisa. Ella es este mundo nuevo, se dice para sí, el otro a lo mejor ha quedado atrás, como la historia de Doña Naná, y sólo debería volverme para recordarlo. De ese modo quedaría atrás para siempre.

3

Polonia fue una mujer excepcional. Éramos casi niños cuando nos conocimos. Verla fue deslumbrarme, puedo decir que la amé desde el primer momento que mis ojos fueron para ella. Fue en Madrid, con mis quince años recién cumplidos, iba a mis clases de violín, yo tenía grandes ilusiones de llegar a ser un gran artista, y apareció como un ángel. Ella también pretendía hacer algo con la música, pero a decir verdad no sé si era falta de talento o de interés, pero nunca llegó a un nivel siquiera aceptable. El maestro la reprendía una y otra vez, a veces corregía sus errores, pero luego volvía a repetirlos sin importarle demasiado. A veces soltaba una sonrisa y me dirigía su mirada cómplice. Creo que más que la música tenía más apetencia por la vida, como presintiendo lo breve que sería su paso por este mundo.

A la salida de la clase la acompañaba, le tomaba de la mano y le decía que seríamos eternamente felices, sueños de adolescentes. Los planes que imaginábamos eran fantásticos, viajes, conciertos, giras, el mundo entero estaría a nuestros pies. Reyes, príncipes y aristócratas celebrarían deslumbrados la música que llevaríamos así como nuestra pasión. Nuestra ingenuidad superaba lo imaginable. Pero sí la amé profundamente, con sinceridad, con ardor, y conocí la ternura en su íntima esencia. Supe lo que es abrazar, compartir el deseo, y amar, igual que ella. Cortamos juntos nuestra inocencia, y juntos llegamos a ser adultos.

La novedad que seríamos padres no me tomó de sorpresa, lo esperaba, y en cierta forma ambos lo ansiábamos. Decidimos casarnos sin importarnos el disgusto o el agrado de sus padres y de los míos.

Fue una ceremonia sencilla, apenas participaron nuestros parientes más directos, tampoco se hizo fiesta, su familia no quiso, y tampoco la mía, para qué. Lo importante era nuestra unión y el hijo, Marianito, que traíamos en camino. Ahora que lo veo a él de la misma edad en que yo fui su padre, dispuesto a abrirse camino por su cuenta, siento que ese amor no fue en vano.

Eran tiempos difíciles, lo comprendo ahora. Llegaban noticias desde Francia, alarmantes para unos, ilusas para otros. Parecía primero que un mundo nuevo se abría, con violencia, con desmesura. Luego Napoleón se proclamaba emperador e imponía su orden. Después llegarían las tropas francesas al país, a nuestra España, a pretender cambiar lo que no cambiaría. Y yo me aferraba a la música. Siempre creí que era lo que podía acercar a las personas, lo que podía hacerlas más sensibles y más humanas de modo más efectivo que una espada.

Desde un primer momento comprendí la necesidad de llegar a tener una buena formación profesional como músico, era lo que quería y lo vi como condición indispensable para el camino que quería emprender.

No sin grandes esfuerzos fuimos a Italia, allí estaban los mejores profesores y era la meta de todo buen estudiante. Allí puedo decir que aprendí a cantar, a actuar, a manejarme en un escenario y transmitir con una buena técnica toda la emoción que el público espera en una representación operística. Polonia me seguía y me apoyaba. Con Marianito en brazos, viéndolo crecer, despertando a la vida, estuvimos más de dos años en Italia. Yo trataba de aprender todo lo que podía. Clases de canto, de armonía y composición, de violín, incluso algo de actuación teatral, todo lo absorbía porque quería ser el más grande músico, el artista más famoso, y

ofrendar eso a Polonia y Marianito. Éramos pobres pero felices porque teníamos grandes ilusiones, como las que surcaban el mundo en esos días de cambios.

Mi hermano Andrés nos ayudó mucho. Me lleva ocho años, y esa diferencia le hace dar una actitud protectora hacia mí, como buen hermano mayor. No por falta de padre, pues el nuestro fue una persona única, comprensiva y siempre dispuesta a ayudarnos. Pero Andrés, como músico y violinista, le hacía comprender adónde quería llegar. Y me servía de guía y apoyo. Quizás él nunca tuvo ese deseo de grandeza, me parece, eso de llegar a lo más alto, a lo que uno aspira con el mayor deseo, o quizás fuera más realista y menos ingenuo. Pero creía en mí. Y tuve siempre su ayuda y su sostén. Fue el modo de subsistir en esos tiempos de estudios y formación, cuando nadie asegura nada y es sólo la convicción propia la que impulsa a seguir, y uno necesita de una moneda que no llega.

A nuestro regreso a Madrid me recomendó ante la corte para que obtuviera un cargo de violinista como medio para subsistir. Los tiempos de convulsión política habían pasado, eso creíamos, ahora con don Fernando repuesto en el trono, y parecía que todo volvía a lo que había sido tiempo atrás. Los franceses se habían retirado del país y la España de antes regresaba a ocupar su lugar. En el ámbito de las cortes se volvía a las reuniones amables e insípidas con música y baile, y allí estaba nuestra tarea. Pero había quedado una sensación de recelo y desconfianza. Ya los aristócratas no se sentían seguros. Era un sentimiento que se extendía por toda Europa. Mucha sangre y dolor había corrido y por más que se quería restaurar el pasado, la realidad era otra, algo había cambiado.

Se hablaba de las colonias, tierras lejanas más allá del gran océano de donde llegaban descripciones fantásticas. Lugares donde habitaban animales nunca vistos, con extensas llanuras donde se podía andar días y días, montañas enormes de alturas inconmensurables, selvas cerradas por

las marañas vegetales, espacios de tal magnitud que la imaginación más amplia no podía llegar a vislumbrar. Era lo que había llevado a ser de España el más grande imperio de los últimos tiempos. Tierras pobladas por habitantes salvajes, así los llamaban, a los que debíamos enseñar todo, pues su modo de vida y sus creencias, tan diferentes y primitivas, debían adaptarse a las nuestras para considerarlos humanos. Eso nos decían nuestros religiosos que propagaban la verdadera fe cristiana. Mucho se había debatido sobre el tema dentro de la iglesia hasta llegar a esa conclusión, podría considerárselos humanos, a pesar de su primitivismo.

Era un mundo muchísimo más vasto y distinto que el que conocíamos. Y ahora que en algo lo percibo, lo veo y lo empiezo a conocer compruebo que todo lo que se decía era una visión parcial y deformada de esta realidad.

Los representantes de la corona española en las colonias en estos últimos años de ocupación francesa se habían mantenido fieles a ella, habían formado juntas de gobierno como las que se dieron en la Península, pero cuando ésta ya estuvo repuesta en el poder, la desconocían. Se hablaba de su independencia, de nuevas repúblicas que se querían formar. Una palabra que provocaba escozor entre los aristócratas europeos. ¡Repúblicas! Subvertían el orden natural, decían algunos. Un orden que en Europa se reinstauraba a fuerza de violencia y represión porque las monarquías eran el único orden natural según la idea dominante. Y allá, decían con desdén, los hijos de europeos querían formar países independientes al estilo de la república francesa. Las ideas francesas de libertad, igualdad y fraternidad, junto a la libertad de comercio que aspiraban los ingleses se expandían por esas tierras, para espanto y horror de los monárquicos españoles que veían desmoronarse el imperio construido desde hace varios siglos por la fuerza y por el miedo. Se habían subvertido los valores de la Europa tradicional, era

la explicación que se daban para justificar la represión y el regreso a lo antiguo.

Pero esa Europa diferente nos daba precisamente a nosotros los músicos y los artistas un público más entusiasta, más apasionado y más cálido. Eso lo había visto en Italia. Un teatro donde la gente pagaba una entrada para ver y escuchar una historia con música, con bailes, con escenografías y vestuarios, siguiendo a los personajes, identificándose con ellos, con lágrimas, con risas, con silbidos y aplausos. Sin duda un ámbito más interesante que esas reuniones de aristócratas en los palacios reales, que sólo querían pasar el tiempo sin pensar en nada, sin escuchar nada, sin emocionarse porque les parecía trivial y “burgués”. Hablando de tonterías pasajeras, eso sí muy refinadas y rebuscadas, con música amable de fondo, sin estridencias ni disonancias. Pasar el tiempo sin pensar era la consigna, porque el pensar era peligroso.

El gran maestro Rossini sí que había entendido a este nuevo público. Qué historias nos cuenta con bellas melodías, plenas de emoción y sentimientos. Para llorar y para reír, para sufrir y gozar, historias de amor, de odio, de luchas, de grandezas y bajezas, como son las verdaderas historias humanas. Eso es lo que quiere la gente en este lugar apartado del mundo, como en Italia, mejor aun que en la corte brasilera, al fin y al cabo un remedo grotesco de las cortes europeas, con un emperador cuyo único interés son sus amantes.

Polonia nunca admitió esa superficialidad cortesana ni participaba de ella. Era una mujer apasionada. Ridiculizaba a cada momento a los personajes con que nos encontrábamos en las largas veladas del palacio real. Sus vestimentas estafalarias, sus modos de hablar, y por sobre todo el vacío en que se movían.

-¿Cómo te fue? -me preguntaba al llegar con mi violín de la casa real-

Y al ver mi actitud, sin esperar una respuesta, se despachaba:

-Estás para otras cosas. Para ser un artista, un creador, no un entretenedor de fiestas y bailes de personas que ni siquiera te escuchan.

Poco duraron esos reproches.

En plena juventud, en el resplandor máximo de su belleza, una enfermedad se la llevó de este mundo, dejándome en el mayor dolor. Marianito y yo nos quedamos solos en este mundo, sin consuelo.

Toda su vitalidad desbordante se apagó en pocos días. Como un viento terrible y nefasto su risa, su calor, su pasión se la llevó una fiebre mortal. Los sueños que habíamos tejido juntos quedaron sepultados con su cuerpo. Una tristeza y una soledad infinita fue lo único que sentía por esos días. Pensé que todo había terminado para mí.

Al regresar a casa después de despedirla, Marianito en su inocencia me golpeó con estas palabras:

-Mamá quiere que sigas con el violín y cantes por ella.

Polonia Muñoz.

Será mi guía por siempre.

Un fuerte viento se levanta y hace chocar las olas sobre el casco de la nave. Ésta cabecea flotando sobre los embates de las aguas embravecidas. Mariano cree percibir en la tormenta desatada el espíritu de Polonia que se levanta desde el fondo del mar para recordarle el destino que ella apoyó desde su adolescencia y del cual no debe apartarse. Un marinero le sugiere que salga de cubierta por el peligro que representan las aguas que la cruzan. Él demora un instante al dejar una mirada más allá del horizonte y afirmarse para sí la idea que un repaso hacia atrás ni le traerá ni le devolverá a su primera mujer, pero sí le servirá de fundamento hacia el futuro.

4

Leticia es una mujer más fría y calculadora. Apareció en mi vida al poco tiempo de la desaparición de Polonia. La conocí en la corte real de Madrid. En una de esas reuniones anodinas y aburridas. Yo tocaba en la orquesta y ella saltaba su vista de un lado a otro buscando algo en que entretenerse. En un momento sus ojos vinieron a los míos y la leve sonrisa dibujada en sus labios me hizo intuir la relación duradera que nos esperaba. Era apenas una adolescente. Sus cabellos rojizos y una tez muy blanca que hacían resaltar algunas pecas graciosas en sus mejillas le daban una imagen picaresca y aniñada. Creo que fue eso lo que me llamó la atención. Un halo de frescura y desenfado le rodeaba diferenciándola del resto de los participantes de la reunión. En medio del aburrimiento o quizás la tristeza que emanaba del momento, ella aparecía como un destello de luz vital, flamante, puro y lozano.

Parecía tan fuera del lugar y tan ajena como yo. Pero ella por su alegría inocente y yo por mi carga de pesadumbre.

Saltaba de un lado al otro del salón, como una mariposa que busca los límites del lugar avivando con su colorido la palidez anémica de la cofradía eterna de cómplices insulsos de la autoridad real.

Alguien, al ver mi interés, me susurró al oído que era la hija de un funcionario irlandés al servicio de su majestad. Y sin decir más me acercó a ella y me presentó.

Su primera pregunta me desconcertó:

-¿Hay algo más que la música en usted?

No supe qué contestarle.

-Porque observo que usted toca con la mente en otra cosa.

Me sorprendió su comentario, y me pareció muy acertado dado el momento en que vivía y el poco entusiasmo que me despertaba ese tipo de funciones musicales. Algo de eso le comenté.

-Quizás esté para tocar en teatros para gente que tenga interés real por escuchar música, claro que sin realezas.

La ironía la subrayó con una leve sonrisa buscando mi complicidad.

Me hizo acordar aquello de las costumbres aristocráticas que Polonia siempre me remarcaba.

-Mi mujer me decía algo parecido, -le dije con un gesto de tristeza-.

-Usted quiso mucho a su mujer, ¿verdad?

Era como si me leyera el pensamiento y se adelantara a mis palabras.

-¡Ya lo creo!, -fue mi expresión-.

Sin haberlo dicho ella ya había imaginado, eso creí, mi situación de viudez, la pasión por mi actividad, y el estado de desamparo y abatimiento en que me encontraba.

-Su ocupación es más noble que todos los nobles que hay aquí.

Esa aseveración la sentí como un puntal ante mi desazón y abatimiento.

Los ámbitos cortesanos son pequeños y todas las noticias, triviales o no, se conocen enseguida. Ella en realidad ya conocía algo de mi historia, y posiblemente eso le haya inducido a querer entablar una relación. Por alguna razón un hombre dolido suele ser atractivo para una mujer que quiere volcar su afecto en alguien. Será porque aflora su instinto protector maternal.

-Eso lo aprendí en Italia, -le respondí-.

-Lo que me encanta de su profesión es la posibilidad de viajar y conocer otros lugares, ¿nunca intentó alguna gira artística?

A su pregunta, que me pareció superfluo y vanidoso de mi parte contestarle, le respondí con otra más directa e intencionada.

-¿Sabe música?

-Sé escuchar, nunca tuve la disciplina necesaria para dominar un instrumento.

En sus palabras notaba con claridad el acento inglés, aunque el español lo dominaba a la perfección.

-Puedo enseñarle.

-Con un maestro como usted será fascinante.

-El pianoforte no es tan complicado como un violín y gratifica desde el comienzo.

La invité a acercarse al teclado que teníamos en la sala y le sugerí que oprimiera cualquier tecla.

Con algo de temor lo hizo, y entonces le disparé.

-¿Vio? Ya entró en el mundo de la música.

-¿Y cuándo es la próxima clase?, -me preguntó con una inocencia fingida-

-Podemos vernos aquí al término de nuestros ensayos con la orquesta, cerca del mediodía. Será un placer tenerla de alumna.

Un joven que parecía ser algún pariente por su parecido le dijo algo en inglés, como que la esperaban en otro lugar de la sala. Se despidió con una leve sonrisa y a su mano extendida la tomé entre las mías llenándome con su cálido afecto.

-La espero, no se arrepentirá.

Un leve gesto de sus labios sirvió de afirmación, un gesto tan propio de ella como le he visto infinidad de veces en todos estos años que llevamos juntos.

Volví a casa con la sensación renovada de una vuelta a la vida. Marianito me esperaba como siempre, y creí verlo mayor de los años que tenía, como si ya dejara su niñez, serio, responsable, hecho sólo a la vida.

Esa noche mi sueño fue sobresaltado. La imagen de Polonia volvía recurrente. En un momento sentí un profundo abrazo, íntimo e intenso, que partía desde sus pechos desnudos y se extendía sobre mí envolviéndome por entero, y en un susurro débil, a manera de despedida creí escucharle “te quiero, sé feliz, lo mereces”.

Al día siguiente antes del final de nuestro ensayo vi entrar a Leticia y acomodarse en una silla hacia un costado del salón. Creo que tocábamos una Sinfonía de Mozart. En un pasaje un poco embrollado de mi parte del violín se produjo un desajuste. El director paró la orquesta e hizo repetirlo a nuestra fila sólo. Por el cansancio o la distracción me costó darle el carácter y el tempo correcto, algo que jamás solía ocurrirme. Eso hizo confundir a los otros. Sentí la vista de mis compañeros clavada en mí como si fuera un novato inexperto. Al levantar mis ojos de la partitura vi la sonrisa de Leticia y su mano derecha que la levantaba cubriéndose sus labios en un gesto como si ella hubiera sido la causante de la reprimenda que en realidad no era tal, sino sólo una indicación para mejorar el ajuste en ese ataque del tema.

Mi compañero de atril se dio cuenta de la situación y con un guiño de ojos me dio su apoyo cómplice. Creo que el director, un anciano y querible persona, también lo comprendió porque no insistió más en su indicación y un solemne “Maestro, la primer nota *forte* y luego *decrescendo*”, dirigido hacia mí y que poco tenían que ver con el problema, sirvió para no menoscabar mi autoridad ante mi nueva alumna.

Nos hizo tocar algo más del programa que preparábamos para la próxima velada y dio por concluido el ensayo, más apresurado que de costumbre.

El viejo maestro, conocedor por sus años y su experiencia de la interioridad de sus discípulos y de los azares de la vida, mientras despedía al grupo y acomodaba sus partituras para guardarlas en su carpeta me llegó a señalar con una disimulada sonrisa y en tono paternal y confidencial: “las alumnas no pueden esperar, más si son jóvenes y bonitas”.

En la sala quedamos enseguida solos. Los demás se apuraron en retirarse.

-Parece que mi presencia le distrajo -fue lo primero que me dijo a modo de disculpa-.

-No, de ningún modo, son cosas que suelen pasar -le dije como una pequeña mentira. No quería disminuir mi autoridad en ese momento después del apoyo que me habían dado-.

-Bueno, los errores son humanos y nadie está exento de ellos.

-Es así, y es preferible que sucedan aquí y no delante del público.

-Pero estaba yo.

-¿No dijimos que ya estaba dentro del mundo de la música?

Y allí le vi por segunda vez ese leve gesto de sus labios que me acompaña a cada momento donde le aflora su complicidad entremezclada con afecto y ternura.

Con una indicación de mi mano la invité a acercarse y sentarse ante el pianoforte que teníamos. Le expliqué la ubicación de las notas y el modo de poner la mano sobre el teclado. A los pocos minutos ya tocaba una pequeña escala.

Era como una niña con un juguete nuevo. Gozaba con cada nota que le sacaba al viejo instrumento. Y yo también al ver su felicidad.

No sé cuánto fue el tiempo transcurrido de esa primer clase, pero fue ella la que la dio por terminada, con un abrupto:

-Se hizo tarde, debo volver a casa, me esperan.

Fui yo, en mi ansiedad, que le pedí:

-¿Nos vemos mañana?

-Claro que si.

-A la misma hora.

Hubiera querido despedirla con un beso, pero me pareció algo apresurado. Tendríamos toda la vida por delante.

Llegué a casa con una sensación muy diferente a la que había tenido hasta entonces. Al ver a Marianito recordé los viejos tiempos. Pero la pesadumbre me había pasado. Cantaba algunos pasajes de la sinfonía que habíamos estado ensayando. El se dio cuenta de mi cambio de ánimo.

-Papá, la música ha vuelto a ti –me dijo como un chico que ya es grande.

Sólo pude esbozarle una sonrisa y tirarle algunas palmadas sobre su cabeza. No la nombró a su madre porque en su hombría de niño maduro había percibido que una hoja se había dado vuelta en mi vida, y ella había quedado atrás, pero como un recuerdo indeleble.

Al día siguiente Leticia estaba en el mismo lugar esperando el fin del ensayo. Cierta aire cómplice recorrió el ambiente de la orquesta y una corriente de simpatía del resto de los músicos se paseó como un apoyo a mi situación. El anciano director con un guiño me indicó que ya terminaba y me dejaba el lugar para mi clase o lo que fuere.

Igual que el día anterior todos se apresuraron a guardar sus instrumentos y sus papeles y salir del lugar. Comprendían que era más

importante para el joven compañero esta relación que nacía a un concierto para gente insensible y sorda a toda emoción.

Después que todos se hubieron retirado ella se acercó al pianoforte, se sentó al teclado y tocó una breve melodía con un par de dedos. Ante mi sorpresa me dijo:

-En mi casa estuve toda la tarde frente al clave que tenemos y pude sacar esto. ¿Está bien? –Una sonrisa franca subrayó su pregunta-.

Le tomé su mano para indicarle una mejor digitación y sentí su calidez. Ella giró su rostro hacia mí y percibí un ligero temblor en sus dedos. La así con mayor presión y quedé embobado frente a su mirada. Acerqué mi cara y mis labios se posaron sobre los de ella en un beso. Fue un instante que pareció eterno. Olvidamos la clase, el lugar y todo lo que había a nuestro alrededor. Sólo ella y yo. Así sellamos nuestra unión.

En el interior del barco donde Mariano pasa revista a su pasado y quiere explicarse su presente han quedado encerrados ambos pasajeros hasta que pase la tormenta.

En un rincón de su litera él se toma las rodillas con los brazos y hunde la cabeza en ellos. El vendaval hace bambolear la nave y en su interior todo se mueve y cruje sin cesar. Al llegar a esa última parte de su recuerdo una lágrima aflora en sus ojos. Jacoba, desde el otro rincón de la litera, lo observa fijamente.

-Está triste, Mariano -le dice con cariño-.

Él levanta la vista, la mira, y le resulta imposible contarle sus sentimientos y su desazón.

Ella se acerca, lo abraza y le dice:

-Llore, las lágrimas son un buen remedio para el dolor. Es la forma de sacarse las espinas que duelen.

Él la busca, llega a sus labios y un profundo beso los une. Así como ese amplio río que le llaman del Plata se abrió manso durante siglos a los que llegaron del otro lado del océano con una espada para hendir y manchar de sangre sus costas, ella se abre para él, para que su afán de conquista irrumpa en la hondura de estas tierras remotas y germinen sus sueños, pero no como un soldado que al entrar siembra el miedo, que hiere y lastima, sino con la pasión de un artista que viene a gestar lo nuevo, de quien ha hecho la sensibilidad su modo de vida y el afecto su guía.

El vaivén de la nave se calma. El torrente de agua ha cesado. Amaina el temporal, el viento se disipa, y allí ambos quedan unidos en ese intenso y prolongado abrazo.

5

Poco duró nuestra estancia en la corte real de Madrid. Se vivía un clima muy duro, de sospecha y de mucha represión. Todos desconfiaban de todos. Cualquier palabra, cualquier gesto, cualquier actitud que pudiera relacionarse con aquellos que se habían llamado los afrancesados, por sus simpatías liberales con algunos principios igualitarios diseminados por el continente, era motivo de recelo cuando no de inmediata denuncia. Todo conducía a imponer la autoridad real y sostener la jerarquía eclesiástica. Los aristócratas temían perder sus posesiones y sus bienes, y los miembros de la iglesia su poder e influencia, a la que además le habían devuelto las propiedades confiscadas en años anteriores. Estos volvían a impulsar los tribunales de la Inquisición, algo que se pensaba ya pertenecía al pasado. Pero ahí estaban nuevamente con imputaciones y culpabilidades. El viejo orden reaparecía feroz y cruel. El ámbito cortesano consistía en un grupo de aduladores que rondaban alrededor de una persona introvertida, débil, incapaz de tomar una determinación propia, deseoso sólo de comer y fumar, como era este rey tan “deseado” al principio por la gente, tan popular antes, y que luego demostró lo que era: un enclenque servil e incapaz.

Los pensamientos de Mariano, acodado en la cubierta del barco, con su visión perdida en el horizonte marino después de la tormenta pasada, vuelven a acomodarse. Quisiera contarle toda su historia a Jacoba pero duda que lo entendería. Ella lo sigue con su mirada plena de afecto desde otra parte de la cubierta mientras disfruta del sol y el aire cálido que roza su piel.

Ella también tiene su pasado, piensa, y no debe ser agradable, precisamente. Pero es posible que sus desgracias las tome de otro modo. Al llegar a Río de Janeiro tendrá que tomar alguna determinación. Romper o perdonar, mirar para otro lado, o creerle a Leticia. De algo está seguro, salir de esa corte del infierno y empezar de nuevo en ese remoto puerto del sur.

Después de aquellos primeros encuentros las clases con Leticia siguieron regularmente. A su encanto natural de casi adolescente imaginativa pero nada ingenua, unía un modo de hablar fino y sutil, algo que había aprendido de su padre. A él lo recuerdo con esa sonrisa enigmática, siempre la palabra justa para el momento adecuado y una mirada aguda que lo llevaba a intuir el pensamiento de su interlocutor. El lejano acento inglés en su manera de hablar era también una característica propia en padre e hija. Su misión era asesorar al rey, pero vaya a saber cuál era su verdadero interés. Eran tiempos donde ingleses y franceses se disputaban el control de Europa, y cada cual operaba en consecuencia. Aunque estos últimos estaban ya definitivamente derrotados.

-Mariano, quisiera que vengas a casa, me gustaría que conozcas el clave que tenemos. No es tan moderno como éste, pero sirve para mis lecciones –fue el modo sugerido por ella para sortear las miradas cargadas de malicia que padecíamos en nuestros encuentros en la sala real-.

Me pareció que también hablaba por su padre y su intención de conocerme. Supe que no desaprobaba nuestra relación y creo que me valoraba más que a otros nobles cortesanos. Es más, me figuro que los despreciaba por ignorantes, anticuados y cerrados. Y prefería que su hija aprendiera y hablara de música y arte más que de moralinas religiosas y sórdidos relatos místicos cuya finalidad era sembrar miedo y sumisión a una autoridad apoyada en el terror.

Nos veíamos todos los días, a veces en la sala de la cámara real, lugar habitual de las reuniones musicales y sociales, o por lo general en su casa. Nuestro trato dejó de ser en poco tiempo sólo de maestro y alumna y casi de modo sutil dejó paso a la intimidad de una pareja que se quiere. Después de todo no era tanta la diferencia de edad, y poco importaba, creíamos, en ese medio de intrigas que un joven músico cortejara a la hija de un diplomático irlandés. Por otra parte éramos dos personajes intrascendentes en ese juego de confabulaciones y conjuras. Sólo nos interesaba la reacción del uno con el otro ante una palabra o un gesto, y obtener una mirada, una caricia cómplice aunque fuera fugaz, o un beso furtivo. Vivíamos abstraídos de la situación imperante.

Sin embargo ante los ojos de los demás tratábamos de seguir en ese juego de la actividad de enseñanza y aprendizaje, de apariencia de alumna y profesor estudiando los grandes maestros del pasado. La vigilancia implacable de los sacerdotes, con su disposición a controlar el ámbito personal de cada cual, podía exponernos a un peligro que no era conveniente correr. Aun cuando los padres de Leticia eran poco permeables a ese tipo de comentarios, de modo especial él, que tenía un criterio de amplitud especial y lo hacía rechazar ese tipo de observaciones o insidias, otros en cambio podían levantar su dedo acusador.

A veces nos llegaban noticias de la intranquilidad que se vivía en diferentes lugares del reino. Muchos habían tenido que marchar al destierro

marcado por sus diferencias hacia ese grupo de obsecuentes que giraba alrededor de la corona y cada tanto algún pronunciamiento militar daba cuenta de los desacuerdos hacia el rey y su séquito.

Y por fin sucedió aquello, un tanto inesperado, pero sí relacionado con lo que se vivía, y que terminaría con nuestra vida algo idílica en un lugar del cual no teníamos suficiente conciencia de lo que realmente era.

La novedad llegó una tarde, desde Barcelona. Como de costumbre conversaba con ella en su casa. Nuestra charla giraba alrededor de nuestras preocupaciones y algunos temas cotidianos e intrascendentes.

El padre de Leticia irrumpió en la sala donde estábamos con una expresión desencajada:

-Luis se metió en problemas, y no sé cómo saldrá de ésta –dijo-.

-¿Qué pasa?, ¿otra vez?, –dijo Leticia, con un gesto de aflicción-.

Al ver mi desconcierto, ella me contó rápidamente:

-Luis Roberto es mi tío, hermano de papá. Es militar y está en Barcelona, tiene allí un cargo alto. Siempre fue vehemente, impetuoso, de dejarse llevar por sus impulsos y no medir con exactitud las consecuencias de lo que hace.

Y volviéndose a su padre le repitió angustiada:

-Pero, ¿qué pasó?

-Parece que intentó un pronunciamiento con las tropas que tenía a su cargo más la del general Milan del Bosch. Creía que tenía todo a su favor pero lo delataron antes que pudiera marchar con los suyos sobre la plaza de Barcelona.

-¿Y qué pretendía? –pregunté yo con ingenuidad-.

-Lo de siempre –me señaló- que el Rey jure la Constitución de 1812, y que cambie algo esta situación de persecuciones y opresión, algo de libertad. Muchos, y sobre todo allá en Barcelona, quieren lo mismo.

-¿Quién lo delató? –preguntó Leticia con enojo.

-Parece que uno de los complotados avisó al obispo y éste puso en guardia al general Castaños.

-¿No es su jefe superior?

-Sí, y posiblemente haya estado en la confabulación, pero ante la presión del obispo se puso de su lado.

-¿No es él también masón?, ¡poca simpatía le debe tener al obispo!

-Sabes cómo es la condición humana, nadie quiere estar del lado del perdedor, y prefiere ser obsecuente con el rey para salvar el pellejo.

-¿Y Milan del Bosch?

-Pudo escapar hacia el norte, a los Pirineos, Luis no alcanzó a llegar a Blanes donde lo esperaba un barco y lo tomaron prisionero. Ahora su jefe, el general Castaños, lo juzgará y ha pedido instrucciones al rey para saber qué medida tomar.

-¡Ay Dios!, –exclamó Leticia-

-Esperen acá, trataré de averiguar algo más a través de alguien que esté cerca del rey.

Salió de la misma forma que había entrado. No podía disimular su alarma y su agitación. Ante la angustia de Leticia, y como para que se distendiera le pedí que me contara algo más sobre su tío.

-Siempre fue imprudente y exaltado en lo que defendía. A los trece años dos tíos abuelos míos, y tíos de él, Juan y Francisco Gauthier, militares franceses escapados de la Revolución al servicio de España, lo llevaron a Puerto Rico enrolado como soldado en su regimiento para que empezara su carrera en las armas. En cierta forma ellos le formaron ese temperamento enérgico, arriesgado. Allá hizo cuanta locura temeraria puedas imaginar sin importarle su propia vida. Lo ascendieron y volvió a España como subteniente de infantería. Era tal su deseo de aventura, que al enterarse de una expedición hacia las islas Molucas y como ya estaban todas las plazas cubiertas quiso alistarse en ella como simple soldado, aun

amenazando con desertar de su propio regimiento. Por una vez estos tíos lo hicieron entrar en razones y le promovieron un ascenso a Capitán, enviándolo a la campaña de Rosellón. Allí siguió con esa insensatez aventurera y audaz en la primera fila de cuanta batalla se daba. Volvió al año y lo destinaron a las islas Canarias. Allí se peleó con sus jefes y con el mismo gobernador, algunos dicen que por una cuestión de mujeres. Le hicieron un proceso por insubordinación y lo mandaron preso a Cádiz, expulsándolo del Ejército, pero con la salvedad de que si al cabo del cumplimiento de la condena y pasado algún tiempo se restablecía de su ¡demencia!, así como lo oyes con ese término lo calificaron en la sentencia, podía pedir continuar en la institución. Por supuesto, cuando salió en libertad se fue a Francia y se alistó en el ejército de Napoleón que se aprestaba a luchar en Alemania. Después lo mandaron con las tropas de invasión a España y como comandante le tocó el objetivo de la ocupación de Madrid. Al ver la reacción del pueblo madrileño en esa famosa jornada del 2 de Mayo de 1808, sintió que su lugar estaba de este lado. Desertó del ejército francés, se fue a Sevilla y ante la Junta gobernante solicitó su reincorporación al servicio de España. Se lo admitió como Capitán y unos meses después se lo ascendió a Teniente Coronel, luego Coronel, Brigadier y finalmente General. Apoyó, como tantos, la ¡deseada! vuelta al trono de Fernando, y ya ves, ahora...

Un llanto corta el relato de Leticia, y sólo acierto a poner mi mano sobre su hombro a modo de consuelo.

Al rato vuelve el padre con una expresión aun peor, y sólo atina a decir:

-Como de costumbre el Rey no decide nada, ni abrió la boca. Uno de sus ministros, para ser más obsecuente y servil que los otros, le ha enviado

un mensaje al general Castaños que proceda con el máximo rigor para dar el ejemplo que corresponde y afianzar la autoridad real.

Quedamos sin poder decir nada.

Días después las noticias que llegaban eran peores. Este general Castaños, con el objeto de demostrar una sumisión incondicional al Rey y con un cinismo sólo comparable a su bajeza había sometido a Luis de Lacy a un juicio sumarísimo y dictado la condena a la pena de muerte. Lo que más llamaba la atención era el escrito de la sentencia que le había enviado a las autoridades de Madrid y que textualmente decía en su final: “...considerando sus distinguidos y bien notorios servicios, particularmente en este Principado, y con este mismo ejército que formó, y siguiendo los paternos impulsos de nuestro benigno soberano, es mi voto que el teniente general don Luis Lacy sufra la pena de ser pasado por las armas”.

Cuando el padre de Leticia leyó esto la indignación le desfiguró el rostro y sólo le escuché exclamar un insulto y su final:

-... ¡y eran compañeros de armas!, -refiriéndose a este general Castaños-.

Poco después nos enteramos los detalles de todo lo realmente sucedido allá en Barcelona.

Castaños temía una reacción popular para liberar a Luis. Con el fin de evitar la revuelta que se preparaba hizo creer a todos que el rey lo había indultado y lo embarcó para Mallorca en la noche del 30 de Junio de 1817 para ser allí confinado.

Dijo que estaría preso en el castillo de Bellver, en Palma de Mallorca hasta que se calmara todo. La “torre del Homenatge” del castillo ya había sido usada como cárcel de prisioneros franceses y había alojado durante

años a un preso famoso, quien fuera ministro antes de caer en desgracia, Gaspar de Jovellanos. Eso calmaría los ánimos, explicó.

Las órdenes fueron otras, y los sucesos en consecuencia. Puedo imaginarlo.

Llega al castillo de forma circular, erguido sobre una colina que domina con amplitud la vista sobre el mar, un grupo de soldados al mando de un coronel. Entre ellos va un religioso y el general Luis Lacy. Cruzan el foso que rodea la muralla. Los fantasmas de antiguos prisioneros se agitan para recibir a la víctima, el mismo Jovellanos parece salirle al encuentro y anunciarle que la culminación de la traición está por consumarse. El ya sabe que tiene que enfrentar su destino y no le falta valor para hacerlo.

Le dan un poco de tiempo al reo para que recapacite sobre su vida. ¿Cuánto? Quizás un día o dos. Repasa sus actos y sabe que todo lo ha hecho por convicción, por eso su conciencia está serena. Si es necesario morir por algo, ésta es una buena causa.

Luego lo sacan de su celda, quizás al amanecer, como es de costumbre, y acompañado por un religioso, como también es de costumbre, lo llevan ante el paredón señalado entre redoble de tambores. Y quizás su última expresión haya sido:

-¡Viva la Constitución! ¡Viva el pueblo de España! ¡Viva la libertad!

Una descarga de fusilería termina con su vida, el 5 de Julio de 1817.

Se lo comunican al Rey, y éste dirá en un balbuceo mientras enciende otro cigarro, acomoda su grueso cuerpo en la poltrona real y haciendo un movimiento ampuloso de su brazo:

-Murió por algo que no existe.

Sus ministros dirán que fue necesario.

Y años después lo reivindicarán.

(Por Real orden de 25 de Marzo de 1820 “...le fuesen restituidos todos sus honores, y se mande colocar su nombre en el salón de Cortes como muerto en un patíbulo por la Constitución”).

-Mariano, esto es insoportable –me dice Leticia con furia y dolor-, nos vamos de aquí antes de que cualquiera de nosotros sea la próxima víctima.

Cuánto demoré en tomar mi decisión de acompañarlos a ella y sus padres, creo que fue sólo un instante.

Cargué mis cosas, y en menos que lo pensara, ya estábamos en camino a Londres Leticia, sus padres, Marianito y yo.

Dejábamos atrás un país que se caía a pedazos y empezaba una nueva etapa para nosotros.

6

Llegamos a Londres a comienzos del otoño de 1817. Si bien no tuvimos mayores inconvenientes a lo largo de nuestro viaje por territorio español, al embarcar en el puerto asturiano de Gijón en una nave inglesa nos sentimos más seguros. En rigor los mares estaban dominados por la bandera británica y de ese modo nos hallábamos bajo su protección. Las naves con las que nos cruzamos desde el mar Cantábrico hasta el Canal de la Mancha tenían todas el mismo pabellón. Inglaterra era la gran potencia del mundo. Desembarcamos en el puerto de Brighton, y no fue mucho el tiempo que nos demandó el traslado hasta la capital del imperio británico.

El movimiento en las calles, el ambiente que se respiraba me resultó muy distinto al de Madrid. No por su clima en verdad, notablemente más húmedo que la sequedad madrileña, sino quizás haya sido una impresión subjetiva por el modo intempestivo que tuvimos que salir, pero noté una pujanza, un movimiento intenso, un vigor y un dinamismo exultante en contraste con lo que habíamos vivido en el último tiempo. Se vivía diferente, de otro modo, eso fue lo que me pareció.

Unos parientes de los Lacy nos dieron acogida mientras pudiéramos acomodarnos a la ciudad y a la nueva situación. En las conversaciones que tenía con ellos, en especial con uno de sus primos, joven e inteligente, de quien supe por Leticia era un activo militante político, me hicieron caer en

cuenta lo nuevo que aquí se desarrollaba y que tenía como raíz la utilización del vapor de agua. Su aplicación generaba inventos prodigiosos, como la máquina que podía trasladarse a cierta velocidad tirando varios carros cargados, la locomotora de Stephenson. Pero en donde su uso hacía la grandeza y la fortuna de este país, eran en las máquinas de hilar y tejer. Como extraña paradoja esto que generaba riqueza producía al mismo tiempo pobreza. Los antiguos artesanos del telar habían desaparecido barridos por este moderno sistema de fabricación. Se trabajaba con estas nuevas máquinas capaces de producir mucha mayor cantidad de telas y prendas de vestir con mucha menos gente. La capacidad de elaborar de cada persona se había multiplicado por diez, por cien, pero esa riqueza creada no volvía a ellos, se lo quedaba el dueño de las fábricas y las máquinas. Se generaba una enorme producción para comercializarla, y para poder venderla aparecía en consecuencia la necesidad de llevar esos productos a todo el mundo.

Había muchas protestas de la gente por las condiciones de trabajo que tenían, pero se las reprimía con dureza. Algunos le echaban la culpa de sus desgracias a estas nuevas máquinas que habían arruinado su trabajo artesanal e intentaban destruirlas y quemarlas en las manifestaciones que se sucedían de continuo, pero en realidad no eran éstas las culpables, era el modo de cómo se les apropiaba el fruto de su trabajo. Así me lo señalaba con inteligencia este joven pariente de Leticia. Un tal Owen quiso hacer algo diferente en Escocia, organizó una fábrica donde las condiciones laborales fueran un poco mejores, con menos horas de trabajo, con mayor higiene, con educación para los hijos, y probó así que el rendimiento de sus obreros era mejor. En esencia no cambiaba el modelo, sólo que no se hacía tan duro y riguroso, y se evitaba el rechazo y las manifestaciones contrarias. Pero era sólo una excepción.

Los dueños de las fábricas acumulaban de este modo un capital que luego reinvertían en nuevas máquinas que a su vez ampliaban aun más la producción. Para ellos el objetivo era cómo obtener ese máximo beneficio. Y así salían los barcos cargados por todo el mundo buscando dónde colocar todo eso que se fabricaba. Esas eran las razones que llevaban a este país a ser la potencia dominante del mundo. La enorme contradicción era que gran parte de su población vivía en condiciones extremadamente duras de pobreza, trabajando doce o catorce horas diarias, con chicos que perdían su infancia dentro de esos grandes talleres, también empleados, todo por una subsistencia mísera que apenas le daba para lo esencial.

En mi caso mi profesión y mis conocimientos me ayudaron enseguida a conseguir un medio de subsistencia y hacerme de un lugar en ese medio. Primero con las clases de música para las cuales encontré muchas damas acomodadas con interés en tocar algunas piezas en el teclado de los claves y pianofortes que no faltaban en ninguna casa de familia. También atraía la pequeña guitarra española que se había puesto muy de moda. Se utilizaba muchas veces para acompañar alguna canción o para el toque delicado de una breve obrita en las reuniones de salón. Dado el entusiasmo que había publicado un método para aprender a tocarla que se vendió bastante bien.

Pero aquello que mayor satisfacción me dio fue el mundo del teatro. Puedo decir que en Londres empezó de verdad mi carrera de cantante. Allí tuve mis primeros papeles en las óperas que se representaban. La actividad lírica era muy considerable y a diario había funciones en varios teatros. Al principio fueron intervenciones secundarias, pero enseguida me llamaron para actuaciones más importantes. Mi formación en Italia pesaba mucho y bien, además de las buenas críticas que recibía, por eso me tenían en cuenta a la hora de formar un elenco. En poco tiempo me hice de un sólido prestigio y actuaba de continuo.

Mi situación personal se afianzó. Le pedí a Leticia que nos casáramos. Marianito tendría de nuevo la madre que había perdido y yo a quien sentía la mujer de mi vida.

Los preparativos fueron pocos. No queríamos grandes festejos, sólo la intimidad familiar y la aprobación de los Lacy, que siempre la tuve. Eran momentos de gran felicidad y yo veía que podía conseguir lo que quería. Con una ceremonia muy sencilla y una reunión sólo de los más allegados formalizamos nuestra unión.

-Esta es una tierra salvaje, ¿verdad?

Las palabras dichas con fuerte acento francés pero en buen español, me sacan de mis cavilaciones y mis recuerdos y quieren acompañar mi mirada. El que las pronuncia es uno de los oficiales de la nave que se acerca al lugar de la cubierta desde donde diviso hacia el oeste la línea de tierra que seguimos.

-¿Habrà vida humana entre tanta espesura? –sigue su comentario-.

Y se responde a sí mismo:

-Seguramente no como la conocemos –continúa su razonamiento con la intención de iniciar una conversación-.

Lo observo con una sonrisa amable. Al fin y al cabo es el único que se ha acercado en estos días de navegación.

-Pero quizás más sana –le respondo-.

No se sorprende con mi acotación.

-Es verdad, nos envanecemos de ser civilizados y cultos, pero todo lo resolvemos con muertes, guerras, ajusticiamientos, guillotinas. Con la fuerza, como cualquier salvaje, sólo que de modo más elegante.

-Para salvar poder y privilegios –le hago la salvedad-.

Es ahora él el que me devuelve la sonrisa amable.

-Pero usted no es militar ni diplomático, tengo entendido –agrega-.

-No, soy artista, músico, cantante y empresario de ópera.

-Opera en el confín del mundo –exclama- no está todo perdido entonces.

-Y me recibieron de la mejor forma, con el mayor interés, -me entusiasmo-. Es más, mi proyecto es venir a instalarme en esta ciudad-puerto del sur.

-Escuché los comentarios sobre su actuación. Para esta gente es un poco de Europa, quizás lo mejor, que viene a través suyo. No sólo por su calidad artística la cual es indudable, por cierto. Hay avidez por lo que llega desde el centro del mundo. Es preferible su música a una espada, créame.

-Le agradezco sus palabras. Más porque nadie de la tripulación se acercó en estos días a tener alguna conversación conmigo.

-En verdad lo tenemos prohibido. Aprovecho de hacerlo ahora que el capitán no está en función, yo lo reemplazo ahora.

-Pero, ¿por qué esa prohibición?

-La nuestra es una misión diplomática con el gobierno del Plata, y debemos mantener prudente reserva. Le ruego por ese motivo que no comente esta charla, queda entre nosotros.

-Así lo haré, como me pide.

-Es más, debo confesarle que este viaje pudo hacerlo por la intervención de su tío diplomático. Él insistió para que lo embarcáramos. De lo contrario no hubiera podido.

-Tío de mi mujer –le aclaro-.

-¡Ah! Tuvo algún problema o alguna desavenencia con ella, por lo que me dijeron.

-Algo así –no quise darle ningún detalle de mi situación-.

-Un viaje ayuda a tomar un poco de distancia y ver las cosas de otro modo, en especial advertir que las cosas no son como se dicen, sino es otra

la realidad. La gente repite cualquier tontería con o sin interés cuando no se tiene nada para decir.

-Puede ser -¿sabría algo de lo ocurrido, o lo que se decía?-.

-Su hijo quedó en Buenos Aires.

-Sí, quiere empezar su vida adulta lejos de las cortes, de nobles y aristócratas.

-Sabia decisión. Es un muchacho inteligente.

-Gracias.

-Esa muchacha que la acompaña dará que decir en la corte. Espero que no le traiga problemas.

-Es tanto lo que se dice y lo que sucede en ese ambiente, que me tiene sin cuidado.

-Me parece bien.

Hizo una pausa, y como quien suelta un pensamiento íntimo, continuó:

-No quería dejar pasar esta oportunidad antes de que termine su viaje y desembarque en Río de Janeiro, ya que no creo que nos volvamos a ver, para expresarle mi reconocimiento. Usted hace más que cualquiera de nosotros. Trae los mejores valores. Alguna vez la gente de estos lugares aprenderá a hacer un país independiente, y a hablarle de igual a igual a los europeos. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que eso ocurra?, ¡quién lo sabe! Hay algunos, pocos, que así lo comprenden. De la suerte de ellos depende. Pero no soy yo el que debo decirlo. Mi país ha cambiado, toda Europa ha cambiado. Las ilusiones de ayer fueron sepultadas.

Tomó mi mano con las suyas y con un fuerte apretón terminó la conversación con estas palabras:

-Quizás el futuro de la humanidad pase por estos confines donde alguna vez se construya un nuevo mundo, con libertad, con igualdad, con fraternidad.

Después de un breve respiro, y con muestras de arrepentimiento por lo que creyó haber hablado de más, concluyó:

-Por favor, olvide lo que dije, me dejé llevar por un sentimiento profundo. Son palabras prohibidas. Mucha gente ha muerto por ellas, y usted viene acá en otro sentido, a dar vida. Pero recuerde: la libertad de este nuevo mundo es la esperanza del universo, lo dijo alguien de estos suelos, a quien admiro.

Se fue caminando lentamente, como había venido, hacia el puente de mando. Arrastraba uno de sus pies y me dio la impresión por la rigidez de su pierna derecha que ésta era artificial. La habría perdido en algún combate.

La línea de tierra del continente se ve a lo lejos, por momentos se pierde, y otros reaparece. ¿Cómo serán quienes allí viven? ¿Será esto escenario de algo nuevo, como me lo sugiere este oficial? O sólo son palabras grandilocuentes. Preguntas y más preguntas giran sobre mí.

Y más: ¿por qué nos fuimos de Londres? Allí mi futuro parecía inmejorable. Tenía una carrera en el teatro que se abría con grandes perspectivas. Leticia estaba a gusto y apoyaba todo lo que hacía. Fue su tío, esta buena persona con un cargo diplomático en Brasil, que en el ánimo de ayudar nos entusiasmó y nos habló del gran Teatro Real de São João en Río de Janeiro inaugurado unos pocos años antes, un lugar donde debía mostrar lo que yo valía, me dijo.

Había vuelto por poco tiempo a Londres y quería que a su regreso lo acompañáramos. Era una oportunidad inmejorable, nos repetía. El rey João había formado una Capela Real, con su orquesta y sus conciertos, y su hijo Pedro, sucesor en el trono, había heredado esa gran pasión por la música. Aunque después supe de su otra pasión, más fuerte y enfermiza, por cuanta

mujer se le cruzara en el camino. Habían contratado a varios maestros importantes para dar brillo y jerarquía a la vida artística, entre ellos a un alumno de Haydn, Segismundo Neukomm.

Los conciertos y las representaciones operísticas eran de primer nivel, me aseguraba. Ese lugar sería maravilloso para continuar mi carrera y que ella tuviera una trascendencia acorde con mi capacidad. Sus palabras, ahora que las recuerdo, eran de un hábil e inteligente diplomático, con singular capacidad de convencimiento, sin duda.

Por otra parte su cargo tenía mucho peso en esa corte. Es que los portugueses quedaron con una enorme deuda con Inglaterra. Su argumento era incuestionable. Al invadir Napoleón a Portugal la flota inglesa se puso a su disposición y llevó a la corte en pleno, unas quince mil personas, a su colonia en el Nuevo Mundo. Y de ninguna manera tal servicio podía ser gratis. El compromiso de la realeza lusitana había quedado debidamente asumido y era puntualmente reclamado desde Inglaterra.

Nos dejamos llevar por el impulso, el entusiasmo y las bellas intenciones de esta buena persona, y por sus palabras cargadas de optimismo.

Hacia fines de 1818, después de haber estado en Londres algo más de un año, un tiempo que me pareció mucho mayor por lo fructífero y por toda la actividad que pude realizar, partimos acompañándolo hacia nuestro nuevo destino. La esperanza que llevábamos en este nuevo viaje hacía un claro contraste con la desazón con la que habíamos partido de nuestra anterior estancia, en Madrid. En rigor, aquello había sido un escape desesperado no sólo por lo que creíamos era el peligro que podíamos correr, sino por la opresión y la ausencia total de expectativas de un medio que no brindaba nada. Un ámbito que sólo se consumía a sí mismo en la apariencia, y se desintegraba en la descomposición de un orden que se mantenía sólo por la fuerza represiva.

Y por lo que compruebo ahora no muy diferente a lo que viví estos últimos años en la corte brasileña, un trasplante anacrónico de aquello que moría en Europa.

Las pocas palabras de este oficial francés, expresadas como un secreto, ahora me lo refirman.

7

La goleta se aproxima a mi destino en este viaje de regreso. Salí enceguecido, vuelvo algo más tranquilo, la certeza de la infidelidad de Leticia se ha transformado en duda. La montaña llamada Pan de Azúcar, por su curiosa forma que semeja un terrón salido del suelo del endulzante producido aquí a partir de la caña, marca la entrada a la bahía de Guanabara. Hace cuatro años seguíamos este mismo camino al llegar desde Londres con Leticia, su tío diplomático y el pequeño Mariano. Era otro el estado de ánimo que traía, pleno de expectativas e ilusiones. Imaginaba que Río aspiraba a ser una capital europea enclavada en territorio americano, de hecho se hablaba del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve con centro en esta ciudad. La corte portuguesa lucía todo su esplendor en este trasplante plasmado por la flota británica para salvarla del ejército napoleónico. El rey Joao aspiraba a darle el mayor brillo, y la mejor música no debía faltar a este convite. En este lugar, me lo habían asegurado, tendría amplias posibilidades para desarrollar mi arte.

Aquella vez, recuerdo, la recepción fue magnífica, como cabe hacerla a quienes tienen por el arte una estimación mayúscula, aunque con un detalle extraño, que con el tiempo lo entendería.

La noticia de nuestra llegada se había adelantado al desembarco y un delegado del Rey con una guardia especial nos esperaba para poner un marco relevante en una ceremonia plena de pompa con un trato brindado

sólo a altas personalidades ilustres. No sólo se debía al tío de Leticia, representante de la nación poderosa que los protegía, sino por un gran artista, según ellos, venido a esta tierra desde el centro del mundo, Londres, para brindar sus servicios a un rey y a una corte que se preciaba por valorar lo mejor, lo más refinado y actual de las expresiones europeas. Se lo debía recibir de acuerdo a lo que se juzgaba eran sus merecimientos. Allí estaba presente además, como quien espera un nuevo juguete, el hijo de su majestad, un mozo veinteañero, Pedro. Pedro de Alcântara Francisco Antônio João Carlos Xavier de Paula Miguel Rafael Joaquim José Gonzaga Pascoal Cipriano Serafim de Bragança e Bourbon, tal su nombre completo.

Recuerdo esa particular escena, el primer encuentro con Su Majestad el Príncipe.

La ansiedad por conocer a los recién llegados se le trasluce en su rostro. No espera ningún saludo protocolar, se abalanza sobre nosotros y me envuelve en un abrazo. Toma mi mano, y con una actitud obsecuente y servil en una aparatosa genuflexión, que me sorprende, exclama:

-¡Maestro!

El tío de Leticia, que ya lo conoce, y sabe de sus desequilibrios emocionales, con una leve sonrisa me señala:

-Don Pedro, el heredero del trono, tiene un particular afecto por quienes promueven la belleza: los grandes artistas y músicos, y creo desde ya es tu admirador por tanto que le han hablado de tu trayectoria y tus virtudes.

Acto seguido, con la misma teatralidad repite el gesto con Leticia, sorprendida por tal demostración, acostumbrada al distante, frío y protocolar estilo cortesano. Ella retira su rostro y sólo le deja su mano para que la bese. Me mira desconcertada, mira a su tío. Y Pedro con el mismo tono de voz que se había dirigido a mí, vuelve a exclamar:

-¡Sólo tan bella dama puede acompañar a tan excelso artista! ¡Merced a sus pies!

Dirigiéndose a Leticia, su tío le dice:

-Parece que también es tu admirador. ¡Cuidado! –una sonrisa irónica se le dibuja-.

El delegado real se apresura a terminar con esta escena teatral y aparatosa y nos invita a subir a un carruaje. El se encargará de nuestro equipaje.

En otra aparatosa genuflexión, el Príncipe alcanza a decirnos:

-Ardo en deseo de veros y compartir nuestro amor por la música. ¡Bienvenidos a esta bella tierra!

En el viaje dentro del carruaje hacia el lugar asignado para nuestra residencia en la ciudad, el tío de Leticia se ve en la necesidad de aclararnos en algunas palabras por la recepción un tanto sorpresiva y borrar la incomodidad por la que pasamos su sobrina y yo.

-El príncipe Pedro ha tenido una infancia desgraciada –nos dice-. Su madre, Doña Carlota Joaquina de Bourbon jamás le tuvo muestras de afecto y cariño, ni a él ni a sus otros hijos, pero él es quien más lo ha sufrido. Es más, ella misma padecía de cierto desequilibrio mental. Eso llevó a don Pedro, una persona de gran sensibilidad, a tener una extrema necesidad de afecto, y que lo busca en cuanta persona él cree que pueda dárselo. Sus aventuras amorosas dan que hablar. Si fuera una persona cualquiera o un miembro más de la corte quienes están cerca lo frenarían o le pondrían algún límite, pero es el hijo del Rey, y heredero de la corona. Nadie puede oponerse a su voluntad.

-Me pareció estar dentro de una de las óperas donde actúas –me dice Leticia con ironía-.

Quedamos en silencio. El carruaje seguía su camino y mi vista, más allá de la ventanilla, quería conocer y entender esta nueva tierra. Veía la

naturaleza exuberante que crecía en la desmesura de un clima cálido y húmedo. Veía a la gente de piel oscura arrancadas de su tierra de origen en África para servir aquí como esclavos. Veía algunos soldados portugueses en sus puestos de guardia con sus armas en la mano. Veía las amplias casas de quienes eran los dueños de las tierras, de las grandes plantaciones de café y caña de azúcar, base de la riqueza de este país según me había informado, y mantenían esta monarquía. En mi pensamiento deduje la singular paradoja de cómo el exceso de poder alienta una extraña enfermedad.

Comprendí que en esta tierra todo es grande, extraordinario, sin medida. Desde la naturaleza hasta las pretensiones y ambiciones de sus dueños. Parecía que las limitaciones que imponían algún freno en Europa aquí no existían. Un ejército de pobres sometidos traídos del otro lado del océano apresados en redadas salvajes, y trasladados en barcos peor que bestias, trabajaban la tierra sin otra recompensa que no perder la vida. El azúcar y el café, las dos riquezas del país, eran el negro producto de una negra vida de aquellos de negra piel. Advertí que las colonias tenían diferencias con la metrópolis, aun cuando esto no se consideraba colonia. Las desproporciones contrastaban con grotesca acentuación. Si lo blanco y lo negro eran los contrarios, acá resultaba de trágica evidencia.

En el ámbito donde me tocaba actuar, todo era grandilocuente, majestuoso, la riqueza lucía con gran pompa y esplendor.

El Teatro de Sao Joao, construido unos diez años antes de mi llegada era verdaderamente imponente. Quizás mejor y más amplio que cualquier otro teatro europeo. La actividad era amplia, diversa y continuada. Al conocerse mis antecedentes, un tanto magnificados por el tío de Leticia, no tardó en aparecer la propuesta de poner en escena algo propio, cosa que me entusiasmó.

Me urgían para que lo hiciera en el menor tiempo, cuestión común en todo teatro, y como mi experiencia en componer una ópera no era mucha, en rigor nunca lo había hecho, pensé en adaptar una que había conocido unos años atrás en Nápoles, de un compositor español, argumento adaptado a su vez de otra ópera del francés Boieldieu sobre los enredos amorosos de un noble oriental que se hace pasar por un bandido para enamorar a una joven. El título llevado al portugués quedó “O Gran Califa de Bagdad”. El proyecto era montar una típica ópera bufa italiana para cumplir con el pedido insistente de las autoridades del teatro que querían una obra original, con una temática que siguiera los consabidos recursos del género y con la ambientación oriental de algunas óperas tan en boga por entonces.

Hablé con un hombre de gran cultura, médico de profesión, estudioso de la lengua italiana, Luiz Vicente De Simoni, quien utilizaba para su actividad de poeta y escritor el seudónimo Dermio Lubeo, para que adaptara al italiano el libreto original que tenía en español, pues como ópera bufa me pareció que lo más acertado era que debía ser cantada en ese idioma. No en portugués, ni en español, sino en el idioma característico de una ópera “bufa” o “giocosa”, el italiano. Con inteligencia este buen hombre me sugirió hacer algo nuevo tanto en el texto como en la música en base al argumento original.

Fue un trabajo intenso pero grato al mismo tiempo. Este escritor, además de su erudición, poseía un gran sentido del humor. Juntarse con él significaba horas de charlas sobre el tema que nos reunía y escuchar cuentos que siempre terminaban con una risa amplia y generosa. Tenía una singular visión del comportamiento humano, propio de quien ve con sagacidad las razones que llevan a las personas a realizar ciertas acciones. Me ayudó a conocer mejor la forma de ser de la gente y sus razones, no sólo de las alturas aristócratas, sino de los humildes, del pueblo, alegre en

el sufrimiento, generosa en la pobreza. Sus bailes, sus cantos, sus creencias traídas del África y mezcladas con lo europeo.

La ópera se estrenó casi al año de mi llegada, en 1819, y tuvo cierta repercusión, no sé si señalarla como éxito, pero puedo decir que se la recibió con entusiasmo. Lamenté que Luiz no pudo llegar a verla en su estreno, pues por su trabajo había tenido que trasladarse a otro lugar.

Era una ópera en dos actos. Allí relataba la historia de un poderoso y viejo Emir que quiere casarse con una joven y se hace pasar, disfrazado, por un vagabundo callejero que la salva de una banda de ladrones. Ella se enamora de su salvador sin conocer su verdadera identidad. Al declararse su amor, sus padres se oponen pensando que él es sólo uno más de la banda. Llegan los sirvientes del novio con regalos y entonces, para confundir más, aparece el Emir en su papel real acusando de ladrón a su doble. Se presenta la justicia en la figura de un cadí para prender al disfrazado, pero al ver quien es, se retira haciendo reverencias, lo cual desconcierta a los padres de la novia.

En el segundo acto el novio habla con la madre pero ella desconfía creyéndolo en verdad un ladrón. Ante la presencia del cadí le pregunta quién es en realidad, pero éste por miedo no quiere hablar. Llega un sobrino de los padres que al enterarse de toda la situación y como la madre señala al pretendiente como un ladrón, se indigna y quiere matarlo, pero la joven intercede para que no le hagan daño, ella lo quiere y es su amado. Su joven intuición femenina puede más que el recelo de sus parientes. Al final se presenta el Emir en su verdadera identidad con su magnífica corte. Todos lo aclaman como el Califa, ante la sorpresa de los familiares de la novia. Gran final, como corresponde a una ópera de estas características, con la celebración de la espléndida boda.

Una historia de embrollos que se prestaba para solos, dúos y tríos de todos los personajes, donde además del canto habíamos introducido partes habladas.

Se hicieron varias funciones y los comentarios que recibió la obra fueron halagadores. Algunos hubieran preferido una temática más próxima a lo brasilero o que se utilizara el portugués, pero la idea fue precisamente hacer una ópera bufa italiana, con sus ingredientes característicos. Además de violinista y cantante, podía agregar ahora mi condición de compositor de ópera y naturalmente de director, ya que tuve ese papel de concertador de mi propia obra.

El éxito obtenido sirvió para consolidar mi posición de artista en la corte. El príncipe Pedro no ahorra elogios al verme, y me acercaba sus trabajos musicales para que le aconsejara, según sus propios dichos. Él quería llegar a ser compositor, y lo que hacía si se quiere tenía algo de inventiva y cierto oficio. Tenía un gran maestro como guía, Segismundo Neukomm, un alumno de Haydn, que lo ayudaba bastante. También otros dos compositores, de la corte real como aquél, ambos de sólida formación, lo habían sostenido en sus intentos creativos: Marcos Portugal y José Mauricio Nunes García. Pero su pasión era otra, y su fama de mujeriego crecía día a día, escándalo tras escándalo.

Una de sus últimas andanzas, según llegó a mis oídos, ocurrió no hace más de un año, precisamente el 29 de agosto de 1822, una semana antes que se declarara la independencia del Brasil, en el camino entre Río y Sao Paulo. El iba en su carruaje real y una mujer, tan ambiciosa y descontrolada como él, se le cruza en su camino. Domitila de Castro Canto e Melo, esposa de un militar, separada de éste, y madre de tres hijos, el menor fallecido, le exige a los gritos que le devuelvan la tutela de los otros dos, que le han quitado por su conducta escandalosa. Su autoridad, majestad, debe prevalecer, exclama, e imponer justicia. No se moverá del

lugar, ni dejará pasar a nadie hasta que su pedido sea atendido. Don Pedro llama a uno de sus guardias para que le explique qué pasa. Llaman a la mujer, la hacen subir al coche de su alteza a su pedido. Ésta, decidida, lo hace. Es una joven atractiva, y enfurecida, lo parece aun más. Pedro la mira, sus deseos son irrefrenables. Ella gesticula, con vehemencia explica de nuevo lo que pretende, sabe que su femineidad puede agregar valor al reclamo, no lo oculta. Las curvas en movimiento de sus pechos agitados surgen sensuales detrás del amplio escote. No quiere esconderlos, es su arma y la usa de frente. Como única respuesta él la toma entre sus brazos y le da un beso. No sé si habrán hecho el amor en ese momento, me parece osado afirmarlo, pero algunos afirman que sí. Desde entonces todos saben que son amantes. Titilia, todos la conocen por este sobrenombre, todos hablan de ella y de la pasión que los une.

Doña Leopoldina, la fría y tímida esposa oficial de Pedro, tiene que soportar estas vergüenzas. Algunos, en secreto, se conmueven de ella, o dicen que es una extranjera insensible, dócil y mansa, otros fingen no ver, pero la mayoría por no decir todos, están del lado de su majestad. El poder parece producir ciegos.

Ya a nuestra llegada se hablaba de los amoríos del príncipe con una bailarina del Teatro Sao Joao, Noemí Valency. No la llegué a conocer, pues la enviaron a Pernambuco con el bebé que había tenido fruto de esa relación. Parece que el niño murió al poco tiempo. De ella no se supo más.

El año anterior a nuestro arribo se había realizado el casamiento del Príncipe con Leopoldina. Primero fue por poder a través de un arreglo hecho en Austria con los padres de la joven y un enviado especial. Tal era su inocencia que cuando su padre le anunció con quien se casaría, ella se enamoró de su príncipe sin conocerlo, sólo a través de un pequeño retrato que lo prendió en su vestido cerca de su corazón. Se enamoró del país lejano al que iría. Quiso aprender su idioma, algo de música porque le

dijeron que allí eso gustaba mucho. Lo imaginó grandioso, rico, espléndido, a diferencia del suyo cargado de miseria y hambre, devastado por la guerra. Y en fin, era su ilusión, sólo estaría por poco tiempo, hasta que la casa real volviera a Portugal, a su Europa conocida.

Después de un largo viaje, incluido un breve paso por la ciudad de Venecia, ella llega al Brasil desde su Austria natal, donde tenía el título de Archiduquesa, con la comitiva que la acompañaba. Entre otros venía su bibliotecario, un hombre de gran sabiduría, el Dr. Rochus Schüch, entendido en cuanto rama de la ciencia y el arte pueda imaginarse, pero menos, parece, en la conducta de su mujer. Ana Steinhaussem Schüch no resistió a la seducción de su alteza y el pequeño Augusto Schüch se considera tiene paternidad real, según el comentario en la corte. Él sigue atendiendo sus libros y finge no saber nada. ¿Hasta dónde todas esas habladurías son ciertas? La conducta de don Pedro da para este tipo de rumores, pero también es probable que la imaginación de la gente vuele en forma más veloz que la realidad.

La silueta de Leopoldina no es atractiva en términos femeninos, convengamos, el matrimonio, como todos los de la realeza fue un arreglo por conveniencia, Pedro busca en cuanto mujer se le cruce el afecto materno que nunca tuvo, es el hombre con más poder en estas tierras, son todas razones que pueden explicar de algún modo su conducta. Explicar para mí, justificar para los demás.

Por otra parte a ella le cuesta adaptarse a este país, y no sólo por la diferencia del clima o del idioma. Se queja de continuo, lleva una vida solitaria, y el trato que recibe de su esposo no es el mejor, se lamenta a veces de sus groserías para con ella. Le molestan las actitudes y algunas ideas liberales de su marido, y prefiere el orden que ha visto en su país natal, los principios austríacos, la obediencia al poder absoluto del monarca, esos antiguos modos de pensar rígidos y autoritarios, que lleva

como ejemplo inserto en sí de manera muy profunda. Preferiría ver a su marido como un monarca con poder, como su padre, pero la situación aquí es diferente. Y Pedro parece contagiado de ese espíritu de ideas nuevas. Ahora se agrega la aventura amorosa con esta tal Titilia.

La realidad es que quienes defienden el proyecto de una república, siguiendo las ideas liberales francesas, es un grupo numeroso y fuerte. El mismo Pedro para sostener su poder salió a decir que desearía para su país un modelo como el de las antiguas colonias inglesas de América del Norte, los Estados Unidos. Simpatiza con esos grupos, de ese modo ha conseguido algo de apoyo, y ha proclamado “eu fico”, yo me quedo, en respuesta al pedido de su padre de que vuelva a Portugal. Quiere fundar aquí su propio reino, y para diferenciarse de la realeza europea, de aquellos que aspiran a restaurar el pasado monárquico, y obtener el favor de los liberales se proclamó enseguida emperador, como Napoleón. Igual a él, siente que su poder tiene una base de apoyo popular, un autócrata con respaldo del pueblo, pero lo dilapida, por su incapacidad y su torpeza para manejarse. Con las mujeres tiene éxito, pero una cosa es ser un buen amante, y otra manejar un país.

De este modo, proclamándose emperador ha podido frenar las aspiraciones de quienes quieren en esta tierra la continuación de los ideales libertarios de la Revolución Francesa, primero los seduce, como a las mujeres, y después los usa en su beneficio. No es un supuesto mío, casi en secreto, antes de la coronación, Leopoldina se lo dijo a Leticia. Ella, temerosa, presagiaba que podía producirse un movimiento similar y había preparado su partida a Europa con sus hijos. Pero después, es curioso, al verlo coronado a Pedro, cambió de parecer. Como emperatriz se ha puesto al frente de la independencia. A pesar de la tristeza y amargura, tiene un agudo sentido político, mayor al de su marido.

Los últimos meses, con todos estos acontecimientos, fueron muy convulsionados. Pero la actividad en el teatro y en la Capela Real siguió su curso, aunque sin escapar a lo que se vivía. Algunas funciones suspendidas, conciertos que no pudieron llevarse a cabo, y no obstante dentro de todo, la vida seguía. La novedad que Leticia estaba embarazada me llenó de alegría en un primer momento. Al fin, después de tanto tiempo tendríamos nuestro hijo. Después, la insidia y las habladurías. Cuando llegaron a mi, creí desmoronarme en un mundo de espanto y vergüenza.

Las aventuras del príncipe ahora emperador crecían en los comentarios de boca en boca. El amante invencible, supremo. Pero ese símbolo, ¿sería una forma de darle algo más de poder en la imaginaria popular? ¿Serían ciertas todas esas aventuras amorosas, algunas incluso poco creíbles? ¿Podría pensar en la infidelidad de Leticia?

Veo de lejos la silueta de la ciudad de Río de Janeiro y mientras espero que vengan a buscarnos para desembarcar, me hago estas preguntas. Otelo es el personaje que en este momento yo podría representar con mayor afinidad. ¿Leticia será inocente como Desdémona?

8

Zeze, siempre fiel, espera en el muelle para ayudarme con el equipaje.

-¿Todo bien? ¿Novedades? –le pregunto-.

-Todo bien, patrón.

-¿Leticia?

-La señora bien, pero muy triste.

Ante mi silencio, agrega:

-Falta poco para que nazca su hijo.

Lo miro con una sonrisa dolorida.

-Será músico como usted –me lo dice como para darme ánimo-.

Mira a Jacoba y se sorprende.

-Patrón, ha traído buen regalo de su viaje –se ríe-.

-Y es así, en cierto modo –le respondo-.

-¿El niño Mariano?

-Se quedó allá para empezar su vida de grande, ya no es un niño.

-¡Ah! Cierto.

Carga los bultos al carruaje y tararea una melodía.

-Todo va bien, y todo irá mejor –me lo dice con alegría-.

-¡Ojalá! –lo digo para mí-.

Subo al asiento de atrás, y Jacoba se acomoda al lado de Zeze, sentado en la parte delantera para conducir el carro.

Zeze se da vuelta, con las riendas en las manos y la enorme blancura de su dentadura desplegada en una sonrisa franca, me dice al azucar el caballo:

-¡Bienvenido de vuelta a nuestro país!

Cuánto mejor es este recibimiento que aquel de cuatro años atrás, lo digo para mí, contagiado ahora de la alegría que me transmite el fiel Zeze.

El carro avanza sin apuro dejando atrás la zona del desembarcadero. Jacoba contempla la nueva ciudad, extraña y original para ella, y quiere comprender el idioma que oye de boca de Zeze. Lo aprenderá rápido, que duda cabe, su oído es fino.

Un grupo de chicos semidesnudos corretea en la tierra de la calle entre risas y juegos, su inocencia los preserva todavía de la vida. Una mulata bambolea su cuerpo envuelto en el contraste de su negrura y el amarillo de su vestido suelto hasta el piso mientras carga un hato de ropa sobre su cabeza. Un par de soldados conversan en el cruce de dos calles. A lo lejos están las suntuosas mansiones de los señores dueños de las tierras. El follaje de las grandes plantas apenas las disimula entre los verdes distintos y profundos del paisaje.

Zeze detiene el carro a la puerta de nuestra casa. Se baja, ata el caballo, ayuda a Jacoba a apearse y se dispone a trasladar los bultos del equipaje.

En el trayecto he querido adelantarme a cómo será el encuentro con Leticia. Demoro en salir del carro, me resulta difícil enfrentar este momento. Tomo valor y al fin lo hago.

En la galería, sentada en la mecedora, ella espera. Su cuerpo redondo ha crecido en estas semanas. El calor del verano prolongado ahora en los días otoñales le agrega mayor peso a su silueta hinchada. Me mira, la tristeza la tiene en su rostro, no lo disimula. Sabe que mis ojos van a los suyos, espera algo de mí. No dice nada, tampoco yo. Voy hacia ella, subo

los dos escalones hasta llegar a la galería. Me detengo por un momento. Vacilo. Luego continúo en dos pasos dados con lentitud y llego a su lado, me inclino hasta arrodillarme, recuesto mi cabeza sobre su vientre y las lágrimas caen de mí.

-No le hagas caso a las habladurías –me suelta la misma frase que me ha dicho antes que partiera-.

-Sus aventuras son con esa mujerzuela, la tal Titilia –agrega-.

-A partir de ahí han inventado toda clase de historias –sigue en un suspiro, mientras acaricia mi pelo, como sabe ella hacerlo en las noches de amor-.

-Pretenden hacerlo el padre de este país, y es un pobre incapaz, lo sabes bien – continúa como un susurro-.

Sus palabras suenan dulces, confortables, quiero creerlas.

-Tienen miedo a la libertad, a que esto sea una república, quieren que todo siga igual, con esclavos y con aristócratas hacendados, por eso inventan estos personajes y estas historias.

Hace una pausa. Recuerdo la ciudad del sur de donde acabo de llegar. En aquel Buenos Aires también algunos aspiran a una república. Y allí también vi a otros en las calles, a los que gritan vivas a la religión, con rosarios y escapularios en las manos, aferradas a lo viejo, y que del mismo modo querrían un poderoso que los proteja. El miedo engendra odio, y mentiras para justificarlo.

-Este hijo es nuestro –me lo dice imperturbable, segura.

-Estarás orgulloso de él –prosigue-.

-Iremos al sur –le propongo en voz baja, lo único que puedo decirle-.

-Si, donde digas, en cuanto el bebé pueda hacer el viaje –responde sin dudarlo-.

El pequeño nacido en este continente es el sueño que nos une.

Quedamos abrazados. En ese momento tuve la certeza de que nuestro futuro estaba allá, en aquellas tierras australes no tan lejanas donde ya Marianito empezaba a hacerse hombre.

De lejos, Jacoba observa la escena y sonrío. Zezé sigue con sus tareas cantando entre dientes una vieja melodía. Mira de soslayo hacia la galería y se contenta al ver la reconciliación de sus patronos. Un perfume de amarantos llena la brisa de la tarde y se cuele por la galería de la casa.

La noticia de mi regreso corrió por la ciudad, en especial en el ámbito donde me desenvolvía. Mi proyecto de trasladarme al sur, también. Para alguna gente del teatro eso le parecía una deserción. Comprendían mi parecer, pero me aconsejaban que fuera mejor enfrentar la circunstancia y no dejar un lugar promisorio para el arte, como afirmaban era esta ciudad, e ir a una aventura en un puerto remoto y alejado. El nuevo imperio prometía mucho. El tío de Leticia era uno de los que más insistía con este argumento.

Todo el mundo habla de las andanzas del emperador con Titilia y su relación con la emperatriz Leopoldina. Verás que todo lo que se dijo alrededor de Leticia se olvidará pronto, me decía para tranquilizarme.

Lo que sí tuve que enfrentar ante Leticia con una larga explicación fue la presencia de Jacoba. Le conté de mi exitoso concierto en Buenos Aires, de cómo se habían maravillado con mi canto, la carta de Marianito lo confirmaba, y en fin le decía yo fui el primer sorprendido por tal muestra de agradecimiento, insólita por cierto, pero generosa, para expresarlo de alguna forma.

Jacoba sonreía y hacía lo posible por conquistar la simpatía de Leticia. Se sentía parte de la familia.

La gente de aquella ciudad tiene una cierta ingenuidad, le contaba, y se deslumbra con lo que les viene de Europa. Es un lugar apartado, y tan

pequeño y mínimo el ámbito que se dice civilizado, como les escuché denominarse a ellos mismos, que viven en un gran aislamiento. Sumergidos dentro de una inmensidad sin límites hacia occidente, donde se despliega una llanura interminable, y hacia oriente una frontera de agua con otro horizonte distante que los comunica difícilmente con sus orígenes. Sus habitantes perciben esas lejanías y pareciera les modela el carácter. Como si estuvieran entre dos vacíos gigantes: el ancho mar que los separa de la tierra de donde provienen, y la extensa llanura que le llaman pampa, tierra poblada por seres extraños que en realidad no se muestran agresivos. Se ve que a estos también les ha ganado la grandiosidad del espacio y la convivencia pacífica como consecuencia de ello.

-¿Y esta mujer?, -me vuelve a preguntar Leticia mientras señala a Jacoba-

-La señora del gobernador quedó tan emocionada por mi concierto que no encontró otra forma de agradecimiento que ésta. A mi me sorprendió, créeme, y es como te lo conté. Al día siguiente de mi presentación apareció llamando a la puerta de mi habitación en el hotel, diciendo soy un regalo de la señora Rodríguez, así, sin más. Ante mi sorpresa entró a la pieza, me ayudó a empacar y guardar todos los trajes, y dado el apuro, pues la nave de regreso salía en pocas horas, no tuve otra opción que traerla conmigo. Además creo que te ayudará en tus cosas. Verás que te será de utilidad.

No sé si mis argumentos llegaron a convencerla, pero su estado de ánimo y su intención de recomponer nuestra relación le llevaron a aceptar mi explicación y la presencia de Jacoba.

Naná, nuestra cocinera, enseguida trabó buena relación con ella, y ambas trataban de entenderse, cada una con su idioma. Ya a los pocos días habían desarrollado una forma de comunicarse con palabras parecidas de cada una o las nuevas que se aprendían entre sí con su significado. Siempre

con alguna risa intermedia, por la confusión o por el hallazgo de formas comunes de nombrar las cosas. La gente sencilla hace del gesto espontáneo y la alegría el modo de compartir la vida, me lo demostraban estas dos mujeres, una mayor con su larga historia a cuestas, y la otra, joven y deseosa de transitar la suya.

La paz, el entusiasmo y la animación habían vuelto a mi vida. La idea de mi pronto regreso a la ciudad del sur con todos los proyectos que allí podría realizar me dieron nuevas fuerzas.

Un tema melódico muy simple que me había estado dando vueltas cada vez que tocaba el violín sirvió para emprender una nueva obra que tenía en mente hace tiempo. Así empezaron a tomar forma las Variaciones para violín y orquesta. De tal modo, el tiempo lo distribuía entre conversar con otros artistas, cantantes, actores, bailarinas y músicos para convencerlos de mi proyecto y llevarlos a Buenos Aires, por otra parte componer esta nueva obra que quería terminar antes de mi partida, y por supuesto, dedicarme a atender y mimar a Leticia en sus días de espera del bebé que traía al mundo.

La sonrisa y la presencia de Jacoba, presente en cada momento, servían de aliciente para todas estas tareas en que estaba embarcado.

Y un día ocurrió lo que tenía que ocurrir. Leticia sintió dolores en el vientre, se encerró en su cuarto y con la ayuda de Naná, que mucho sabía del tema, y de Jacoba como asistente, tuvo el más hermoso de los niños que vi. Tanto como aquel Marianito que me dejó Polonia.

Fue un 25 de Abril de ese 1823. Le llamamos Luis Pablo.

-Será músico y una gran persona como el padre -me dijo Leticia al mostrármelo- estarás orgulloso de él.

Al enterarse del nacimiento el emperador también quiso conocerlo. Un par de días después llegó en su carro real y su guardia. Entró a la

habitación donde estaban Leticia y el niño. Yo quedé afuera, no quise estar presente en ese momento. Al salir, vino hacia mí, me abrazó y sólo me dijo:

-Cuídenlo. Ustedes le darán una buena educación y será un gran hombre.

Fue la última vez que traté con él. Mis ideas y mis proyectos estaban ya en Buenos Aires.

Las noticias sobre las dificultades de su gobierno crecían a diario. Las provincias del norte y del sur se unían a su imperio pero sus representantes querían limitar sus poderes, incluso los oficiales de su ejército habían adoptado la misma posición de recortar sus atribuciones. Al poco tiempo se quedaría sin el respaldo de ellos y tendría que llamar en auxilio a algún pariente de su esposa Leopoldina para que le reclute europeos solteros como soldados y formar batallones que le fueran leales. Por otro lado su romance con Titilia seguía su curso, entre el rechazo de algunos y la simpatía de muchos, y la emperatriz Leopoldina se hundía en un mar de tristeza, cada vez más aislada. Sólo recibía el consuelo de Mary Graham, una inglesa que habían contratado para preceptora de su hija, y se había convertido en su amiga y confidente.

Mi decisión ya estaba tomada. A fines de mayo o principios de junio partiría para Buenos Aires. Leticia se quedaría en Río de Janeiro hasta que Luis Pablo tuviera la edad apropiada para hacer el viaje, quizás un año más, y luego nos reuniríamos en el sur. Ese tiempo serviría para organizarme allí, establecerme y arreglar un lugar de tal modo que ellos pudieran ubicarse con comodidad. Jacoba se quedaría con Leticia y el niño para acompañarlos y ayudarlos. Sería lo más conveniente dado la salida un poco apresurada que había tenido. Presentía que algún problema podría generarse alrededor de ella.

Recibí noticias desde Buenos Aires que esperaban ansiosos mi llegada para preparar no sólo algunas presentaciones en el teatro local, sino

toda una temporada. Mr. y Mrs. Faunch eran uno de los principales promotores de mi actividad en aquella ciudad. En una carta me aseguraban que mucha gente, desde el gobierno hasta el periódico inglés que allí se publicaba, *The British Packet*, tenían por mí una especial estima y esperaban mi arribo para dar brillo a la temporada teatral y musical, así eran sus palabras.

Una cierta preocupación dejaba traslucir la carta sobre Jacoba, me lo temía, pero me tranquilizaban diciendo que todo se aclararía enseguida. Sería sólo un malentendido.

Mis proyectos tomaban forma.

Y no estaba sólo. Había logrado convencer a un gran cantante como era Miguel Vaccani, barítono nacido en Milán y de gran trayectoria en teatros europeos y en Brasil, y a una pareja de excelentes bailarines franceses, Madame Caroline Touissaint y su esposo José María Touissaint, a que me acompañaran. Como yo, Miguel dejaba en Río a su esposa, también cantante, y su hijo, pero sólo por poco tiempo, hasta ver cómo se desarrollaba todo en Buenos Aires. Lo mismo hacía Monsieur Touissaint, él vendría conmigo y su esposa viajaría poco después.

Un barco de paso hacia el sur era lo que necesitaba. En cuanto se dio esa posibilidad hablé con el capitán que no tuvo problemas en llevarnos como pasajeros. Les comuniqué a mis nuevos compañeros, armé mi equipaje, me despedí de mis otros colegas y de mis fieles Naná y Zezé, y de Jacoba, recomendándoles especialmente el cuidado de Leticia y del pequeño Luis Pablo.

La separación de ellos fue lo más difícil. No pasaría mucho tiempo hasta que nos volviéramos a reunir, ésa era la promesa, sólo hasta que Luisito pudiera viajar.

En una mañana ventosa y soleada nos hallábamos ya a bordo para empezar la navegación al sur. Dejaba atrás una etapa y abría otra en el

puerto y ciudad del Río de la Plata que nos esperaba. Adivinaba ya el parpadeo de las luces que a lo lejos marcaban mi retorno esperanzado.

9

El 7 de Junio de 1823 Mariano Rosquellas llega nuevamente a Buenos Aires, acompañado por el cantante Miguel Vaccani y el bailarín José María Touissaint.

En el periódico local El Centinela de junio de 1823 aparece la siguiente noticia:

“Tenemos la satisfacción de anunciar el regreso a esta capital del Sr. Rosquellas, de cuya salida para el Janeiro, y de cuyos talentos como cantor y actor, dijimos algo en nuestro número 33. Viene acompañado de un célebre bufo, llamado Vaccani, y anuncian la llegada de una o dos cantarinas más. Con el partido que podrán sacar estos Sres. de la joven Anselmi, de Viera, y de la Señora Campomanes, hay esperanza de ver una ópera regular en Buenos Aires.”

-Mr. Rosquellas, qué placer volver a verle –me recibe Mr. Faunch en el ingreso de su hotel con un apretón de manos-. Su hijo, y todos sus admiradores y admiradoras se pondrán muy contentos –agrega-.

-Le presento al maestro Vaccani, y al señor Touissaint, dos grandes artistas, que he contratado en Río de Janeiro para la temporada del teatro.

-Parece que Buenos Aires va en camino de convertirse en un gran centro artístico, una especie de pequeña Londres en América del Sur, y usted es uno de los promotores –me da su aliento con una leve sonrisa-.

-Su gente se lo merece –le respondo-.

-Tengo preparadas las mejores habitaciones para tan ilustres huéspedes.

-No lo dudo. Y mi hijo, ¿cómo se ha portado?

-Excelente, como el padre.

-¿Y la gente?

-Algunos problemas. A los pocos días de su partida, en la madrugada del 20 de marzo precisamente, acá en la Plaza de la Victoria hubo manifestaciones contrarias al gobierno y al ministro Rivadavia. Un grupo de religiosos y tres o cuatro militares entraron en la cárcel, sacaron a los presos y a los gritos de “viva la religión”, “mueran los herejes” se amotinaron en la plaza. Usted sabe, opositores que añoran los tiempos de la colonia, comandados por un tal Tagle, un militar desplazado por las reformas del gobierno.

-Algo de eso lo viví en España, y por eso nos tuvimos que ir a Londres.

-Sí, pero esto es grotesco, si se quiere.

-No lo dudo.

-El ministro pretende un país acorde a los tiempos, quiere la educación en manos del estado y no de la iglesia, por eso fundó la Universidad pública. Eliminó los fueros especiales para los religiosos, pues, con razón, la justicia debe ser única para todos. Le quitó a la iglesia algunas propiedades que no cumplían ninguna función ni servicio público, y otras medidas más que han despertado una reacción muy grande de esos grupos. Pero el gobierno ha actuado con firmeza, ha desbaratado el intento golpista. Y además, en un gesto político, para fortalecerse, quiere la reconciliación de todos.

-Este es un país que progresa –pienso para mí-.

-Vea los panfletos que repartían –me da un papel que dice:

*"De la trompa marina - libera nos Domine
Del sapo del diluvio - libera nos Domine
Del ombú empapado de aguardiente - libera nos domine
Del armado de la lengua - libera nos domine
Del anglo-gálico- libera nos Domine
Del barrenador de la tierra - libera nos Domine
Del que manda de frente contra el Papa - libera nos Domine
De Rivadavia - libera nos Domine
De Bernardino Rivadavia - libera nos Domine
Kyrie eleison - Padre Nuestro. Oración como arriba."*

-Los retrógrados de siempre, sembrando miedo y atados a sus privilegios –mascullo como una maldición-.

-El autor de estas ridiculeces es un cura Castañeda, algunos dicen que está loco.

-....

-Pero no creo que tengan éxito, no pasarán más allá de un griterío, son pocos –me aclara-. Y ustedes podrán desarrollar su maestría y llenarnos con vuestro talento.

-La libertad hace florecer el arte –dice M. Touissaint desde atrás-.

-Ya lo creo –le confirma Mr. Faunch-.

-Y el arte ennoblece los corazones –agrega Vaccani-.

-Ya ven, no es casualidad que el gobierno aliente la libre actividad intelectual y creativa, –sigue Mr. Faunch y concluye con un ceremonioso saludo- por eso le doy la bienvenida a los grandes artistas a esta ciudad. Pero, adelante y pónganse cómodos –invitándonos a pasar-.

-Los señores Faunch han venido de Inglaterra en busca de una tierra más pacífica, quisieron alejarse de los conflictos y las protestas que se viven en Londres, –les digo a mis compañeros de viaje- y han levantado este buen hotel, no sólo para hospedar a los visitantes sino también

organizan aquí hermosas reuniones donde el arte ocupa un lugar relevante. Éste es un espacio más para hacer música.

-Antes de venir, nos habían descripto a Buenos Aires como una ciudad que había conquistado su propio destino, acá y de todos los territorios hasta Chile, abierto al comercio y a las nuevas ideas que circulan por el mundo, un lugar promisorio, –nos dice Mr. Faunch con alguna excitación- y salvo algunos nostálgicos del pasado colonial que provocan episodios como les contaba recién, es así –y nos remarca esa conclusión, seguro de lo que dice-.

-Cuando se prueba el sabor de la libertad, difícilmente se lo olvida – agrega con finura M. Touissaint-.

-Pero por otra parte hemos tenido noticias agradables, muchas más por suerte –dice Mr. Faunch cambiando el tono de la conversación-.

-¿Cuáles? -pregunto con interés-.

-Hace pocos días, el 31 de Mayo se inauguró la sala de la Sociedad Filarmónica, muy cerca de acá, frente a la Iglesia de San Ignacio, sobre la calle Potosí. Fue con un concierto muy atractivo dirigido por su amigo, el maestro Massoni. Hubo muchísima gente, casi quinientas personas, incluido los funcionarios del gobierno que estuvieron en pleno. La sala es espaciosa y muy bien decorada, hay un tapiz con la figura de Apolo después de dar muerte a la serpiente Pitón, tres arañas de cristal, algunas colgaduras de las puertas y todo hecho con muy buen gusto. El acto empezó con una canción patriótica, al concluir la hubo un fervoroso y emocionado grito de viva la patria, imagínense. Después vino el concierto en sí, la obertura de Ifigenia de Gluck, algunas arias cantadas, algo de Mozart, de Rossini, pero lo más brillante, lo más aplaudido fue la parte solista de Massoni, ¡qué gran violinista es!.

-Y..., fue discípulo de Paganini –dice Vaccani-.

-¿Una pieza de él? –pregunto yo-.

-Si. Llena de virtuosismo, trinos, pizzicatos, notas agudas, todo lo que sorprende y gusta –me dice Mr. Faunch-. Además –agrega- un dato curioso, en ese lugar había hace tiempo una cárcel, ahora el gobierno la ha transformado en una sala para la música, donde se enseña y dan conciertos. Alguien comentó con ironía “Orfeo ha desalojado a los esbirros”.

-Un buen tema para un ballet –comenta M. Touissaint tocándose el mentón con el índice en un gesto de interés y aprobación-.

-La orquesta ya la tiene –dice Mr. Faunch-. La que ha formado Massoni, creo que es magnífica, bueno, usted Mariano puede decirlo mejor que yo.

-Claro que si –le respondo-.

-Y es muy buen director.

-Por supuesto.

-Unos días antes, el 17, tuvimos otro excelente concierto, con un connacional suyo –lo señala a M. Touissaint-.

-¿Si? –se sorprende-.

-Un joven de once años, un gran violinista, Luis Cerfilio Planes. Nos deslumbró. Este chico Planes vive con su familia, todos músicos, en Montevideo. Massoni lo trajo pues los conoce bien. Lo acompañó en el piano otro joven que dará que hablar, Juan Pedro Esnaola. Juan tiene sólo 14 años, su tío, Picasarri, es un sacerdote aficionado a la música, que por su posición política conservadora y contraria a la Revolución de Mayo se tuvo que ir a España. Lo llevó a su sobrino y allá se encargó de darle una buena formación musical. Hace poco volvieron, y a pesar de sus ideas, que las mantiene, el gobierno le ha ayudado a poner una escuela de música. Les va muy bien.

-Por lo que me cuenta son más las buenas noticias que las otras –le digo-.

-En realidad, sí. Salvo las que da ese pequeño sector, como el de los manifestantes del otro día, sin duda una farsa, aunque con resultado trágico.

-Trágico, ¿porqué?

-Dos de los amotinados, militares ambos, fueron fusilados, el cabecilla Tagle logró escapar. Es decir, quien comandaba las fuerzas leales, Manuel Dorrego, lo dejó ir, él no quería mancharse con sangre. Y eso que este Tagle fue quien lo hizo deportar hace unos años.

-Terrible.

-A veces los gestos de firmeza son necesarios.

-Parece que la política se mueve del mismo modo cualquiera sea el bando.

-Es que se debe imponer un principio de autoridad.

-No me parece ésa la forma.

-Pero hay mucho optimismo y apoyo al gobierno en la población. Viene mucha gente de afuera y hay muchos proyectos. No se equivocaban cuando nos hablaban de un país promisorio -dice el inglés-.

-Ya veo, un buen teatro, como el Coliseo, una Sociedad Filarmónica con su sala de conciertos, una Escuela de Música, al menos para la música lo es -le digo- espero que prevalezca la concordia de aquí en más.

-Y no sólo eso, para todas las actividades intelectuales hay un amplio espacio -se entusiasma Mr. Faunch-.

-Y nosotros tal vez podamos ayudar a calmar los ánimos -agrega Vaccani-.

-Los enfrentamientos y las pasiones se resuelven en un escenario de un modo ficticio, pero en la vida real las heridas son duras de verdad, no son imaginarias. Si la gente trasladara allí sus enconos, quizás de esa forma sería menos dolorosa la resolución de los conflictos -razona M. Touissaint-

-Suenan ingenuo -le digo-, la violencia parece ser el método inherente al género humano en la solución de las diferencias.

-Quizás el progreso sea resolver esas diferencias sin violencia –dice Vaccani-.

-Los antiguos griegos asignaban al arte esa función de catarsis, de producir una purificación de los sentimientos por el espectáculo de la tragedia -dice M. Touissaint- ¿será ése el camino?

-En ese caso ustedes, queridos maestros, tienen una función muy importante que cumplir –nos dice Mr. Fauch-.

-¿Aprenderán las personas a que esa vía es la mejor? – Vaccani deja la pregunta con cierto tono escéptico-.

-Confrontar ideas no es lo malo, al contrario, es necesario, sólo que debe hacerse en un marco no destructivo del otro, sino los argumentos que pueden ser válidos y justos se vuelven en contra y pierden justicia precisamente, vean sino lo que pasó en Francia, una revolución libertaria promotora de equidad y fraternidad transformada en un desenfreno de muerte -digo desde mi punto de vista-.

-Es que ahí se buscaba terminar con una clase social, la aristocracia, y esos procesos son necesariamente violentos, aunque uno rechace los métodos –responde M. Touissaint-. No lo podemos juzgar desde el punto de vista moral, es inútil, simplemente son así, suceden de esa forma, es más inteligente preguntarse porqué suceden.

-Aquí se ha gestado una república, pero sin ese grado de violencia – dice Mr. Fauch-.

-Aquí no tuvieron aristócratas –replica el francés-. Quizás por eso acá una república tenga más posibilidades de éxito. Si juzgamos un hecho violento aislado, abstrayéndonos de todo lo que lo rodea, como hacen algunos, terminamos justificando una injusticia mayor, como lo es la existencia de una aristocracia privilegiada e inútil, que no aporta nada y

succiona la riqueza en su exclusivo provecho, como un parásito, lo que significa un estado de violencia aun mayor.

-Además nadie regala graciosamente su propio interés –acota Vaccani-.

-O trata de acomodarse a los hechos, como vimos en Brasil –dice M. Touissaint.

-O lo que es peor aparece un nuevo sector que aprovecha la oportunidad –digo-.

-Ésta es la tierra de la esperanza, creo no equivocarme, a pesar de estos incidentes –concluye Mr. Faunch-.

-Ojalá –le respondemos los tres en nuestra intimidad-.

-¿Han venido solos a Buenos Aires?, –nos pregunta nuestro anfitrión para cambiar el tema de nuestra conversación-.

-Si, los tres dejamos nuestras esposas y familias en Río de Janeiro – responde M. Touissaint mirándonos-.

-Mariano ha dejado algo más allá, un curioso regalo que llevó desde aquí –lo dice con una sonrisa cargada de ironía-.

-¿Jacoba? –digo con ingenuidad-.

-¡Oh! Va a tener problemas –me alerta Mr. Faunch-. La señora del gobernador Rodríguez se ha molestado mucho por eso. De ninguna manera pensó que usted se la llevaría fuera del país. Escuché que ha hecho una denuncia a la policía.

-¡Vaya! Tendré que aclararlo.

-Es mejor que lo haga cuanto antes, para despejar cualquier malentendido.

-Nuestro amigo Rosquellas parece ser víctima de muchos malentendidos últimamente –dice Vaccani-.

Touissaint y Vaccani se van a sus habitaciones después de saludar al dueño del hotel y en el momento en que me dispongo a hacer lo mismo, Mr. Faunch me señala con una sonrisa:

-Acá se recibe bien al extranjero, creo que mejor que al nativo.

10

Cédula de notificación

Atento a la demanda presentada por la Sra. Angeles Pía Buenaventura de Rodríguez en relación al indebido traslado de su criada de nombre Jacoba fuera de la jurisdicción de esta ciudad de Buenos Aires sin el consentimiento de dicha señora y realizado sin el permiso y visado adecuado de la autoridad correspondiente, responsabilidad que le cabe al ciudadano español inglés Mariano Pablo Rosquellas, el Gobierno de Buenos Aires en uso de sus facultades que le son propias, intima al Señor Mariano Pablo Rosquellas, hospedado por lo que se sabe en el Hotel de Faunch de esta ciudad, a comparecer ante la Jefatura de Policía para efectuar su descargo dentro de un plazo máximo de cinco días a partir de la fecha de notificación, por haberse llevado sin pasaporte a la llamada parda Jacoba. Si así no lo hiciera será compelido a hacerlo por la fuerza pública. Comuníquese.

-Señor Mariano, vea lo que le ha llegado –le extiende el papel que tiene entre manos-. Es mejor que lo aclare cuanto antes.

-Me sorprende, Mr. Faunch, no creí que esto pudiera tener un alcance tan grande y que se llegara a estos términos.

-La señora del gobernador se ha molestado mucho. Dice, por los comentarios que escuché, que ella no tiene costumbre de andar regalando esclavas por ahí. Se lo advertí el otro día, cuando llegaron.

-Pero, ¿cómo?, ¿no está abolida la esclavitud aquí? Por eso se dice que éste es uno de los países más avanzado del mundo.

-Bueno, sí, eso se hizo en 1813 por una asamblea, pero comprenda que se trata de una esclava de la señora del gobernador. Una cosa son las formas y otras los hechos.

-Si, claro, pero no entiendo cuál es el problema. Jacoba se presentó ante mí diciéndome que era un presente de esta señora en agradecimiento por la hermosa velada que había pasado la noche anterior con mi concierto y en pago por el deleite de haberme escuchado. Es cierto que se trataba de un regalo, digamos de algún modo, original, al cual no tenía razón para negarme, y por otra parte como tenía que regresar enseguida a Río la llevé conmigo. ¿Adónde la dejaría?

-Pues entonces dígame eso a la policía. Esa muchacha es joven y bien agraciada, la recuerdo, yo la dejé pasar aquí en el hotel sin problema. No quise provocar en ese momento ningún incidente que lo molestara. Usted es un hombre de bien, un extranjero que viene de Europa, que conoce las leyes del buen comportamiento, además es ya bien conocido como artista, tiene su fama, y sus argumentos serán tenidos en cuenta, no tengo duda. A lo mejor con una suma de dinero, esa señora se aviene a olvidar el contratiempo, y otorgarle los servicios de la joven en forma definitiva.

-Lo haré, seguiré su consejo, usted conoce mejor que yo a la gente de acá.

Acta de declaración

A veinticinco días del mes de Junio de 1823, en esta ciudad de Buenos Aires, se presentan ante mí, comisario Abel Falcón Caminos, Jefe de Policía de Buenos Aires, el ciudadano español inglés don Mariano Pablo Rosquellas, de profesión artista y empresario, con domicilio temporario en el Hotel de Faunch de la calle de la Catedral número 38 de esta ciudad, acompañado por el señor James Faunch, propietario de dicho Hotel, en carácter de testigo del declarante. Hacen su presentación relacionada con el requerimiento a que ha sido objeto por la autoridad pertinente. Expuesto ante sí de la demanda presentada por la señora Ángeles Pía Buenaventura de Rodríguez por haberse llevado sin su autorización y sin pasaporte fuera de los límites de esta jurisdicción a territorio extranjero a la esclava de su propiedad llamada Jacoba, conocida como la “parda Jacoba”, viene a exponer ante mí lo siguiente:

1. Que la susodicha Jacoba se le presentó en su habitación del Hotel de Faunch el día 1º de Marzo del corriente año en horas de la noche, por sí y sin otra compañía expresándole que era una dádiva de la señora de Rodríguez en pago por el deleite de haberle escuchado en su concierto del día anterior.

2. Que por su profesión los presentes y regalos de los admiradores y admiradoras son frecuentes y comunes, aunque aclara jamás haber recibido algo así.

3. Que como recién llegado a esta tierra creyó podía ser una costumbre arraigada de este país.

4. Que los regalos que recibe de sus admiradoras siempre los acepta por más extraños que sean o parezcan, para no crear un sentimiento de desaire o descortesía.

5. Que dos días después partió de regreso a su lugar de origen de residencia permanente, la ciudad de Río de Janeiro en el vecino Reino del Brasil.

6. Que lo hizo apremiado por la partida inminente del barco que lo había traído, único medio para tal fin.

7. Que dada la premura no tuvo tiempo de agradecer a la señora Angeles Pía Buenaventura de Rodríguez su regalo.

8. Que dada la situación planteada y en el ánimo de llegar a un acuerdo con la mencionada señora de Rodríguez está dispuesto a brindarle un resarcimiento económico además de las disculpas del caso.

Escuchado ante mí los argumentos expuestos por el señor Mariano Pablo Rosquellas se transcriben los mismos en esta acta para ser elevado al Ministerio de Gobierno para su dictamen y resolución. De conformidad lo firman el declarante, el señor Mariano Pablo Rosquellas, como testigo el señor James Faunch, presente en este acto, quien da fe de todo lo dicho, y el señor Jefe de Policía de Buenos Aires. En esta ciudad de Buenos Aires a veinticinco días del mes de Junio del año de mil ochocientos veinte y tres.

Firmas: Mariano Pablo Rosquellas – James Faunch – Abel Falcón Caminos.

Decreto N°523 del Gobierno de Buenos Aires

A veinte días del mes de Julio de mil ochocientos veinte y tres, S.E. el señor Ministro de Gobierno de Buenos Aires don Bernardino Rivadavia, con la aprobación de S.E. el señor Gobernador de Buenos Aires, don Martín Rodríguez, en relación a la demanda presentada contra el señor Mariano Pablo Rosquellas, ilustre artista europeo que viene a engalanar y dar lustre a las artes musicales en el campo del canto y la ópera, virtudes ya

demostradas en nuestro teatro mayor, sobre el traslado al exterior sin pasaporte de una mujer de nombre Jacoba acompañando sus pertenencias y equipaje, y que además dicha mujer es reclamada como propiedad de la señora Rodríguez, y tomando en consideración los argumentos del demandado ante el señor Jefe de Policía expuestos en el acta pertinente que se agrega a este decreto, y refrendado por el testigo presentado por el demandado, el señor James Faunch, reconocido empresario de origen inglés, y considerando las virtudes morales del señor Rosquellas, y que éste por otra parte da una suma de dinero en concepto de resarcimiento económico a la señora Rodríguez, que la señora acepta y por lo cual retira la demanda oportunamente presentada en contra del señor Rosquellas, y que se acepta el error cometido por la autoridad aduanera y migratoria de dejar salir del país sin autorización y/o documentación pertinente a la mencionada mujer.

Por todo lo antes mencionado este Ministerio en uso de sus facultades resuelve:

1. Que el señor Mariano Pablo Rosquellas no es responsable de las contravenciones y/o faltas que se le atribuyen.

2. Que la mujer de nombre Jacoba puede volver al país sin adjudicarse ningún cargo en su contra.

3. Otorgar las disculpas del caso al eminente artista y empresario don Mariano Pablo Rosquellas, liberándolo de toda culpabilidad en la falta que se le imputa.

4. De forma. Publíquese y archívese.

-Estimado Mariano, ha salido airoso de este problema.

-Si, James, sólo me ha costado una suma de dinero que no contaba en perder.

-Ya lo recuperará enseguida, no se preocupe, podría haber sido peor.
La próxima vez piénselo un poco más antes de meterse en líos de polleras.

- Uno se deja llevar por la situación del momento.

-Esta señora podrá jactarse ahora de ser la única persona de por acá que le ha sacado algún dinero a un inglés.

-Pero yo no soy inglés.

-Es como si lo fuera, por eso lo admiran. Usted viene de Londres, eso le da prestigio.

Buenos Aires, 15 de Julio de 1823

Querida Leticia,

Pasaron varias semanas desde mi partida de nuestro hogar, y al fin encuentro un momento para sentarme a escribir estas líneas con algo de tranquilidad. Te extraño mucho, lo mismo que a nuestro pequeño Luis Pablo. La imagen del bebé en tus brazos me sigue a cada instante y me llena de ternura el corazón. He sido muy tonto en dudar de ti y en dar crédito a ciertas habladurías que nos han hecho mucho daño. Espero que su salud y la tuya marchen bien, y pronto estén en condiciones de emprender el viaje hacia esta ciudad del sur.

En este sentido te cuento que la travesía se hace en pocos días siguiendo la costa, y no resulta ningún contratiempo de ello, al contrario, son aguas en general tranquilas, y salvo un poco más o un poco menos de viento que adelanta o atrasa el viaje, todo acontece sin mayor problema. Quizás el arribo a este puerto sea lo más complicado, pues el amplio y ancho río sobre el que se recuesta la ciudad no deja acercar demasiado las naves a la costa, y se debe hacer ese último trayecto primero en bote y luego traspasar a unos carretones de grandes ruedas con todos los inconvenientes que te imaginas se producen y la incomodidad para los viajeros. Han pensado en construir un muelle y profundizar el cauce sacando el lodo del fondo, para que los barcos puedan acercarse con mayor seguridad, pero por ahora son todos planes que no terminan de concretarse. Escuché que el gobierno local está en tratativas con grupos ingleses para éste y otros proyectos.

Aquí, salvo un pequeño inconveniente ya superado, soy muy bien tratado y estimado. A nuestros amigos Vaccani y Touissaint les da la misma impresión. Por el momento ellos se hospedan en el mismo hotel en

el que estoy yo y han resultado grandes compañeros, siempre bien dispuestos y de animosa conversación a la hora de reunirnos a comentar los temas del día y programar nuestra actividad.

Los dueños del hotel, una simpática pareja que provienen de Londres, Mr. y Mrs. Faunch, de quienes ya te conté antes, han trabado con nosotros una hermosa amistad y nos han pedido que animemos con música las veladas que ellos organizan en su salón, lo que te imaginas, da un alivio considerable a nuestro presupuesto. Suelen organizar recepciones, en general para la comunidad británica local, bastante numerosa e importante, a la que se agrega un respetable grupo de comerciantes y también gente del gobierno. Por la euforia y el entusiasmo que se le prodiga al rey de Inglaterra parece que todos aquí fueran sus súbditos, miembros del gobierno incluido. Aun más, el hecho de que yo provenga de Londres me ha merecido el mote de ciudadano inglés, y aunque me he cansado de aclarar que no es así, por consejo de James Faunch, el dueño del hotel, este malentendido lo dejo pasar ahora y eso me trae un reconocimiento mayor.

Recuerdas lo que te conté cuando en mi estada anterior, me presentaron a la persona más influyente del gobierno, el señor Rivadavia, que se dirigió a mí con palabras en inglés. Le respondí que podíamos hablar en nuestra lengua, el español, cosa que le sorprendió, aunque el más sorprendido era yo por esa circunstancia.

Esa buena relación que hice con él ha servido en parte para solucionar un pequeño pero enojoso problema que tuve al llegar. Te lo cuento brevemente para que no llegue a ti una versión deformada.

Es acerca de Jacoba. Jamás pensé que fuera necesario tramitar algún tipo de documentación o pasaporte para llevarla a Brasil. A la salida las autoridades no hicieron ningún tipo de reparo. Es más, les aclaré su proveniencia, la señora del gobernador, y eso bastó para allanar toda objeción.

Pues parece que dicha señora se molestó, no sé aun porqué, pues su palabra era clara. Presentó en mi ausencia una denuncia en mi contra, y he tenido al llegar que desenredar ese malentendido ante el jefe de policía. El mismo ministro Rivadavia, por suerte, ha oficiado de mediador ante el ofuscamiento de la señora, a quien él bien conoce, y así llegar a un arreglo conciliatorio para salvar el problema.

Ahora que está todo aclarado y he quedado en buenos términos con esta señora que se dice a pesar de todo mi admiradora, vaya forma de admirar, puedes enviarla a Jacoba de regreso, que buena falta me hace para ayudarme en las tareas domésticas.

En otro orden de cosas, y por lo que se refiere a Marianito, lo veo hecho ya todo un hombre, lo que me llena de orgullo. Ha elaborado buenos vínculos en este corto tiempo que lleva acá y le han surgido algunas oportunidades para encaminarse en su vida, más por cuestiones comerciales que artísticas, por suerte para él. Sabes, y lo conoces bien, que no le atrae aquello que tenga que ver con la escena, el teatro o la música. Según me cuenta estaría promoviendo alguna empresa comercial con gente de acá, a quienes les ha interesado su buen nivel cultural y las relaciones que él pueda tener en Londres.

Me ha hecho una descripción amplia de algo que no conozco aun, que es ese inmenso territorio que se despliega hacia el interior de esta tierra. Una llanura interminable con aptitud para la cría de ganado vacuno. El producto obtenido serviría para comercializarlo en la Gran Bretaña y puede significar algo de importancia para el futuro. El inconveniente con el que se choca, según sus palabras, es la existencia de gente nativa que no se aviene a estos emprendimientos, pero el gobierno ya ha tomado cartas en el tema y quiere llevar a cualquier precio el progreso a esas tierras. Ha ordenado partidas militares que corran a los bárbaros, así les dicen, que no entienden razones, no se ajustan a estas tareas y perturban este

desenvolvimiento. El gobernador en persona se ha puesto al frente de este cometido. Es un militar de experiencia, aunque no muy buena según se dice, pues perdió varias batallas en la lucha independista contra el ejército español. A juzgar por el comportamiento de su esposa, puedo dar crédito a esos dichos.

No es una empresa que me atraiga. Prefiero aquello para lo que naturalmente me siento inclinado, y no andar en peleas con otra gente. Me conoces bien. Pero si es por el futuro de Marianito, enhorabuena sea.

Y en cuanto a mis proyectos paso a contártelos.

Con el ánimo más sereno, después del entredicho que te comenté, estamos en la programación de un recital con Vaccani en el mismo teatro que actué la vez pasada. Es bastante amplio y no tengo dudas que se llenará. Hay mucho entusiasmo por estas actividades y la gente paga su entrada con satisfacción pues le gusta emocionarse con nuestras canciones. El propósito es llegar a constituir una compañía de óperas, representarlas completas, y establecer una temporada con continuidad. Touissaint aporta lo suyo y en breve hará algunas funciones de baile con su mujer que pronto llegará de Río.

La administración del teatro no es de lo mejor. Es más, la persona a cargo no conoce cómo llevarla a cabo, y está allí porque no hay otro que quiera hacerlo. En cuanto pueda veré la forma de tomar yo esa tarea. Es una sala importante como para dejarla librada a gente incompetente y sin profesionalismo. Algo lo conversamos con Massoni, director de la orquesta y me apoya totalmente.

Además de este teatro hay una sala de conciertos que se inauguró hace poco, propiedad de la Sociedad Filarmónica, donde también tenemos previsto algunas actuaciones. Y una Academia de Música, dirigida por un sacerdote y su joven sobrino. A pesar de que este hombre, de apellido Picasarri, tuvo una posición política muy contraria a los principios de la

independencia de este país y se vio envuelto en problemas que lo llevaron a irse a España con este sobrino, un niño, ha recibido un fuerte apoyo del gobierno que le ha cedido un edificio público y todas las facilidades para que concrete esta empresa.

En síntesis, veo un panorama muy alentador para nuestra actividad y nuestro futuro. Si bien algunos problemas de carácter político enturbian la vida normal de esta pequeña ciudad, fíjate que al llegar nos dieron cuenta de una revuelta contra el gobierno, no tienen la magnitud de lo que hemos vivido antes y no creo que apunten en esa dirección. Espero no equivocarme. Aquí existe el firme propósito de instaurar una república, con gobernantes surgidos de una votación, y eso no es poco decir en estos tiempos donde los reyes y aristócratas vuelven al autoritarismo en esa Europa decadente que dejamos atrás.

Hago votos para que pronto tengas la fuerza suficiente, tú y el pequeño bebé, de emprender el viaje a esta tierra, y dejar atrás esa corte imperial, que no es más que la continuidad de lo que vimos en España, y por lo que tuvimos que salir apresuradamente. Un mundo diferente nos espera.

Con todo el amor y el cariño de siempre.

Mariano.

11

5 de Noviembre de 1823

Esta mañana me dieron la noticia que un barco fue avistado en el río. Es posible que allí venga Jacoba. James sabe que la espero, por eso apenas se enteró de la novedad, me lo dijo. Si bien las relaciones con el Brasil pasan por un mal momento, los barcos que cruzan el océano desde Europa siempre hacen un alto en Río, a veces también en Montevideo, antes de llegar aquí, el último punto en su viaje. Es un trayecto obligado. Luego, nadie se atreve a seguir más al sur. Tampoco tendría sentido, más allá no hay nada. Este es el destino final de los navegantes. De aquí emprenden el regreso.

Leticia me lo adelantó en una carta. Enviaría a Jacoba una vez que se aclarara de forma definitiva y total este enredo con la señora del gobernador. Esta mujer, muy angelical y pía, se dice mi admiradora, pero buen problema me hizo alrededor del tema. Primero muchas loas y agradecimiento, es deslumbrada por el arte mayor que viene de Europa según sus palabras, y a continuación me dice que tan magno artista merece un servicio especial. Me hace llegar a mi hospedaje tal especial servicio, y después, vaya a saber porqué, se desdice y me plantea una demanda. ¿Sus amigas le habrán sugerido o insinuado algo? Su esposo es de esas personas torpes y de poco entendimiento, según parece, y en función de gobierno,

todo lo hace su ministro. Como militar ha perdido todas las batallas que le tocó dirigir contra el ejército español, y sólo se envalentona con los pobres indios desarmados tierra adentro. A ellos los corre y los mata sin piedad. Estorban el progreso, según el comentario general de todas esas señoras y señores, y al cual él dice se atiene.

Qué dijo ella, o qué dijo él, o qué hablaron entre sí alrededor de Jacoba, sólo lo saben ellos, lo cierto es que los buenos oficios de este hombre Rivadavia fueron los que la hicieron entrar en razones y no llevar estas acusaciones más allá de un pequeño escándalo que tuve que soportar, y algún dinero que tuve que pagar. Él tiene un buen concepto de mí, supone que traigo el progreso de las artes y la música, y me ayuda incondicionalmente. Progreso es la palabra que llena su mente y justifica todo.

Hoy decidí suspender toda tarea y postergar los ensayos, tomar un té fuera de hora, a la mañana, acompañado de un buen trozo de pan untado con el dulce tan especial que hace Mrs. Mary, y venirme hasta la playa para ver el desembarco de los pasajeros que vienen en la nave. ¿Alguno de ellos será Jacoba?

Unas pocas nubes en lo alto que se desplazan con lentitud cortan el azul del cielo. Hay poco viento, eso facilitará el traslado a tierra. A la distancia, aguas adentro, diviso la silueta del barco inmóvil, anclado en medio de las aguas marrones. A esta hora los viajeros habrán trasbordado a los botes que hacen el último tramo del viaje. No lo alcanzo a ver, está muy lejos. Una gaviota blanca pasa en vuelo majestuoso extendiendo sus alas de lado a lado, y un par de perros callejeros ladran y se persiguen entre sí.

Hace siglos los primeros navegantes españoles habrán llegado de la misma forma. Y los habitantes de este suelo habrán salido a ver quienes eran esos personajes extraños recién venidos, como lo hago yo ahora. Primero la curiosidad, luego comprenderían qué venían a buscar. La ruta de

la plata. Un Río de la Plata, argentino. Por aquí los extranjeros pensarían que estaban a un paso del otro lado del continente, de los míticos reinos de las riquezas del oro y la plata. ¡Qué fiasco! Sólo había tierra y más tierra sin nada de esos metales y una distancia enorme a aquellos países, y unos habitantes mansos al principio, huidizos luego, y finalmente rebeldes. ¿Qué queda de eso?

Ahora los descendientes de esos aventureros de los barcos, y todos los que vinieron después, como ellos, saben que lo único de valor acá es precisamente la tierra. El gobierno quiere ponerla a producir, y esos antiguos habitantes, los nativos, los indios, están de más. Obstaculizan, molestan, perturban. Son salvajes.

-¡Buenas! –un hombre pasa cerca y me saluda llevando una mano al ala de su sombrero. Una camisa raída y un pantalón holgado de color indefinido revelan su pobreza. El sombrero lo lleva sujeto con un pañuelo alrededor de su cabeza, atado debajo de su mentón, para que no se lo lleve el viento. Sobre su tez cobriza y de piel lampiña apenas sobresalen los pocos pelos de unos bigotes ralos. Los ojos pequeños dibujados como un par de líneas en su rostro señalan que es un hijo de esta tierra, un descendiente de esos antiguos pobladores adaptado ahora a las tareas más rústicas y pesadas. Es el carrero, quien guiará a los caballos para que los pasajeros del barco hagan su último tramo y lleguen a tierra firme.

-¿Espera a alguien? –me lo pregunta con curiosidad.

Asiento con la cabeza.

-Falta todavía, recién subieron a los botes.

Intento ver, pero para mi la silueta del barco está igual.

-Parece que no son muchos los que bajan.

Cómo hace para distinguir, no lo sé.

-Hay una mujer también.

El corazón me da un salto.

-Debe ser esclava, por su ropa y el modo de moverse.

Es ella, seguro.

-¿Puede ver todo eso? –le pregunto.

Se sonríe.

-Hay que saber ver de lejos –me responde- y conocer lo que se quiere ver. Usted espera una mujer, ¿no?

Me quedo sin decir nada.

-Usted es extranjero, de a poco se dará cuenta de los secretos que tiene esta tierra, si los quiere ver.

-¿Y si no?

-Será siempre de afuera, ajeno.

Hace una pausa y me pregunta:

-¿Oye ese canto?

No llego a reconocer el sonido en medio del ruido del oleaje sobre las piedras.

-Es un jilguero llamando a su pareja –me aclara-.

Entonces me animo a decirle:

-Es un canto de amor.

El que se sorprende es él, ahora.

-Por mi oficio reconozco el carácter que tiene cada canto –le digo a modo de aclaración engreída-.

-¡Ah! Usted es el famoso músico y cantante que vino de afuera.

Me sorprendo yo ahora por la fama que se ha hecho alrededor de mi figura.

-Estoy en el teatro Coliseo, donde hago mis presentaciones.

-Trae la música que viene con los barcos. La que hacen allí, es linda, alguna vez fui a escucharla, pero hay otra, también.

-¿Cuál?, ¿la de los pájaros?

-Esa sí –se ríe- pero otra, la que hacen mis paisanos, tierra adentro.

-¿Y cómo es?

-Tiene que escucharla –hace un gesto con la boca-. No tiene su técnica, quizás, pero sí sentimiento.

-Usted sabe ver, escuchar y descifrar los signos de la naturaleza, también es una técnica especial y valiosa.

El hombre se queda pensativo y luego exclama:

-Primera vez que escucho un extranjero que valora algo de lo nuestro. Sabe, acá quieren seguir siendo europeos, no ven, no escuchan lo que hay aquí. Lo que vale viene de allá.

Llevo mi vista hacia el agua, apenas veo ahora la silueta de lo que debe ser a la distancia un bote con los remos que suben y bajan.

-Ahí viene su Jacoba -me dice el hombre con un guiño-. Voy a preparar el carro y los caballos.

Quise hacerme yo el sabio y el entendido, pero este hombre me había estado sobrando desde el principio. Me hubiera gustado seguir la charla, aprender algo más de este hombre sencillo, pero ya se alejaba hacia el carro y los caballos. No faltará oportunidad, me digo.

Lo veo que salta arriba de uno de los caballos, guía el carro que se mete en el agua entre tumbos y se dirige hacia el lugar donde ahora el bote se ha detenido con los remos hacia arriba. Se acerca el carro, se detiene a su lado, y de a uno los pasajeros saltan del bote al carro con la ayuda de un marinero. Pasan también algunas cajas y baúles. El que dirige el bote algo le dice al carrero, luego se saludan con un brazo en alto, y el bote empieza su regreso al barco girando su proa. El carro da la vuelta y lentamente se desplaza hacia la playa.

Con saltos y salpicaduras de agua y barro, los pasajeros y la carga llegan finalmente a tierra firme. Allí está Jacoba, el hombre no se había equivocado.

El carrero me saluda de nuevo con su mano tocando el ala del sombrero y creo ver cómo se dibuja una sonrisa burlona en su boca.

Pasaron unas semanas desde el regreso de Jacoba. He conseguido para mí una casa espaciosa y cómoda cerca del teatro. Paredes blancas, techo de tejas, patio interno cargado de plantas y flores al que se llega desde la calle por un pasillo, cuatro habitaciones grandes a su alrededor y dos más pequeñas al frente a ambos lados del pasillo con ventanales al exterior. En una de ellas armé mi sala de música, con un pianoforte que compré a una señora a buen precio. Ella lo había traído para su hija, pero se ve que la niña tiene otras inquietudes. La hará abuela dentro de poco. Le ofrecí de todos modos que viniera a tomar unas clases y a practicar si cambia de idea y quiera endulzar su espera. Lo afiné, lo acondicioné y logré que suene bastante bien. Mi violín, mi instrumento, me acompaña desde hace años, lo mismo que una flauta con llaves y un violoncelo. He agregado a mi colección, y a mis habilidades, una guitarra española. Aquí el pequeño instrumento se usa mucho en las reuniones sociales. Es un signo de distinción saber tocar con ella un estudio o una pequeña pieza, y cantar acompañándose con algunos acordes. Las niñas la toman con delicadeza, y sobre un arpeggio o un breve rasgueo ellas explayan su canto con cierta afinación y mucho de dulzura y encanto.

Además de mis prácticas para los conciertos, tengo varios alumnos, y dedico buen tiempo a componer, tarea que no quiero dejar de lado. Debo terminar de corregir las Variaciones para violín y orquesta y me he propuesto mejorar ciertas partes de la ópera que estrené en Brasil. Aquí

habrá oportunidad de presentarla nuevamente. Algunos amigos literatos me acercan sus poemas para musicalizarlos, lo que me gusta hacer, naturalmente. Usando como modelo los aires españoles y las canciones italianas, las que agradan y se cantan acá, escribo algunas tiranas y boleros.

Jacoba me sigue siempre, ordena y limpia todo lo que yo desacomodo, su amplia sonrisa es una compañía para mis momentos solitarios. Tararea por atrás las melodías que toco y su voz hace de eco para confirmarme la corrección, la elegancia y el buen fraseo. En las pausas me cuenta cómo es el pequeño Luis Pablo, y yo imagino lo que habrá crecido y cómo se irá haciendo un hombrecito. Pronto vendrán por acá, espero. Los extraño.

Mariano ha tomado con seriedad sus tareas, y su emprendimiento alrededor de la producción rural parece que funcionará bien. A pesar de la inestabilidad política que se vive y la zozobra por los continuos enfrentamientos con el Brasil, la tierra es una fuente de riqueza que dará valor a este país. Habrá que ver cómo se resuelve el tema de las comunidades indígenas, los nativos que siempre vivieron aquí. Se los considera un estorbo, y la única solución que se admite es su aniquilación. Algunos estancieros, como un tal Rosas, se han propuesto adaptar a los menos rebeldes como mano de obra para sus campos. Unos cuantos son necesarios, y a los demás se propone perseguirlos y terminar con ellos. Dicen en la ciudad que son vagos y roban para sobrevivir, no sirven. En Brasil quienes trabajan la tierra son los que trajeron como esclavos del África, porque según explican se adaptan mejor a esas tareas y resisten mejor el clima. A los otros los exterminaron. Un imperio basado en la esclavitud. Aquí las ideas libertarias francesas han prendido un poco más, a pesar de que se sueña con ser un país como Inglaterra, el modelo que la mayoría quiere seguir. Otros, los menos, añoran el pasado colonial atado a una España que no existe más, que yo la vi sucumbir de la mano de un rey

autoritario e inepto rodeado de religiosos medievales. Esas son las continuas peleas políticas que se ven.

El teatro donde actúo, el Coliseo, en su ubicación al frente de la iglesia de la Merced, simboliza algo de esos enfrentamientos. Los que explayan y liberan sus sentimientos viendo una representación en un escenario, y otros que, calle de por medio, reprimen y coartan desde un templo místico. Claro que depende de la circunstancia y la ocasión se puede estar de un lado o del otro. Pero más allá, donde no se ve, están los perseguidos de tierra adentro, víctimas que no cuentan, que no tienen lugar en ninguna de las dos opciones.

Cada tanto llega algún barco. Viene de Europa, de Brasil, de Montevideo. Suelo ir a verlo desde la costanera. En alguno vendrán Luis Pablo y Leticia. Me siento en una roca de la playa y veo pasar al carrero con su carro y sus caballos. Me saluda. A veces se acerca y hablamos. Me cuenta cómo es esa tierra adentro. Cómo son sus paisanos. A veces cantamos juntos. El me enseña sus cantos, yo los míos. Dice que la guitarra española es el instrumento con el que acompañan su voz. Que los corren, que los persiguen, que los matan. Los estancieros quieren tomar sus tierras y librarse de ellos. Yo sólo pretendo entenderlos.

Don Mariano es un buen hombre, tiene buenos sentimientos. Aquella noche que me presenté ante él no sabía con quien me encontraría. La patrona sólo me dijo vaya y póngase a sus órdenes. Y estar a sus órdenes fue hermoso. A lo mejor él no estaría acostumbrado a tener mujeres a su servicio o a lo mejor yo le parecería distinta, quien sabe. Pero el trato desde el primer momento fue diferente a lo que yo estaba habituada. Apenas lo vi lo noté triste, y eso que su actuación el día anterior había sido muy exitosa y todos lo elogiaban. Me vio al entrar a su habitación como mujer más que

como doméstica. Me di cuenta, y las mujeres nos damos cuenta de eso. Y no me equivoqué, me lo demostró. Allí y en el viaje hacia Brasil fue poco lo que quiso contar, pero yo sabía que tenía una espina, un dolor adentro. Y yo se lo suavizaba. Se pasaba horas mirando el mar, la vista perdida, buscando algo, una respuesta, una explicación. Después allá me lo contaron. Zezé me lo contó. El viejo en su lengua atravesada que de a poco aprendí, me lo contó. Sobre el pequeño bebé, me dijo. Pasa por ahí, me dijo. Todo parece una gran mentira, es una gran mentira, pero hay mentiras que duelen, aunque no sean ciertas. Que la gente diga cosas, que miren de costado con una mirada compasiva, cómo duele. Y don Mariano es un hombre sensible, se da cuenta, y le duele. Por eso se abre a mis caricias, y se consuela. Y yo le doy consuelo. Su hijo en cambio es distinto, es más frío, más calculador. Busca su interés. Anda en negocios, en lo suyo. Don Mariano no, habla con la gente, con el de arriba, con el de abajo, los escucha, comparte con ellos sus penas y alegrías. Zezé me decía allá lo mismo. Doña Naná me decía allá lo mismo. Hablaban mucho con él. Le contaban sus historias, sus cuentos, y él se sentaba a escucharlos. Y cuando terminaba el relato, una sonrisa grande y sincera era el gesto con el que les demostraba su aprobación y su afecto. Doña Leticia no, ella estaba siempre distante. Sería por su embarazo. O porque se sentía más aristócrata. Yo la ayudaba en lo que podía. Pero claro toda su atención estaba dirigida al niño por nacer. Ella también sufriría por lo que se decía. Me extrañó que cuando nació el bebé viniera el emperador en persona a visitarla. Eso dio para más habladurías. No lo sé. Doña Leticia es una mujer de poco hablar y conmigo jamás se sinceró. Nunca escuché nada de su boca sobre el tema.

Ahora que lo acompaño acá en Buenos Aires de nuevo a don Mariano, en su nueva casa, se me llena de música el corazón. Todo el día le escucho sus cantos, sus melodías. Escucho también a sus alumnos, a sus amigos cuando vienen a ensayar, y todo el aire parece alegrarse. Aunque a

veces los cantos sean tristes o dolidos. Pero la vida es así. Me contaron que se había hecho un gran revuelo porque él me llevó al Brasil. No sé porqué. La señora fue clara aquel día, me dijo que me pusiera al servicio de don Mariano, y yo así lo hice, cumplí su orden. Uno no sabe porqué se molesta alguna gente. Debe ser porque les molesta la alegría de los otros. Yo doy alegría, y eso me hace feliz.

12

Los años 1824 y 1825 fueron para Mariano Rosquellas plenos de expectativas, objetivos y realizaciones. Instalado definitivamente en Buenos Aires y con periódicos viajes a Montevideo, su actividad artística se acrecienta en esos años y su figura gana en prestigio en una y otra ciudad.

El cruce del Río de la Plata demandaba entonces algo más de medio día o a veces mucho más, según el viento, con el paquebote que hacía el viaje de continuo, y muchos como él iban y venían para sus actividades a uno y otro lado de la ribera. Había tres goletas, pequeños buques de vela, que hacían este viaje, la Pepa, la Dolores y la Mosca, la primera capitaneada por un inglés llamado Campbell era la preferida, además de su comodidad, por la habilidad y la decencia de su capitán.

Para la celebración del aniversario del establecimiento del primer gobierno propio, y como era costumbre todos los años, se realizaron grandes fiestas los días 24, 25 y 26 de mayo de 1824 con fuegos artificiales y representaciones teatrales y musicales. El teatro Coliseo, frente a la Iglesia de la Merced, era el centro de esas actividades, y allí brillaba la voz de Rosquellas acompañado por la orquesta de 28 músicos que dirigía el maestro Massoni. Se lucían también la joven cantante Angela Tanni, la “idolatrada Angelita” según la llamaba el deán Funes, soprano de enorme calidad, y su hermana María, contralto, bella y de alta figura. Habían

llegado de Río de Janeiro invitadas por Rosquellas. Luego vendrían sus otros hermanos, Pascual, Marcelo y Francisco, todos cantantes y músicos de gran valía.

Participaba también en esos recitales Miguel Vaccani, barítono italiano nacido en Milán, de larga trayectoria en teatros europeos, y Juan Antonio Viera, hijo de una negra esclava nacido en Buenos Aires en 1773, cantante y guitarrista de mérito, y que había sido alumno de Picasarri en la Escuela de Música.

El domingo 18 de julio de 1824, después de la representación de la comedia *La Filantropía*, se ofrece en el Coliseo un adelanto de la ópera de Rosquellas, *El Califa de Bagdad*, estrenada años antes en Brasil. Varias escenas de la misma se cantan con gran recibimiento del público, aunque al cronista de la época no le convence la utilización del italiano y hubiera preferido que se cantara en español.

“Recomendamos a este benemérito profesor de composición y canto el tratar de introducir en nuestro teatro algunas de las mejores zarzuelas españolas; sino tiene la música original en su archivo, sacará otra mejor quizá de su imaginación. Promovería sin duda el interés del teatro el cantar a veces en el idioma nacional, aunque como individuos nos satisface completamente el italiano; y reprobamos las tentativas que se han hecho de verter las arias y los dúos, oídos ya en esta lengua musical, al español.” (*El Argos*, 17 de julio 1824).

Entusiasmado por estos éxitos Rosquellas se decide a demandar en esos días de julio a quien administraba el Coliseo, Juan Antonio Pereyra, y luego de varios trámites, en Setiembre, consigue del gobierno para sí y dos socios, los señores Munilla y Moreno, que habían formado la Sociedad de los Tres, la administración y explotación del teatro.

Para celebrar su nueva función de empresario teatral al frente del teatro más importante de la ciudad, el domingo 21 de Noviembre se realiza

un gran concierto en el Coliseo con el apoyo oficial del gobierno, según se publicita. Un extenso programa dividido en tres actos es lo que se presenta. Según el anuncio del periódico local *El Argos* del 20 de Noviembre es el siguiente:

“Acto 1. Gran Sinfonía: Aria bufa de la Ópera *La Cambiale* cantada por el Sr. Viera, Rossini; Grande escena y duetto de la ópera *Del Taliere*, cantada por las dos Señoritas Tanis, Rossini Cavatina y Aria cantada por el Sr. Rosquellas; Grande y Favorito Cuarteto de la Ópera de *Artaxerxes* por las Señoritas Tanis, el Sr. Rosquellas y el Sr. Viera del célebre maestro Portogallo en el que se introducirá el favorito de Rossini sin orquesta.

Acto 2. Sinfonía nueva Mayerbert; Una Cavatina del Sr. Rossini por la Señorita María Tani; Duetto serio de la Ópera de *La Salvage* por la Señorita Angelita y el Sr. Rosquellas, Coccia; Un gran Cuarteto nuevo de *Cenerentola* por dichas Señoritas, el Sr. Rosquellas y el Sr. Viera.

Acto 3. Cavatina de la Señorita Angelita; Cavatina de la Ópera de *Henrique IV* por el Sr. Rosquellas; dando fin con la famosa Escena, Duetto y Tercetto de la misma Ópera por dichas Señoritas y el Sr. Rosquellas.”

Después de este concierto el teatro queda cerrado durante dos meses para su reacondicionamiento. Las lunetas que sirven de asiento en la platea se tapizan con terciopelo de color carmesí, las paredes se limpian y pintan de nuevo, se coloca un nuevo telón y se mejora la iluminación. El escenario, que estaba un poco separado de la platea, se lo acerca y se agranda el espacio para la orquesta. Sensiblemente mejorado, el teatro se reinaugura el 16 de Enero de 1825.

Poco antes, en diciembre de 1824, por fin, se concreta el tan esperado viaje desde Río de Janeiro de Leticia y el pequeño Luis Pablo, ya

de un año de edad. Llegan a mediados de ese mes acompañados de dos esclavos. Mariano siente cambiar su suerte y realizar sus sueños.

En una de las habitaciones del caserón Leticia observa cómo Jacoba da de comer a Pablito. Más allá Naná prepara el almuerzo para todos. A través de la ventana distingue a Zezé arreglando las plantas del jardín. El calor del verano que aun no termina todavía se hace sentir, sin embargo es más soportable que el de Río de Janeiro. La casa donde ahora viven en Buenos Aires es amplia, cómoda. Pero ella extraña a sus amigos y a sus tíos que dejó en Río. Eso le hace sentir que esta casa es más grande que la de allá. Que tiene más tiempo, o que todo transcurre con más lentitud, con más pesadez.

Desde la parte delantera de la casa, de la sala de música, se oye junto a las notas del piano la voz de Mariano en un canturreo. Le da las indicaciones de fraseo a la alumna, de cómo debiera oírse. Ella, sentada al piano, con timidez e inseguridad, intenta tocar un minuet simple. Le corrige, pero comete el mismo error de nuevo. Mariano, con infinita paciencia se lo vuelve a señalar. Termina la música, se oyen algunas voces, han venido a buscar a la niña. Saludos, palabras amables, Mariano se despide de su alumna y saluda a quien ha venido por ella. La puerta de calle se cierra.

Unos pasos por el zaguán y aparece Mariano, con una sonrisa le dice:

-Le cuesta algunas cosas, pero tiene talento. ¿La oías?

-Si, claro –balbucea Leticia-.

-Estás triste –Mariano la conoce bien-.

-Bueno, es que no termino de acostumbrarme.

-Ya lo harás. Extrañas a tus amigas y a tus tíos, pero verás que acá será todo mejor.

-Quizás.

-No es la primera vez que cambiamos y nos mudamos a otra ciudad.

-De Londres a Río fue distinto, había un ambiente cortesano, refinado.

-¿Y cómo terminaste tratada?

-No me lo hagas acordar.

-Acá la gente es sencilla, y tiene una gran avidez por lo que viene de afuera, de Europa, y nosotros se lo podemos ofrecer. Te consideran una lady, fijate, sólo por el hecho de que hables el inglés y te comportes con modales cortesanos ya te hacen una reina.

-Eso es lo que no me gusta. Suena falso.

-Puede ser, pero es una ventaja para nosotros.

-Hay mentalidad de colonia. Como si esto fuera una colonia inglesa. Me hace acordar a lo que me contaba mi tío cuando venía de las colonias. La obsecuencia que él encontraba en ciertos personajes.

-Pero no todos son así. Hay muchos que se rebelaron para sacarse el yugo de la dependencia de España.

-Un imperio que ya no existe. El inglés sí existe.

-Es cierto. Pero ya encontrarás a gente buena, sincera, con quien relacionarte. En eso no me lo puedes negar, hay amplitud y generosidad en general. Y por lo que me cuenta Marianito, la situación al interior del territorio es bastante diferente. Esta ciudad quiere ser una ínsula europea.

-¿Conoces aquello, el interior?

-Sólo por comentarios, pero me da una enorme curiosidad.

-Escuché algo de lo que se dice sobre los indios, los aborígenes, los nativos de esta tierra.

-No les crea –intercede Jacoba desde un rincón de la habitación donde atiende a Pablito-.

Leticia se da vuelta y percibe que Jacoba ha seguido toda la conversación.

-Dicen que son ladrones y vagos, pero no les crea –insiste Jacoba-.

Leticia vuelve la vista a Mariano.

-Lo que pasa es que no entran en los planes de los estancieros, los dueños de las tierras –dice Mariano-.

-Los verdaderos dueños de esas tierras son ellos, no los Rosas, los Rodriguez y todos los que se adueñaron de ellas corriendo y matando indios –replica Jacoba-.

-Bueno, claro, depende cómo se mire –intenta explicar Mariano-.

-Los persiguen, les queman sus casas, sus cultivos, todo lo que tienen, y cuando ellos reaccionan, dicen que son salvajes –insiste Jacoba-.

-¿Decías que la gente de acá es amplia y generosa? –le pregunta Leticia con ironía a Mariano-.

-La señora me entiende –dice Jacoba con el blanco de su dentadura en una amplia sonrisa que contrasta con la negrura de su piel.

-En todo caso será amplia y generosa con los que vienen de afuera, como nosotros –afirma Leticia.

-Como hace la señora del gobernador Rodríguez –dice Jacoba-.

Un escozor lo sacude a Mariano.

-Cada cual defiende sus intereses – murmura Mariano-.

-Pero a algunos se les va la vida. Las vacas valen más que los indios –termina diciendo Jacoba-.

-En Inglaterra hay obreros que ganan una miseria, y se rebelan. En Brasil hay esclavos sin derecho a nada, más que a morir, acá hay indios que los corren porque no sirven, ¡qué vida ésta! –dice Leticia con tristeza-.

-Bueno, mujer, ánimo. No todo es amargura –dice Mariano en un intento de alegrar la conversación-. Dejemos las lágrimas para el teatro, que en las óperas bastante drama tenemos –concluye-.

El pequeño Luis Pablo, con todo el rostro sucio de comida, suelta una carcajada de satisfacción que contagia a todos.

-El tendrá un mundo mejor –dice Mariano-.

-Se lo quisieron robar antes de que naciera, no te olvides –dice Leticia con enojo-.

-¿Y nosotros?, a nosotros nos robaron siempre –acota Jacoba-.

Doña Naná, sin participar de la conversación, empieza a cantar una melodía, y con los dedos golpetea sobre la mesa dándose un acompañamiento rítmico.

-Ve –dice Mariano- a pesar de todo, la música nos alegra el corazón.

-Es lo único que no nos pueden robar –dice doña Naná, y sigue con su canto y el golpe de sus dedos sobre la mesa-.

-Bueno, bueno. Veamos para adelante, hay grandes proyectos. Este año haremos en el teatro una ópera completa.

-Rossini – dice Leticia.

-Claro, qué otro –contesta Mariano-. El Barbero de Sevilla –confirma eufórico-.

-¡Bien!

-Tenemos todo lo necesario, una orquesta pequeña pero que suena bastante ajustada, varios cantantes que pueden cubrir todos los personajes...

-Y un teatro –interrumpe Leticia-.

-Y público para escuchar –termina Mariano-.

-¡Bien!

-Ya empezamos con algunos ensayos.

Naná sigue con su canto. Afuera Zezé al escucharla le replica con un contracanto. Jacoba se ocupa del pequeño. Leticia parece olvidar su tristeza y Mariano resume optimismo.

El teatro Coliseo alberga en esos tiempos las mejores representaciones dramáticas y de comedia. Las crónicas de la época mencionan a Trinidad Guevara y José Casacuberta como figuras centrales de la escena teatral, y en papeles más secundarios a Antonina Castañera, Ana Campomanes, Matilde Diez, Ambrosio Morante, el inefable Joaquín Culebras que hacía reír al público con sus intervenciones bufonescas, y otros como Velarde, Quijano y Cossio. La pareja que forman los mulatos Ana Campomanes y Juan Antonio Viera bailan en algunas representaciones el lundú o lundum, la danza brasilera que algunos califican de licenciosa por sus movimientos sensuales y sus cabriolas.

Madame y Monsieur Touissaint, excelentes bailarines con formación profesional, son los encargados de las funciones de ballet. Aparte del bolero y el fandango, típicamente españoles, se representan ballets de conjunto además de los “pas de deux” y “pas seul”.

Se presenta a principios de 1825 un famoso prestidigitador, el francés-norteamericano Stanislaus, que asombra al público con sus exhibiciones y juegos de manos, apoyado por artefactos de su invención. En un alarde de magia hace desaparecer un pañuelo, y lo hace encontrar en la torre del Cabildo. Además de sorprender y fascinar, divierte, con sus habilidades y su pintoresca pronunciación mezcla de castellano, inglés y francés, y el teatro se llena.

En cambio una conferencia sobre astronomía resulta un total fracaso por la monótona voz del disertante leyendo un largo y tedioso monólogo que provoca aburrimiento y fastidio. El teatro no es para eso, afirma un cronista con acierto.

Rosquellas demuestra que además de ser un buen músico y cantante, es también un empresario responsable y serio.

Por otra parte los restos de la hispánica ideología cerril colonial persisten en algunos personajes como el fraile Francisco de Castañeda, uno de los mentores de la revuelta encabezada por Gregorio Tagle, y enemigo de aquello que tenga que ver con la representación teatral. Afirmaba este sacerdote que el teatro significaba el demonio, emparentado con las ideas de Voltaire y Rousseau. Unos años antes, en junio de 1821 el religioso había arremetido desde su periódico contra la bella y fina figura de Trinidad Guevara porque según él usaba al cuello un medallón con el retrato de un hombre casado. Es que la actriz despierta en el público sentimientos que el cura rechaza y que está dispuesto a combatirlos. La actriz, dolida, se retira de la escena por unos días y explica sus razones en un pequeño volante. Pero le hacen rever la decisión y su reaparición es aclamada por el público. Una lección de moral que el público y la actriz dan al fraile. La comedia es el espejo de la vida, como reza en la parte alta del escenario del Coliseo.

Relato de un espectador

Trinidad es hermosa la contemplo en el escenario su gracia su fineza la belleza de su cuerpo la dulzura de su voz es capaz de seducir a cualquiera que como yo la veo desde la platea con sus movimientos tienen ese algo que no se puede definir y es más difícil contar además de la fama que se ha hecho y no es sólo fama ella es así es independiente es una mujer única capaz de tener un hijo siendo soltera con sólo diecisiete años y mostrarse como es sin esconderlo allá en su país natal el Uruguay también

la veneran la adoran la quieren y no sólo por su valor de ser mujer sola e independiente sino porque es una actriz de aquellas que cuando la veo en alguno de sus papeles como Leticia Hardy o como María el drama se agranda y uno se empequeñece en su asiento o su luneta así le llaman en la bella sala el Coliseo que el maestro Rosquellas ha mejorado y arreglado para que lo mejor del teatro y de la música se luzcan y se puedan ver en esta ciudad de Buenos Aires aunque haya personajes como el cura Castañeda un tipo medio loco medio chalado que quiere imponer a fuerza de prepotencia lo que a él le parece y no ahorra insultos y palabras hirientes a los que no comulgan como él que se las dé a los gobernantes como al ministro Rivadavia puede agradar a sus enemigos que extrañan la autoridad del rey de España porque de eso viven y quieren subsistir de esa forma y así se justifican pero que se las tome con esa bella figura la reina la actriz única que es la Trinidad nuestra Trinidad y eso que tiene un nombre que suena religioso pero no tiene el derecho a semejante osadía de lastimar a la delicadeza en persona que es Trinidad Guevara y que luce además un apellido resonante e imponente para el futuro como se verá digo que decir de ella palabras como mujer prostituida o cloaca de vicios e inmundicia como lo escribió en verdad esas palabras las dirá el cura al verse a sí mismo en el estado deplorable en que se lo ve a él caminar por la ciudad sucio y delirando sus palabrotas insultando a quien se le cruce en su camino y peleado con cualquier cosa que signifique un progreso un cambio o estar mejor ya que es enemigo de las ideas de este tiempo y mentor del pasado sólo que su actitud desenfadada pueda parecerle original a alguien pero no es más que el vocero de lo que fue y no tiene que volver aunque eso nunca se sabe ese pasado puede reaparecer en forma vengativa y feroz como también se verá en este país que no termina de formarse y los poderosos lleguen a usar ese mismo estilo como se verá pero que insulte de tal forma a la dulzura y belleza personificada como es Trinidad y ella se retire dolida

porque según el cura se ha puesto el retrato de su amado al cuello el tal Manuel Gallardo y eso si bien se ve es tener valor aunque el amante sea casado pero es el padre de tres de sus hijos y ella no lo oculta y todos lo saben su amor es así y lo que tiene que ocultar es su dolor por la basura que sale de los labios de tal cura que habla así porque él es incapaz de amar y vuelca su represión en una figura hermosa y tierna para querer destruirla sino vean el mismo general San Martín ha salido desde el Perú en cierta forma a apoyarla al decir que “el arte escénico no irroga infamia al que lo profesa” y este mundo por lo que uno advierte parece ser un mundo de militares donde lo que vale y prestigia es cómo matar gente y si no vean al heroico gobernador Rodríguez un gaucho bruto persiguiendo y matando indios para quedarse con sus tierras como lo harán muchos otros también y pavoneándose por ello mientras la Trinidad ella sola desde el escenario nos llena de emociones y sentimientos con su gracia y su virtud y a veces hace de varón en sus personajes porque le sobra talento y su oficio no es el de andar sembrando el miedo a sablazos y tiros con gritos de odios y muertes ella también habla de la muerte pero para emocionar y pensar no para aterrorizar como se verá en este país que no termina de formarse y es el estilo que usan los poderosos los que se apropian de la tierra no como ella que se apropia de nuestro corazón para sensibilizarnos y humanizarnos esa es la diferencia por eso los poetas te cantan Trinidad y el pueblo ilustrado como tu dices te acompaña Trinidad y te alienta no los genocidas que hay unos cuantos en este país que no termina de formarse y a quienes el fraile Castañeda les brinda su verborragia escrita pero como Trinidad Guevara hay otros heridos por estos héroes del sable villanos de la vida otros que son lastimados por actitudes parecidas como le pasó a uno de los músicos de la orquesta de Massoni y Rosquellas le pasó digo a José Zapiola que vino desde Chile instado por su tío coronel a conocer al patricio abogado don Bonifacio Zapiola y Lezica su padre natural y que éste se negó a

reconocerlo porque según dijo “se había degradado con la profesión de músico” por eso con razón José se cambió el apellido para que llevar el del que fue su progenitor y se puso el apellido Mendiola porque así figura en los programas de la orquesta don José Mendiola músico segundo violín de la orquesta orgulloso de serlo claro como el otro chileno que vino con él Manuel Robles que tocaba la guitarra y el violín por si fuera poco lidiador de toros y además un maestro en el juego del billar como así lo demostraba con el mismo Rosquellas otro gran billarista animadores de reuniones de amigos en esas tardes porteñas cerca del teatro en el que lucían su arte para la gente y donde yo los acompañaba en esa barra amistosa por eso afirmo de que sí así es estas cosas pasaban en esos años en la Buenos Aires en la cual yo era nada más que un espectador un oyente un curioso uno más de la platea del teatro de la vida que dirigía el Maestro así con mayúscula Pablo Rosquellas y que ahora transcribo en estas líneas como un simple cronista o relator por si alguien las lee y quiere tener un panorama de lo que se vivía por entonces.

Caía la tarde, ya oscurecía, la noticia corrió por toda la ciudad. Como a las ocho de la noche del 21 de Enero de 1825 una explosión de júbilo se expandió por calles, veredas, plazas, cafés, casas particulares y en cuanto rincón hubiera una, dos o más personas. Se supo, más de un mes después, de la victoria en Ayacucho, las fuerzas americanas terminaban de sellar definitivamente la guerra por la independencia sobre el ejército realista español. La gente salía a las calles a festejar, se reunía a gritar de alegría por la inesperada novedad. En la rada del puerto se escucharon salvas de cañones saludando el acontecimiento. El bergantín nacional Aranzazú

estacionado en ese lugar contestó los disparos en homenaje, lo mismo que otros barcos allí anclados. Se encendieron todas las luces de la ciudad, se lanzaban fuegos artificiales y la algarabía era total.

Los festejos continuaron durante la noche, el día siguiente y aun por otro día más. Tres días duró la gran fiesta. A la noche del 22 se realizó una función en el teatro, más iluminado que nunca. Se cantó el Himno Nacional acompañado por la orquesta dirigida por Tito Massoni, se escucharon vivas a Bolívar, a Sucre y al ejército sudamericano. Grandes paños de seda de colores celeste y blanco colgaban de los palcos. En la puerta del teatro tocaba una banda militar. La gente alborozada recorría las calles con banderas, algunos no sólo vivaban a las fuerzas patrias y a la libertad, también a Inglaterra y su Rey.

En el Hotel de Faunch se dio un gran banquete con el salón adornado por distintas banderas y los retratos de los generales Bolívar y Sucre. Se cantó “God save the King” y se brindó por el Rey de Inglaterra y por el “sabio ministro de Inglaterra, el primer estadista del mundo, el honorable Jorge Canning, fiel amigo de la libertad”. Hubo diversos bailes y recepciones, el gobernador Las Heras invitó a una cena en el Consulado concluido también con brindis entusiastas. Lo mismo hicieron en ese lugar los representantes norteamericanos al día siguiente, el 23, en celebración de la batalla y de George Washington en su aniversario. El encargado de servir la cena fue Mr. Faunch, el mejor servicio en la ciudad. Asistieron las más importantes figuras diplomáticas y del gobierno. El cónsul inglés Mr. Poussett y el cónsul norteamericano Mr. Slacum compartieron el agasajo. Los representantes de la Gran Bretaña y de su excolonia saludaban juntos la independencia de esta parte del suelo americano, sus intereses confluían.

Los tres días de festejo popular, más allá de la obsecuencia de algunos personajes hacia el imperio británico, dejan en Mariano una fuerte impresión. La gente simple y llana se alegra, él también.

13

El Café de los Catalanes está cerca del teatro, allí se reúnen después de los ensayos con la consigna implícita de no hablar del mismo sino de temas ajenos y practicar otras habilidades que poco tienen que ver con lo musical. El juego de cartas y el billar son las dos actividades que allí practican, aparte de la conversación, claro, y tomar un café, por eso el nombre del establecimiento, o un licor que entone el ánimo. El chileno Robles demuestra su maestría en el juego del taco y las bolas, sin rivales que se le animen, a menos que suelte alguna ventaja para empezar. Rosquellas, de maestro, pasa en este ámbito al papel de ser uno más del grupo, a dibujar sonrisas de admiración ante los pases magistrales de Robles, y no mezquinar un aplauso para una carambola imposible. El tiene también alguna habilidad en el billar, más que eso afición, pero lo que hace este hombre raya a veces en lo increíble. El ñato González, a quien se lo tenía como el mejor, lo mismo que Collao, campeones indiscutidos de la ciudad, han quedado casi como aprendices a su lado. Y además se hace valer. Se gana el convite por sus victorias o sus demostraciones. Jamás paga en el café, ni la comida, siempre se lo gana con el juego, también con su simpatía. Con la guitarra del mismo modo es hábil, pero cuando canta tiene una voz horrible, sin embargo la gracia, la manera de hacerlo, el

sentido con que lo hace, no sólo compensa sino que la gente lo halaga y lo invita a echar una canción y otra y otra.

El joven Zapiola, con quien vino de Chile, lo conoce bien. A veces algo cuenta de su historia y la de su amigo. El joven es parco, reservado, a diferencia de su compañero. Se cambió el apellido, ahora usa el de Mendiola. José Mendiola, se hace llamar. Es hijo natural de un conocido abogado de rancia estirpe, si eso se puede decir, de esta ciudad. Don Bonifacio Zapiola y Lezica, aunque el don le queda demás, fue en su juventud a Chile a estudiar leyes. Allí conoció a Carmen Cortés, se enamoró de ella, la hizo madre de José, y cuando terminó sus estudios, volvió a Buenos Aires con promesas de pronto regreso, de enviar alguna pensión mensual y otras palabras escritas en el aire.

José transcurrió la infancia y adolescencia como hijo de madre soltera, y se sabe lo que es eso, el recibir el mote de huacho. Carmen, su madre, en su pobreza intuye sus dotes musicales y con lo que obtiene de vender un mate de plata, un recuerdo familiar, una alhaja apreciada, le compra al niño un viejo clarinete. Con él, José asiste a todos los ensayos de la banda del ejército que San Martín llevó a Chile. Los oficiales y en especial el director de la banda, el mayor Matías Sarmiento le proveen un especial afecto. El observa, aprende por imitación, oye todos los consejos, escucha, y de a poco domina el instrumento. Después llega a Santiago un violoncelista dinamarqués, Carlos Drewetke, quien le hace conocer a Mozart y Beethoven, y termina de formarlo como músico. Luego viene su relación con Manuel Robles, el ahora exitoso compañero de viaje y entonces director de una pequeña orquesta donde lo incluye como clarinetista. Actúa como tal en bandas militares, llega a dirigir una de ellas. Su actividad plena, intensa, juvenil, se desarrolla entre pequeñas orquestas de cafés y bandas militares. Así gana su sustento.

El hermano de Bonifacio, su tío de sangre, que es coronel, de paso por Chile, le sugiere al mozo veinteañero que venga a Buenos Aires a conocer a su padre. Con esa ilusión viene, y al llegar acá este ilustre abogado de tradicional familia patricia se niega a reconocer su paternidad porque el muchacho “se había degradado con la profesión de músico”.

Rosquellas y Massoni le prestan un violín y lo contratan para la fila de los segundos violines de la orquesta del teatro. Al poco tiempo se anuncia la llegada del afamado clarinetista Silva de la orquesta imperial de Brasil. Le proponen compartir como solista un concierto para dos clarinetes y orquesta con el joven José Zapiola, o José Mendiola, como se hace llamar ahora. En el concierto el público muestra cierto desagrado al brasilero, más por su origen que por su habilidad musical, porque ya la guerra contra el imperio se avecinaba, y había un clima hostil a quien viniera de la corte imperial brasilera. Por el contrario, lo que se oye es una ovación para José. El cargo de primer clarinete de la orquesta es para el joven. Robles, su compañero de viaje, renuente primero a entrar en la orquesta porque puede conseguir algún dinero con sus otras habilidades, acepta luego ser nombrado en la fila de los primeros violines.

-¿Saben cómo fue nuestro viaje? –con algo de timidez la pregunta de José rueda en la mesa donde lo acompañan otros músicos, los directores de la orquesta y el teatro, Massoni y Rosquellas, oyen desde una mesa vecina, y de lejos con el taco en la mano intentando una carambola fantástica, Manuel Robles-.

La conversación ha girado en el grupo sobre diversos temas, y ahora ante esa introducción que desliza una historia de cierto interés, los otros le prestan atención.

-Cuenta, cuenta –le animan-.

-Lo decidimos en un día –continúa-.

Uno pita su cigarro, el otro toma un sorbo de café. Robles, después de marcar con tiza la punta del taco, pega a una de las bolas, y se escucha el golpe sordo del choque de una con otra.

-Un día de marzo. Me lo sugirió un amigo, Mariano Palacios. Serían como las tres de la tarde. ¿Vamos a Buenos Aires?, me dijo, salimos a las diez de la noche. Yo tenía ya la idea de hacerlo por la invitación de un tío. Bueno, digamos, alguien que se decía tío mío.

Un corto silencio se hace en el grupo.

-Pero había un problema, no tenía un peso en el bolsillo. Lo poco que tenía lo había perdido en una partida de billar. Además no tenía ni caballo ni montura.

-Menudo problema –acota alguien-.

-Lo único que tenía era mi pobre clarinete.

-Adiós instrumento –dice otro-.

-Fui a ver a un oficial del ejército, amigo de siempre, Ramón Nieto, aceptó enseguida mi oferta, el clarinete por un caballo.

-Lo que dije.

-Faltaba la montura. Y ya eran como las ocho de la noche.

-Ahí aparecen los otros amigos.

-Para eso están.

-Sí. Uno me dio un par de espuelas, otro un freno, el otro una sudadera. En un momento y con el apuro me vi con dos pares de espuelas, pero con la falta de estribos.

-Cambio un par de espuelas por estribos –dice uno voceando con la mano en la boca-.

-Me puse una espuela en cada pie, y el otro par lo llevaba en la mano.

-Espuelas por estribos es más sencillo que clarinete por caballo.

-Cuando llegué al punto de reunión, me doy con la sorpresa que estaba también allí el amigo Robles.

-Conociéndolo, también sin una moneda.

-Al final pudimos solucionar todo, estribos, espuelas, montura, caballos, y ya a la medianoche estábamos en camino.

José hace un respiro, se acomoda en la silla y bebe un sorbo de café. Todos esperan la continuación del relato. Toma valor y sigue.

-Con tanto apuro para salir nos habíamos olvidado de algo fundamental: los pasaportes. Y eso nos iba a traer problemas.

-No los dejarían cruzar la frontera.

-No fue el problema allí en realidad. Robles nos aseguró que él conocía al jefe del destacamento. Y así fue. Pasamos sin inconvenientes.

Sentado en uno de los bordes de la mesa de billar, Robles ensaya el tiro haciéndolo más difícil con el taco por la espalda. Se hace el desentendido del relato, pero lo delata la sonrisa que esboza.

-Fue después –les dice entre dientes al grupo, subrayado con un ademán con el dedo-.

-Cerca de Uspallata se había agregado al grupo un huaso que iba de Aconcagua a comprar unas mulas a Mendoza. Al llegar al parador, después del incidente en la frontera, y como para divertirnos, insinúa el hombre, saca unos naipes. Palacios no dice nada, ni yo. Pero ante la insistencia del hombre Robles le pide un dinero a Palacios.

-Con quien se metió –exclama entre risas uno del grupo-.

-Se le habrán ido las ganas de divertirse –dice otro-.

-¿Le quedó algo para las mulas? –pregunta con ironía el de más allá-.

-Nos avisaron que ya estaba la comida y por eso la partida se suspendió –responde José-.

-Eso lo salvó.

-Robles no quiso seguirla. Ya le había sacado bastante –continúa el joven-.

-Se habrá quedado con la sangre en el ojo.

-Al día siguiente el huaso se separa del grupo a pesar de todo lo amigable que podíamos ser. Pero algo había en sus intenciones que sospechamos, y fue así nomás.

-El que mal pierde se queda con las ganas de revancha, como sea.

-Al llegar a Mendoza, dos días después, una partida policial nos estaba esperando.

-Se cobró la partida nomás.

-Nos llevan a la casa del gobernador, y lo primero que nos pide este hombre son los pasaportes. Le explicamos la situación, nuestra salida, nuestro olvido. Pero nada de eso lo conformaba. Nos pregunta cuál era nuestra ocupación. Palacios le responde, y era verdad, que es comerciante, nosotros, le decimos, músicos. Al escuchar esto llama a su secretario y le pide que le alcance un papel y lo lea. Era una notificación que le había llegado de Chile, según él, donde se pedía que detuviera a dos músicos desertores de un batallón.

-Ahí sí que se puso mal todo.

-Le hacemos ver el equívoco, pero nada. Nos dice que iríamos a la cárcel hasta tener más noticias de Chile. Se imaginan, Palacios y yo, quedamos helados como si estuviéramos enterrados en la nieve.

-¿Y Robles?

Desde la mesa de billar otra sonrisa se le vuelve a dibujar al hombre.

-Y Robles sin inmutarse, con absoluta seguridad le dice al gobernador ahí afuera está nuestro fiador. Pero qué fiador le dice el gobernador. El señor Torres que está en el patio, le responde.

-Siempre tiene el as en la manga, por eso gana siempre.

-Y estaba nomás el señor Torres en el patio, un viejo conocido de Robles, que al verlo en el grupo que llevaban detenido, nos había seguido. Como estábamos rodeados de policías no había podido acercarse a nosotros hasta ese momento.

-Este hombre es un fenómeno. Quien le puede ganar, ni el diablo.

Robles prueba el taco sobre una de las bolas, mide con la mirada las distancias, y de su rostro sale ya una sonrisa sobradora.

-Torres hizo de fiador y testigo, nos dejaron en libertad y pudimos arreglar la situación pagando tres pasaportes, que nos salieron bastante más de la cuenta.

-Con la plata del huaso y sus mulas.

-Salimos de Mendoza y empezamos a andar. Como a la mitad del camino nos encontramos en un enorme territorio de muchas leguas, todo desolación y ruinas. Unos días antes habían pasado los indios sin dejar nada tras de sí. Ni una sola persona encontramos en esas tierras.

-Cuando anda el malón hay que ir con cuidado.

-Llegamos por fin a la última posta para cambiar caballos.

-Estaría difícil. Quién suelta un caballo con el indio cerca.

-El puestero nos dice que caballos hay pero bien pagados.

-Claro, qué iba a arriesgar.

-Hasta ahí habíamos pagado lo establecido, le decimos, un real por legua por caballo. Y nos contesta, con grosería, a mi no me establece nadie, vale doble desde aquí. Entonces Robles ante la insolencia reacciona con una palabra dura.

-Se armó la cosa.

-Cuando el puestero oye esto, se da vuelta y quiere tomar una pequeña carabina que tenía colgada en la pared. Robles, más rápido, ve el ademán y adelantándose de un salto él se la saca, casi de las manos. Se tira

contra un rincón y carabina en mano amenaza a todos, al puestero y a los tres gauchos que estaban con él.

-Rápido el hombre.

-Audaz, como siempre.

-Palacios, con mucha calma y su aristocrático modo de ser, les dice, ustedes son cuatro igual que nosotros, ya que contaba al arriero que nos acompañaba. Si ustedes están armados, también nosotros, cosa que no era cierto pero había que aparentar.

-En un momento así nadie se arriesga a comprobarlo.

-Porqué no lo arreglamos amigablemente, les propone.

-Hay que tener coraje.

-Se apaciguaron los ánimos, hubo alguna explicación, Robles le devuelve la carabina al puestero tras sacarle la ceba, por las dudas, según nos dijo después, y más tranquilos accedieron a darnos los caballos.

-A Robles le habrá dado el mejor.

-Se lo había ganado.

-Así seguimos la marcha y días después llegamos a Buenos Aires.

-Un trecho largo, y menos mal que no se toparon con la indiada.

-Era la tarde de miércoles santo, recuerdo, cuando entramos a la ciudad. Pasamos por las calles principales, llenas de gente, para ir hasta la fonda "La Ratona". A los que miraban les llamaba la atención el tipo de estribo de nuestras monturas, eran de madera un poco grandes -con un ademán indica el tamaño-. Acá son diferentes, por eso al pasar nos reconocían como chilenos.

-Y a mucho honra –exclama Robles para sí, tomando el taco para hacer otra carambola-

El aire del salón ha quedado cargado del olor de los cigarros. Las volutas del humo dan vueltas hacia arriba con formas de figuras fantásticas. El grupo de personas que pueblan el café, músicos de la orquesta y

empleados del teatro, siguen su charla amistosa que deriva hacia distintos asuntos. Alguien propone un brindis por los amigos de Chile. El dueño del lugar, testigo y oyente de todo lo que allí se dice, desde atrás de la barra les alcanza una botella. En una última acotación dentro del bullicio, Zapiola dice:

-Todavía falta que les cuente sus habilidades de torero.

-Tito, ¿cómo va la orquesta en los ensayos para el Barbero? – pregunta Rosquellas a Massoni en una mesa aparte. Ambos vuelven a su conversación personal después de escuchar el relato de Zapiola.

-Bien, bien. Con esta gente que tenemos y el entusiasmo que ponen, vamos bien.

-El entusiasmo puede mucho. Es más valioso que cierto profesionalismo académico.

-Hice algunas adaptaciones de la orquestación, de acuerdo a lo que tenemos, pero sonará bien. Mariano, tu tarea más que nada es preocuparte por los cantantes.

-Si, ya tengo cubierto todos los papeles.

-Después de mitad de año, creo que estaremos en condiciones de estrenar.

-Como para agosto o setiembre, es la idea que tengo.

-Vamos a hacer historia, Mariano, la primera ópera completa que se estrena en Buenos Aires.

-Y que se hace bien, como en los mejores teatros de Europa.

-Hasta el mismo Rossini te envidiaría.

-Tenemos el apoyo de la gente, y eso vale mucho.

-A pesar de los problemas que hay.

-Existen en todos lados. Pero aquí estamos mejor que en otros.

-Sin emperadores mujeriegos –sonríe Massoni con ironía-.

-No me lo nombres a ése –masculla Rosquellas frunciendo los labios con enojo-.

-El títere de la aristocracia brasilera. Hacen creer cualquier cosa para mantener sus plantaciones con esclavos. No vaya a ser que alguien pretenda una república y se queden sin mano de obra gratis.

-Quieren quedarse con todo, con la Banda Oriental, y porqué no incluso con este lado del río. Es tan grande la ambición imperial de esa gente que van a mandar a su ejército para aquí y querrán poner su bandera en toda Sudamérica.

-Con el apoyo de tus amigos ingleses.

-A la única inglesa que quiero yo es Leticia. Pero mira que acá los del gobierno y los grandes señores también tienen amigos ingleses, más que amigos, socios.

-Es cierto, a ellos, a los ingleses, les interesa tener todo dividido y socios en ambas partes, es su juego. ¿Viste el negocio que van a hacer los Baring? ¡Un préstamo por un millón de libras!

-Tres o cuatro vivos intermediarios se van a quedar con la mitad del dinero, pero el total que dicen van a dar lo van a terminar pagando el siglo que viene multiplicado por quién sabe cuánto.

-Empeñando y regalando los campos.

-Lo de más valor aquí.

-Sigamos nosotros con la música y el teatro. Es ficción pero al menos con eso no engañamos. O en todo caso son engaños honestos. A cambio de la entrada que pagan les damos una ilusión que los ayuda a vivir, y no una ilusión que los lleva a esclavizarlos en una deuda eterna.

-¿Decías de la historia?, de ellos se acordarán más que de nosotros.

-Depende quien escriba la historia.

14

Desliza las manos sobre el teclado. Busca un acorde con la mano izquierda, juega en una melodía con la derecha. Prueba otro acorde. El giro hispánico brota sin querer, las tiranas y boleros con ecos de castañuelas y guitarras llenan su oído desde que las cantara allá hace tiempo en su tierra natal, lo lleva adentro, implícito. Pero la lírica italiana también pesa, son muchos años cantando óperas rossinianas. Aprendió a impostar la voz, a manejar la respiración, a lograr caudal sonoro para hacerse escuchar en un gran teatro sobre una orquesta numerosa, técnicas que asimiló en su formación en Italia, y las aplica sin pensar.

Canturrea con la voz una melodía, la repite con su mano derecha. Escribe unas notas en el pentagrama. Sobre el atril del piano emerge un papel manuscrito, no es su letra. Se la dejó su amigo. En el título se lee “*El que sin amores vive*”. Abajo firma el autor, Florencio Varela.

Las mujeres de este tiempo...

Tantea un acorde y el siguiente, persigue la melodía. Toma una idea, la elabora, la cambia, vuelve a la anterior, tacha sobre el papel, vuelve a escribir. Su tarea se esparce en anotar, eliminar, agregar, reescribir.

En el centro de la sala está el piano. Sobre la tapa, en los candelabros, quedan los restos de algunas velas de la noche anterior. La

ventana entreabierta deja pasar algo de luminosidad de la tarde soleada. Afuera es todo tranquilidad. Sólo un perro ladra intermitente en la lejanía.

Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos...

Desde un rincón de la habitación alguien susurra otra canción. Se sorprende, levanta la vista. Entrevé una figura impecable cubierta por una negra levita larga. El pelo oscuro y brillante, pegado con fijador a la cabeza, da lugar a una frente rectangular, pequeños ojos apenas abiertos y un rostro de blancura fantasmal. Más abajo una sonrisa, generosa entre labios finos y destacados, revela la dentadura en brillo perfecto. De ella surgen algunos destellos intermitentes como reflejo de una luz de origen incierto. Una mano hacia abajo sostiene un sombrero alto, una galera negra como el traje, la otra reposa sobre la mitad del pecho en un leve roce con una chalina de seda blanca, que apenas abierta, cae en dos más allá de su cintura, casi hasta el ruedo de la levita.

...van marcando mi retorno...

En su decir casi entonado, a modo de presentación, alarga la penúltima vocal antes de cerrarla en la última sílaba más corta. Después, un breve silencio seguido por un guiño cómplice prepara su afirmación.

-Mariano, eso suena bien –le dice la figura-.

La voz arrastra un eco, la acompaña un suave silbido sobre las eses de las palabras, estira levemente las vocales abiertas con una dicción estudiada.

Mariano queda absorto. Piensa que es sólo su imaginación y vuelve la vista al papel sobre el atril del piano. Lee la segunda línea del texto allí anotado para seguir con su canción.

...no tienen constancia y fe,...

-Tu música tiene que llegar a la gente –sigue la figura-.

-Es lo que intento –se dice para sí, pero abriéndose al diálogo con la voz fantasmal-.

-Que la gente la cante, que pueda apropiársela –oye desde el rincón-.

Por un momento separa las manos del teclado. Imagina un giro de la melodía. La reproduce sobre el piano. Escribe esas notas.

-Mira que debes llegar a tocar su sensibilidad –la mano de la figura sobre el pecho abre los dedos y la retira hacia adelante dando énfasis a su dicho, con la voz quiere cantar algo pero se detiene ante las palabras de Mariano-.

-Cuando estoy en un escenario, delante del público, es lo que me propongo, tocar la sensibilidad de quien me escucha –responde-.

-Con ella, con tu canción, se identificarán.

Imagina un par de acordes, los toca, lleva la vista al papel.

...pues tan sólo la moneda...

-Muchas veces yo canto al amor desgraciado del varón, del guapo, a la mujer engañada o a la mina que se fue –hace un respiro-. El galán que en su noche triste llora al cantar percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida... -dice la figura dejando inconclusa la frase en un silencio para esperar una respuesta-.

-Eso, tal vez. La nostalgia, la desazón, la pena, el engaño, lo que se perdió –piensa Mariano- ¿Será ése el carácter íntimo y personal del porteño?

-La lejanía, el aislamiento, el extenso mar de un lado, la extensa llanura pampeana del otro. Estamos inmersos entre dos soledades, dos desiertos, dos ausencias.

-Es el puerto más alejado.

-Y el horizonte de tierra, inmenso, interminable, casi infinito, de la otra parte.

Por un momento vacila, queda pensativo, luego retoma la idea. Su melodía debiera reflejarlo. Vuelve al texto.

...es todito su querer...

-Parece que lo comprendes. Sigue, sigue.

Algo quiere decirle a la figura, pero siente que su respuesta son las notas que tiene que escribir en el papel.

-¿Te acordás de los amigos, del café, de las calles y el barro, del olor a tierra húmeda, de las ventanas y malvones? –le dice la voz-.

-Es lo que me pertenece y me impulsa.

Cambia los acordes. La melodía toma otro rumbo. Repite algo de lo anterior, continúa.

-El aire de Buenos Aires, el modo de hablar de la gente sencilla tiene que meterse dentro tuyo –la mano de la figura se extiende hacia adelante como el cantante de ópera que mantiene una nota plena sobre la dominante antes de concluir la melodía en la tónica-.

La frase se termina y empieza la siguiente.

...el que quiera de delicias...

Se detiene un instante, lleva la vista hacia arriba, luego la baja y va hacia el papel. Escribe lo que ha tocado con su mano sobre el teclado.

-Muchas canciones vendrán a partir de la tuya, Mariano –desde el rincón sigue con atención las notas que esboza en el piano-.

-Sólo quiero que la gente cante conmigo, quién sabe después –piensa a modo de respuesta a la voz que le viene de ese fantasma-.

-Estás componiendo la primera canción de Buenos Aires –le dice la figura con absoluta seguridad-. Aunque después se olviden de vos, de tu nombre.

-Qué importa si se acuerdan o no –piensa Mariano para sí, aunque sin estar convencido-. Si se acuerdan de mi música ya es bastante.

-Tu música será parte de ellos. Ese será tu premio.

Sigue con la letra.

...y placeres, disfrutar...

-Si, no habrá más penas ni olvidos... -repite la vocal de la penúltima sílaba varias veces descendiendo la afinación y luego la voz queda trunca con una mirada nostálgica-. Un giro, un estilo, una manera, un modo de expresar, alguien se acordará –remata su pensamiento-.

-¿Alguien se acordará? –se pregunta Mariano-.

Una leve brisa se filtra por el ventanal. El perro ha dejado de ladrar.

...que se venga a Buenos Aires...

-¡Ah! Mi Buenos Aires querido, cuando te vuelva a ver... -la figura fantasmal empieza a esfumarse tal como había aparecido-.

-La música se diluye en el aire apenas la hacemos –reflexiona Mariano-, sólo permanece y queda registrada en la memoria de quien la escuchó. Cada nota vale por la anterior, por el recuerdo que queda de ella, de ese modo le provee la entonación a la que le sigue. Una melodía en cierta forma no es más que una sucesión de recuerdos.

-Y vos sos la primer nota que antecede a las demás –le dice la figura antes de disolverse-.

-Tal vez a nosotros, los músicos, nos pasa igual. Nuestra existencia cobra sentido si alguien escucha y nos continúa. Si alguien oye, recuerda lo que hacemos y construye sobre eso.

Mariano encara el final de la canción, con el último aliento concluye la melodía.

...donde encerrados están.

Un par de acordes en el piano cierran la idea.

Sobreviene el silencio del final, de la conclusión, de lo que ya pasó. Es un breve instante donde toda la melodía parece condensarse y resumirse todo lo escuchado.

Revisa lo escrito. Corrige algunos detalles. Pasea la vista desde el principio al final. Sólo queda pasar en limpio, orquestrarla, y luego...

-Mariano –la voz de Leticia llamándolo desde lejos lo abstrae de su tarea-

-Sí, enseguida voy –le responde-

Vuelve la mirada al rincón donde apareció la figura. Sólo hay una cortina apenas movida por el aire que se filtra por el ventanal desde el lado opuesto.

-¿Será lo que vendrá? –piensa-

-¿Preparabas algo? – le pregunta Leticia al entrar a la sala-

-Una canción. La estrenaré en el próximo recital.

-¿Algo especial?

-Quizás, el tiempo lo dirá. Intuyo que sí.

Fue la canción de la época. Por las calles y paseos de la ciudad, en las ferias y plazas, se veía al caminante solitario o acompañado, al artesano en su tarea, al peón, al capataz, al jinete, al carrero, todos la silbaban y la cantaban. *El que sin amores vive*, fue así la primera canción popular de Buenos Aires, allá por esos tiempos. Una *tirana* española, pero con algún acento criollo, porteño, sutil, tenue, inaprensible. Desde las reuniones elegantes en los salones donde la cantaban cambiando la letra, a veces, para disimular su picardía, o desde el escenario del teatro para un público dispar, su melodía se expandió y ganó la atención de la gente, la común y la notable, la sencilla y la ilustre, la pobre y la poderosa. El origen español fundido con el lirismo italiano y el preanuncio de un cierto tono local marcaron en ella la génesis embrionaria de una nueva canción típica, particular y característica. Buenos Aires comenzaba a adquirir una personalidad independiente.

Junio de 1825

A veces extraño las calles de Madrid, las pequeñas aldeas de su alrededor, el modo especial del idioma diferente al de acá en su sonar, el habla de la gente simple en sus giros y su tonada, aquello que dejé atrás. El jerez y el vino manchego, las torrijas fritas en aceite y almíbar, el queso castellano, las fresas de Aranjuez, las magdalenas embebidas en te para recobrar la memoria, el sabor de la natilla y el arroz con leche de la infancia, el aroma de la canela que nos daban para dormir mejor. Extraño la caricia de mi madre, la justa palabra paterna, la guía de mi hermano mayor con su violín, a Polonia envuelta en su blanco sudario como la vi la última vez al despedirla. Al pequeño Mariano que ya se ha vuelto hombre. Cuántas cosas que pasé, cuánta historia que dejé y que se ha vuelto precisamente eso: historia y recuerdo. Son momentos de nostalgia, algo de tristeza quizás, que se aparecen al ver por el ventanal y comprobar que sólo hay allí un horizonte de tierra separado en una línea del cielo azul y el blanco de alguna nube cambiante, no están las alturas del Guadarrama con sus picachos al dividir el Tajo y el Duero. La sensación de lejanía, de extensión, la visión de la llanura infinita semejante a un desierto, que no lo es, nos produce melancolía. Así como nos abruma el pasado sobre cada uno de nosotros al llevarlo arrastrado, al mismo tiempo nos da sostén para seguir en el camino hacia adelante, hacia lo que construimos. Experiencia, palabra que se nos agranda a cada paso, es lo que ganamos, nos dicen, mientras sin saber perdemos otras cosas. Ese término nos conduce por la vida como una promesa. ¿Mejor?, ¿peor?, quién lo puede responder. La vida transcurre, cambia, fluye, es el infinito donde se va la vista y nos llena

de una sensación de vacío. Hacia atrás, el extenso mar océano nos separa de nuestro pasado, hacia adelante, esa ancha planicie nos invita a seguir por la existencia poblada de lo nuevo, de lo que no conozco. Estamos inmersos entre dos soledades me dijo la voz, dos desiertos. No, no son desiertos, creo, en verdad está habitado por quienes dejamos y por quienes encontramos, en suma por quienes amamos antes y ahora. Ellos encarnan los sentimientos que uno percibe en este lejano puerto del confín del planeta. Eso es lo que la voz me quiso señalar. El sueño de pertenecer a otro lado, adonde ya no se está, la tristeza del emigrado, y junto a ella, la esperanza del recién venido. Extraña mezcla. Estar y no estar, o llegar, ilusión y añoranza. Ambigüedad del porteño.

Esta aldea de Buenos Aires es una isla. Quiere ser una prolongación europea enquistada en tierras nuevas. El mar es visto como la unión hacia donde se quiere pertenecer y no la distancia que lo separa. La pampa es ese algo misterioso que está más allá, indescifrable, ignoto, llena de gente diferente, extraña. Se siente más distancia hacia ellos que hacia la lejana tierra europea.

Sin embargo las distancias no están en vano. Producen mudanzas, y al final se imponen.

Una canción española es lo que atrae a la gente, me dijeron, lo que ellos quieren oír acá. Pero no es la misma que yo escuché allá entre fandangos y castañuelas. Algo habrá de diferente en ésta. Jacoba me lo hace notar sin decírmelo. Ella canta la melodía pero le da un acento particular. Zezé y Naná también, y Leticia. En ellos cobra una dimensión diferente, un estilo particular. Hay una acentuación distinta, un énfasis especial en algunos puntos, algo que no alcanzo a entender bien. ¿Será por su modo de hablar, su modo de ser? En cada uno que la repite en la calle, en el café, en el salón, yo percibo que algo le cambia. Al apropiarla cada uno, la varía y la renueva.

Ese debe ser el momento que uno empieza a percibir la pertenencia a un lugar. A echar lazos con el sitio donde está. A sentir que lo de hoy y aquí, no es igual a lo de ayer y allá.

Agosto de 1825

Y el teatro sigue su vida, nosotros les hemos dado vida, nueva vida. Nosotros somos quienes damos alegrías, damos tristezas, damos regocijo y pesar a la gente desde el escenario, y eso les ayuda a seguir en el transcurso de sus caminos. Ellos y nosotros. La comedia es el espejo de la vida, es la frase estampada arriba del telón, la que vi al entrar por primera vez a la sala. Como está cargada de verdad, al reacondicionar el teatro la conservamos y engalanamos, porque nuestra aspiración es ser el reflejo de esta gente.

Mientras estas reflexiones me dan vuelta y las pongo en el papel, el proyecto de dar una ópera completa sigue adelante y en pocas semanas será el estreno. Rossini me envidiaría al ver que conseguimos que esto sea casi como Londres. Es la ilusión de muchos aquí: Buenos Aires, una segunda Londres. Con una temporada de óperas y de teatro, con calles iluminadas, con cafés y hoteles, con periódicos en inglés, con academias y universidad. Es el progreso que ilusiona.

Octubre de 1825

Magistral, extraordinario. Una noche única, estupenda, soberbia. Se me ocurren los mejores adjetivos. El espectáculo completo de una ópera, y

nada menos *El Barbero de Sevilla* de Rossini, resultó un éxito total. La gente conocía ya muchos pasajes, cuántas veces habrá escuchado algunas de sus melodías, alguna parte aislada, y al presenciar en su conjunto recibió la representación con el mayor entusiasmo y satisfacción. Para nosotros, un halago. A pesar que la lluvia nos jugó una mala pasada. Habíamos programado para el 26, y tuvimos que postergar para el día siguiente, el 27 de Setiembre, porque las calles estaban intransitables por el agua y el barro. Un día más y la gente se volcó hasta llenar la sala. Los aplausos, las vivas, como en el mejor teatro londinense. Un éxito como pocos. No sé porqué ninguno de los periódicos publicó alguna crónica sobre esta función. Tuve que esperar a la segunda representación, el 7 de Octubre, para que en *El Argos* del miércoles siguiente, el 12, se comentara de lo que habíamos logrado. Una crónica un poco fría, quizás por el reproche que le hizo un lector a uno de los periódicos por tal olvido. Creo que merecíamos un poco más de lo que dijo el crítico.

“Teatro Remitido.- Sr. Argentino. Disimulad esta confianza no puedo menos que escandalizarme en Ud. y en los demás periodistas cuando en honor del país deberían llenar algunas columnas en atención a que en nuestro teatro se ha representado la semana pasada, Martes 27 de septiembre, la gran ópera *El Barbero de Sevilla* del inmortal Rossini con la propiedad que la han ejecutado en los grandes teatros de la Europa sin dejarnos nada que desear de aquellos. No puedo dejar de hacer esta sincera confesión en honor de Buenos Aires, a los beneméritos autores que nos han representado tan brillante función y a los infatigables asentistas de nuestro Coliseo a quienes les doy gracias por el rato más delicioso que han proporcionado a mis sentidos suplicándoles continúen en estas funciones. El de la Bolsa”. *El Argentino*, N°16, 8 de Octubre de 1825.

“Teatro. – El viernes 7 del corriente se representó por la segunda vez en nuestro teatro la ópera del Barbero de Sevilla. Esta obra gefe por si sola es capaz de fundar la reputación de un ilustre autor; y su ejecución, honrando nuestra escena,

no ha dejado que desear a los aficionados. Los dos profesores principales de canto, que antes de llegar a este país tenían su crédito justamente bien establecido, han desplegado en esta ocasión talentos superiores y los aplausos que han recibido, deben convencerlos de que los habitantes de Buenos Aires se complacen en hacer justicia a su elevado mérito. La señorita que representó el papel de Rosina, ha hecho tantos progresos así en la parte de canto, como en la acción teatral, y ejecutó su rol con tanta brillantez, que el conde de Almaviva no podía dejar de merecer su afecto, y nosotros mucho más de que se haya educado en nuestro teatro una actriz que ya brilla al lado de sus maestros. Los esfuerzos del Sr. Viera han merecido también la consideración de todos los apreciadores del talento, y aún cuando ni él ni sus espectadores pueden tener pretensiones a que suba al grado de sus compañeros, sin embargo estamos seguros que sus buenas disposiciones le darían un lugar bien distinguido, si cuidara un poco más el manejo de su persona sobre las tablas, o más propiamente si no cuidara tanto y se condujera con más naturalidad y desenvoltura, imitando los buenos modelos que tiene. Ojalá que nuestra compañía cómica se aprovechara también de estas escenas, para aprender a representar una acción bufa sin entregarse a la ridiculez y grosería de los sainetes”. *El Argos*, miércoles 12 de Octubre de 1825.

Los críticos y cronistas que escriben para los periódicos con esa prosa fría y distante a veces no reflejan lo que el público siente dentro del teatro. Allá ellos. Las hermanas Tanni, Angelita y María, insuperables. La primera, una chiquilina de algo más de quince años, es una soprano ligera de primer nivel, ha conquistado al público en su papel de Rosina. Su hermana mayor María, contralto, con su bella figura alta y esbelta, hizo de Berta, la camarera de Bartolo. Quizás lo suyo no luce tanto como su hermana, pero tiene grandes cualidades. Su otro hermano, Marcelo, da mucho que hablar por su registro de soprano. Sabido es que para conservar como adulto el registro infantil de la voz masculina los someten a una operación bárbara y aberrante. Es un “castrato”. En el oficio religioso de la iglesia católica se los utilizó durante siglos para reemplazar a la voz

femenina, ya que la mujer no podía participar de la misa. Canta en el registro de soprano con toda comodidad. Hizo de Fiorello, el servidor de Almaviva.

Para el papel de Don Basilio, el maestro de música de Rosina, estuvo Cayetano Ricciolini. Además de ser un cantante italiano con excelente escuela, es un gran bailarín. Con su esposa Isabel, también cantante, dan clases de baile y canto. Aquí lució su profesionalismo.

Qué puedo decir de Miguel Vaccani. Como el barbero Fígaro creo ha sido el centro de la puesta. Es un barítono excepcional. Se ha lucido como tal en los mejores teatros de Europa y en nuestro medio confirma esa capacidad. Las aclamaciones que recibe son totalmente justas. Además puedo decir que el apoyo que de él recibo para lo que yo hago es imponderable. Para mi es una figura esencial y necesaria, como cantante, músico y compañero.

El papel del Conde de Almaviva lo cumplí yo, y creo haberlo hecho bien por las buenas críticas recibidas, especialmente de algunos conocedores de la ópera que vienen infaltablemente al teatro.

Una mención especial para Juan Antonio Viera. Hizo un magnífico don Bartolo. Es hijo de una negra esclava. Aparte de sus dones naturales, que los tiene y en qué forma, estudia y se esfuerza por hacer mejor lo que hace. Es el gran mérito suyo, su empeño y bregar por perfeccionarse y progresar. Empezó de adolescente como cantor acompañado de su guitarra, pero enseguida comprendió la necesidad de obtener una técnica y conocimientos musicales. Se formó con el presbítero Picasarri en su Escuela de Música y tiene una gran carrera por delante. Además su carácter y su personalidad simple, sencilla, jovial, lo hacen un gran compañero del elenco y de todos nosotros.

La orquesta ha estado brillante, también. Después de bastante tiempo de ensayos y estudio, Tito Massoni ha logrado sacar lo mejor de estos

músicos, y su sonoridad es excelente, lo que da un marco estupendo en su acompañamiento a los cantantes.

El teatro y la ópera brillan en su esplendor en Buenos Aires, a pesar del clima de guerra que se vive con el Brasil.

Diciembre de 1825

Y al fin sucedió lo que se temía. La guerra con el Brasil es un hecho. El afán imperial y la ambición sin límite de la aristocracia lusitana han llevado a esto. No sólo tomaron la Banda Oriental del Río de la Plata, sino que vienen por más, por Buenos Aires. Quieren hacerse de todo el continente. Los conozco, los he visto actuar. Hacendados que manejan sus plantaciones con esclavos. Los traen del Africa peor que animales, los tratan del mismo modo o peor para producir café y azúcar manchados con sangre. Y un emperador que también sé lo que es. Que lo único que sabe es perseguir y seducir mujeres y se pretende compositor y músico. No pasa de ser un pobre mequetrefe, inútil, soberbio y mamarracho, rodeado de una corte de adulones. A tiempo escapé de allí.

Las funciones que hicimos de *El Barbero* fueron más que exitosas. Hemos abierto un nuevo rumbo en el teatro y en la sociedad porteña. La ópera es ahora más que un entretenimiento para la ciudad. Es un lugar de cita y reunión social para la gente ilustrada, y también para aquella que no lo es tanto. Para las familias, para las y los jóvenes, los comerciantes, la gente común, en fin, creo que no hay hombre o mujer de esta ciudad que no haya pasado por entre el público en este año con tanta actividad que tuvimos, de ópera, de teatro y de otras funciones especiales. En medio de todas las adversidades, las peleas políticas y de intereses, las amenazas desde afuera, del Brasil, realizamos una actividad importante con un

público que nos acompañó siempre. Para este nuevo año nuestros proyectos tratan de otras óperas con este elenco que hemos podido conformar junto a la orquesta que da el marco adecuado, y teatro también, con los actores magníficos que tenemos, la Guevara, Morante, Casacuberta, en fin, lo mejor de lo mejor.

Marzo de 1826

Un nuevo año. El teatro funciona a pleno, hemos realizado varias funciones de *El Barbero* con enorme éxito y tenemos grandes proyectos, a pesar de que la situación no nos ayuda. La guerra con el imperio brasilero es un hecho y nos golpea desde afuera, desde el río y el mar. Es un enemigo poderoso pero carece de convicción y futuro. Sólo pretenden dominar por la fuerza y apropiarse de todo, como lo hacen allá. Aquí hay otras ideas, actuales, originales, modernas. A fuerza de imitar lo europeo, también se imitan los nuevos pensamientos, los nuevos arquetipos de progreso, de igualdad, como me lo dijo aquel marino francés cuando regresaba a Río de Janeiro. Un país basado en la esclavitud siempre será derrotado por una república más igualitaria, es una ley histórica. En cuantas óperas los poderosos caen vencidos ante esa evidencia. Algo de eso tiene la que estrenaremos dentro de poco: *La Cenerentola*, la adaptación que hizo Rossini del cuento de Perrault. Una mujer simple que vence con su amor honesto y sencillo. No es oro todo lo que reluce, canta en una escena la protagonista principal, con razón. Los cantantes y los músicos que logramos reunir con Tito forman un equipo estupendo y contamos con un público inteligente, sensible y entusiasta. A veces comparto el pensamiento del filósofo de la ópera, Alidoro, al responderle a la Cenicienta: el mundo entero es una escena, una comedia, al revés de lo que afirma la leyenda que

está arriba de nuestro escenario. La comedia es un espejo de la vida dice allí. A la inversa algunos se encargan de que la vida sea un espejo de la comedia. Así, con tal liviandad, imaginan y actúan.

Rivadavia, de quien tanto apoyo he recibido, ha consolidado su poder, en la forma al menos. Es el nuevo Presidente de esta naciente República, aunque su visión no va más allá de los límites de esta ciudad, del resto se desentiende. Quiere hacerla un modelo europeo para el continente con el respaldo de los ingleses, ellos tienen en él a un buen socio. Se ha propuesto ensanchar y mejorar las calles, hermosarla, pero también expandir la educación y poner a producir las tierras de la provincia para venderles a ellos, los ingleses, lo que de allí se saca a cambio de los artículos fabricados que nos mandan. Es la asociación comercial que pretende: de aquí salen los productos de la tierra y de allá vienen las manufacturas de sus fábricas.

El otoño llega a Buenos Aires. El calor y la humedad aflojan su opresión mitigada por la fresca brisa nocturna que nos llega desde el río. También desde allí hemos escuchado el estruendo de las batallas que libran los pocos barcos que defienden la fortaleza y el puerto ante la flota imperial. Una lucha desigual frente a una flota mayor y mejor equipada. Sólo el valor de los hombres y la pericia de su jefe, el Almirante Brown, ha hecho correrlos por momentos mar adentro, dicen más allá de Montevideo. La gente es testigo desde tierra de las batallas en el río y saluda alborozada estos pequeños triunfos.

Abril de 1826

Pablito cumple dos años. Balbucea sus primeras palabras y juega con las teclas del piano. Me ve sentado tocando a mí o a las alumnas que vienen

a dar su lección, y él quiere hacer lo mismo. Me siento a su lado y le hago un acompañamiento simple, él busca las notas en la otra parte del teclado. Por momentos le sale alguna melodía que se funde y entona con lo mío, se da cuenta y se ríe. Tiene talento y lo estimulo. Canta las notas con una increíble afinación, le gusta y lo toma como un juego, con alegría. Leticia dice que será músico como yo. Si ésa es su vocación, bienvenida sea. Mariano, en cambio, prefirió otro rumbo. Se dedica a negocios con algunos terratenientes, y encamina su vida de esa forma. Por lo que me cuenta pronto formará pareja con alguna dama de la sociedad local. Nunca le atrajo el arte ni el teatro, sus intereses van por otro lado. Es quizás como su madre. Pero ha encontrado su lugar en esta tierra, lo que me llena de alegría.

Mayo de 1826

El 4 de Mayo estrenamos *La Cenerentola*. Otro gran éxito. Angelita haciendo de Angelina, la Cenicienta, cautivó con dulzura y encanto desde su entrada a escena con *Una volta c'era un re*, envuelta en sus ilusiones y sus sueños. Luego más adelante, luce magnífica en el dueto que cantamos juntos al encontrarnos en *Un soave no so che*, yo como Don Ramiro, el príncipe que ha cambiado en ese momento su identidad por la de su ayudante y ambos se exponen uno ante el otro, humildes, ella como una criada, yo como un simple acompañante del príncipe. Creo que allí todo el público se enamora de ella, de su ternura, su timidez y su sinceridad. Y cuando luego, en el segundo acto, antes de revelar su rostro ante los presentes en el baile del príncipe dice no todo lo que reluce es oro en el aria *Sprezzo quei don che versa*. Se entiende allí que es algo más lo que manifiesta de su belleza interior. Al final, sellado su amor con el príncipe canta esa transformación que ha sucedido en ella con *Nacqui all'affano, al*

pianto, nací en la miseria y el llanto, para rematar con *Non piu mesta accanto al fuoco*, jamás volveré a estar triste junto al fuego. Un final feliz.

Una de las hermanas de Angelina en la ficción, Clorinda, lo hizo, qué casualidad, su hermana real, María. La otra hermana, Tisbe, la representó Cándida Vaccani, esposa de Miguel Vaccani, quien tuvo a cargo el papel de Don Magnífico, el padre de las tres hermanas, con gran profesionalismo.

Como Dandini, el ayudante del príncipe que se hace pasar por tal, estuvo Gaetano Ricciolini. Y para el papel de Alidoro, el tutor del príncipe, lo representó Juan Viera, quien, debo reconocerlo, se esmera cada vez más para sus actuaciones.

Varias funciones más tenemos previsto para esta ópera. El teatro se llena en cada representación.

Junio de 1826

El día ocho de junio estrenamos una nueva ópera de Rossini, *L'Inganno Felice*, mientras la guerra con el Brasil sigue su curso. Quisieron atacar por el sur, cerca de Carmen de Patagones. Allí un gaucho, Luis Molina, fue el héroe. Casado con la hija del cacique Neukapan, tiene un gran predicamento entre los indios, lo respetan mucho. Fue soldado del ejército de San Martín y se ve que es un hombre de valor y conocedor del lugar. Los brasileros desembarcaron de noche para sorprender a los criollos, pero los sorprendidos fueron ellos. Molina, que seguía sus movimientos y sabía de sus pasos, puso a toda su gente escondida en semicírculo en una zona llena de totorales y cangrejales. Al amanecer hizo prender fuego a los matorrales y por el viento que soplaba contra los atacantes, los hizo quedar en medio de las llamas. A los pocos que

quedaron a salvo del fuego los tomaron prisioneros, y el barco en que venían, la corbeta Icapavari, por la bajante quedó varada, también la tomaron. Quién se acordará del gaucho Molina. Quizás sólo una canción lo recuerde. No era general ni estanciero, sólo un gaucho pobre casado con una india. Defendió su tierra como ninguno. Igual que quienes lo seguían, indios y gauchos sin nada, pero con mucho valor.

El día once hubo un intenso cañoneo a la vista de la ciudad. La flota imperial, unos treinta buques, atacó al mediodía a los barcos argentinos, unas diez u once naves que estaban fondeados en un lugar llamado Los Pozos, al sur de la ciudad. Vino enseguida la respuesta con fuego sostenido. Después de no más de un cuarto de hora los atacantes, repelidos, tuvieron que virar de vuelta para el sur. La gente, una multitud, toda la ciudad, presenciaba como espectadora desde la rada. Estaba yo también por ahí como uno más. A la tarde llegaron otros barcos desde la Banda Oriental uniéndose a los de Brown, con los que hicieron huir en definitiva a los brasileros, mar adentro. Una gran victoria. Nos abrazamos todos con alegría y con la convicción de saber que los extranjeros no pasarían, nunca tomarían este suelo.

A la noche se representaba en el teatro la comedia de Regnard *El Distráido*. Al terminar el quinto acto se presentó el almirante Brown en el palco presidencial. Fue verlo y toda la concurrencia se puso de pie y empezó a aclamarlo fervorosamente. Luego la compañía y la orquesta lo saludaron con el Himno Nacional. Sobresalía entre todas la voz de Angelita Tanni, envuelta con la bandera argentina en el centro de la escena. Yo también me uní, por supuesto, junto con Miguel Vaccani y toda la gente del teatro. Las hurras y los aplausos duraron largos minutos. Las aclamaciones y el calor de la gente hizo de éste un momento muy especial, emotivo, patriótico.

Julio de 1826

Hacia fines de junio, el 30, estrenamos otra ópera cómica de Rossini, *L'Italiana in Algeri*. Una serie de enredos de un gran señor argelino, Mustafá, que sueña con tener en su harén una esposa italiana. Elvira, la esposa que lo ama y se siente por eso ofendida y postergada la representó Angelita, nuestra soprano *prima donna*. Para el papel de Isabella, la supuesta novia italiana, la tuvimos a su hermana Isabel ya que allí necesitábamos una contralto. Esta vez le tocó a ella ser la que en el relato aparecía en busca de su amado, Lindoro, personaje que asumí para mi registro de tenor. El tío de Isabella, Taddeo, lo hizo Vaccani, con su gruesa voz de barítono. Zulma, la criada de Elvira, fue para la otra Tanni, María, que va bien como mezzosoprano. Mustafá, el bey de Argel, lo representó Ricciolini. Todos impecables, como siempre.

El frío se hace sentir en este invierno, pero dentro del teatro el calor de la gente y el entusiasmo con que nos recibe función tras función nos da pie para seguir adelante con todos nuestros proyectos e ilusiones. Angelita ha llegado a ser muy querida por el público. Recibe cumplidos de todos sus admiradores que son numerosos, algunos son personalidades reconocidas de la ciudad y otros, gente común que la quiere mucho de igual modo. Se lo ha ganado. Los periódicos la llenan de elogios, merecidos sin duda. Lo mismo puedo decir de los otros cantantes, de Vaccani, de Ricciolini, de todos los hermanos Tanni, de Viera, humilde y estudioso como es él, de los músicos de la orquesta. Es una gran compañía la que hemos formado, una gran familia, así la sentimos. Tito Massoni ha hecho viajes al interior, y tiene idea de ir a Chile. Zapiola lo entusiasma para eso, que también quiere volverse allá. Sería una pena, pero no puedo evitarlo. Con el clima de guerra que vivimos es entendible, pero confío que eso pasará, la justicia y

la historia están de nuestro lado, y a pesar de todo, esta república se consolidará.

Diciembre de 1826

Cuánto tiempo ha pasado de mi última anotación en este cuaderno. Ha sido tanto lo que hicimos en el teatro y fuera de él, que pocos momentos me han quedado para sentarme a escribir estas pequeñas líneas de memorias que aquí asiento en horas de tranquilidad, serenidad y calma. Son circunstancias las que vivo muy felices para mí, es una etapa plena de satisfacciones ya que puedo lograr lo que siempre ansié, presentar espectáculos musicales y teatrales como si estuviera en Londres, pero en un medio donde se habla mi idioma, el español, aunque para las óperas sea el italiano lo que se usa. No queremos hacer traducciones que pudieran cambiar el sentido o disminuir el nivel literario del original. Con una explicación del argumento en un papel que se puede adquirir en la boletería, y es leído además antes de la función, ya es suficiente para que la acción sea entendida.

El tres de agosto representamos *Romeo e Giulietta*. Quién no conoce ese drama. La música es de un autor menos famoso, el italiano Zingarelli, pero está bastante bien concebida y ajustada a las necesidades teatrales.

Dado el éxito que obteníamos en cada representación y a los comentarios que recibía sobre el tema del uso del idioma en el canto, aproveché la versión que tenía en español de mi ópera *El Califa de Bagdad*, y la pusimos en escena. Querían algunos una ópera con texto en español, eché manos a ésa entonces. El estreno fue el 20 de Noviembre. Algunos de los pasajes ya lo habíamos dado a conocer acá en recitales anteriores, esta vez hicimos la puesta completa en dos actos. Es la versión que había

estrenado en Río de Janeiro hace unos años y que hicimos con Dermino Lubeo. En vez de usar los textos que él había traducido al italiano, pasé a los que yo tenía en español. Con la misma música la representamos en nuestro idioma. La adaptación métrica fue sencilla y no fue necesario ningún cambio de importancia. Lo más aplaudido fue el duetto *Viva el amor* que cantamos con la siempre hermosa presencia y la bella voz de Angelita. Tuvimos que repetirla para regocijo de sus seguidores.

Ahora tenemos el proyecto de representar el *Don Juan* de Mozart. Estamos ensayando y estudiando bastante. Será una gran prueba porque es una ópera difícil, dramática, alejada de la liviandad de Rossini. Hemos pensado en nuevos decorados, lo que implica grandes esfuerzos, sobre todo en lo económico, pero todo vale la pena, y estoy seguro que el empeño que hemos puesto será bien recompensado.

Buenos Aires y su gente se lo merecen. También Pedro, el emperador brasilero, como el personaje de esta ópera, tendrá su merecido, propinado por este pueblo heroico.

16

Rosquellas representa el personaje de Don Juan, está dentro de él, lo vive. El público de Buenos Aires lo sigue y además conoce su historia personal. La platea, los palcos, los pisos altos del Coliseo están abarrotados de gente que se estremece y se deleita con él. Saborea sus presentaciones, goza con su canto. No sólo él, toda la compañía operística es muy apreciada y seguida con gran fervor en cada función.

Es el último acto de la ópera, transcurre en el comedor de su palacio, Don Juan demuestra que no tiene miedo. Coloca una silla y un plato para el invitado, para el espectro del Comendador, el padre de Doña Ana, a quien ha dado muerte al principio de la obra. A ella intentó seducir y raptar pero los gritos y la firme negativa de la niña se lo impidieron. Esos alaridos hicieron acudir a su padre, quien al defender a su hija, cae muerto asesinado por la espada de Don Juan.

El, jocosamente, después de todas sus tropelías, ahora lo ha invitado para esa cena cuando creyó verlo en el cementerio de Sevilla como una estatua. Se ríe y se cree invulnerable. Su poder es inmune. Goza de impunidad. Ha cortejado y embaucado a cuanta mujer se le ha cruzado sin que le importe sus consecuencias. La lista de sus amantes seducidas llena un extenso catálogo del cual Leporello, su fiel criado, lleva registro. Al mostrárselo a Doña Elvira, la única mujer que en verdad lo ama, la ha

herido profundamente. Sus víctimas suman una enorme lista. Incluso ella misma, Elvira, que lo quiere. Doña Ana y Don Ottavio, Zerlina y Masetto, también Doña Elvira y su ilusión y tantos más hacen decenas, cientos, miles, los heridos por sus bajezas, las víctimas de sus atropellos.

De repente se apagan las luces, y aparece el fantasma del Comendador que lo llevará al infierno para pagar por todos los crímenes cometidos. Suena la orquesta con acordes terribles. Todas sus víctimas se presentan señalándolo como el victimario a medida que él desciende a la muerte. Por un momento él cree ser el emperador Pedro de Brasil. En vez de Don Juan, Don Pedro, o la suma de ambos. Eso le da más fuerza a su personaje. La música se desgarrá en notas aterradoras y Don Juan, o Pedro para sí, debe pagar por sus fechorías, por su ambición sin límite, por su libertinaje irresponsable.

Quienes padecieron sus vilezas ahora ven cómo las paga. Celebrarán el final de Don Juan, su caída y su hundimiento. El final que corresponde para un mujeriego, licencioso y corrupto. Y con él, el final de la clase aristocrática, a quien representa con los mismos valores.

El estreno de Don Giovanni de Mozart en el Coliseo, fue el jueves 8 de Febrero de 1827. Rosquellas y su compañía representaban en Buenos Aires el drama que poco después muchos creerían ver repetido en la realidad en ese final, pero que nadie imaginaba tendría otro distinto andando el tiempo.

Un par de semanas después, el 20 de Febrero, en el paraje llamado Paso del Rosario ó Ituzaingó, en territorio brasilero, las fuerzas argentinas reclutadas entre el poverío, al mando del General Alvear junto a los uruguayos de Lavalleja derrotan al ejército imperial. Las tropas del emperador Pedro I, gran parte mercenarios venidos de Europa por una paga, quedan diezmadas. Muertos o prisioneros, el ejército invasor queda destruido y lo que queda de él huye en retirada. Armamentos, banderas y

carros son capturados como trofeos de guerra. Al abrir uno de esos carros se descubre junto a algunos instrumentos musicales de la banda del ejército, una partitura. Es una marcha militar para ser ejecutada cuando el ejército imperial derrote a las fuerzas argentinas, según la indicación de su autor, el emperador Pedro I. Y cuando los brasileros tomaran Buenos Aires, según el Marqués de Barbacena, el jefe del ejército imperial.

Tomada como trofeo, el 25 de Mayo de ese año se ejecuta en Buenos Aires en presencia del Presidente argentino, Rivadavia, como signo de victoria sobre los mercenarios imperiales. Desde entonces esa marcha, la Marcha de Ituzaingó, queda aunada a la investidura presidencial del país. Mucho tiempo después se asociará, como una paradoja, al momento más terrible para la Argentina.

Hora 3.21 del 24 de marzo de 1976. La Marcha de Ituzaingó irrumpe en todas las radios del país. Suena una y otra vez. Introducción con una melodía característica, luego redoble de tambor, repite la melodía característica. Cada tanto la voz de un locutor declama con tenebrosa seriedad y firmeza: “Comunicado número uno. La Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas ha tomado el control operacional del país...” Sigue el redoble del tambor, la melodía característica. Es lo único que se oye repetidamente en las calles desiertas de los pueblos y ciudades. La música marcial tapa cualquier voz. Un espanto sacude al fantasma de Rosquellas. Otra vez Pedro I de Brasil se asocia con la muerte, con el terror. Es ese Don Giovanni que se niega a ir a los infiernos y renace ahora por la venganza, la venganza aristocrática. Es una carga de odio y sangre que desparrama sobre ese grupo faccioso de uniformados transformados en amos y señores de la vida y las gentes que traen un plan premeditado de aniquilar una generación. Un nuevo genocidio se pone en marcha. El miedo gana el Río de la Plata en este confín del mundo mientras suena la marcha de Pedro I una y otra vez interrumpida cada tanto sólo por la lóbrega voz del locutor oficial en sus comunicados numerados que hacen de mojones hacia los centros de tortura y exterminio. El cadáver de Rosquellas

suelta sus lágrimas de muerto. El miedo ha vuelto desde los infiernos. El miedo. El terror armado desde el estado.

-Mariano, cuando llega el acto final, en cada función, tu actuación me estremece. Yo la veo desde el podio, y creo que el público lo percibe igual. Es como si trasmutaras tu personaje en alguien a quien de veras queremos juzgar y castigar por sus iniquidades y sus desvergüenzas – Massoni lanza el comentario mientras estira su cuerpo hacia atrás en la silla del café, punto de encuentro de los artistas al lado del teatro-.

-Pongo en mi mente a un personaje que se lo merece, o a varios – responde Rosquellas con una leve sonrisa cargada de ironía sin apartar su vista de la taza que humea delante de él-.

-Imagino de quien se trata, y no sólo yo, toda la gente lo intuye y por eso aplaude cada vez con mayor entusiasmo.

La tarde se prolonga en el ámbito de aromas de café, de conversaciones amigables y palabras de tono afable casi íntimo.

-Tito –dice Mariano con la vista puesta sobre su amigo Tito Massoni, apoyado con un dejo de amargura- he visto y he sido testigo de la desfachatez del emperador en Brasil, del cinismo del rey de España mandando a fusilar sin piedad al tío de Leticia y tantas injusticias más. Estas figuras, te digo, merecen el mismo final que Mozart preparó para Don Juan. No hago más que remarcar los sentimientos que están en el aire, lo que la gente aspira a ver en la realidad. Que alguna justicia caiga sobre ellos. Creo que Mozart habrá pensado en su intimidad algo parecido.

-Los poderosos tienen justamente eso, poder, que les da inmunidad, e impunidad –es la respuesta escéptica de Massoni-.

-Hasta que la gente explota, como en Francia, y los manda a la guillotina –la mano de Mariano golpea de canto a la mesa imitando con el gesto la caída de la cuchilla-.

-El otro día hablaba con Zapiola y me contaba algo de sus ideas, una sociedad de iguales, me decía.

-Buen muchacho este Josecito. Mira lo que ha sufrido por el sinvergüenza de su padre, y sin embargo, guarda nobles aspiraciones.

-Es una víctima más de esta sociedad tilinga e hipócrita.

-Algunos que se creen aristócratas y lo son sólo en las formas, ni siquiera tienen algo de poder para ejercerlo –ahora la mano de Mariano se cierra en un puño de rabia-.

-Me invita a ir a Chile.

-¿Quiere regresar a su país?

-El vino a conocer a su padre. Ahora sabe que no vale la pena tener alguna relación con él, y siente que su lugar está allá.

-Comprendo. ¿Y tú?

-Es bueno cambiar de aire cada tanto.

-Y vaya que los de acá están enrarecidos.

-Es cierto, no creo que Rivadavia dure mucho en su cargo.

-Todo depende de las gestiones que haga su ministro García allá en Río de Janeiro.

-Verás que al final se hará lo que diga el Foreign Office –lo dice con escepticismo-.

-Ya lo creo –hace una pausa pensando en su amigo y compañero- pero sentiremos mucho tu ausencia.

-Nadie es imprescindible.

Por la calle pasa lento un carro tirado por un caballo, en la vereda de enfrente una dama con vestido largo regresa a su casa seguida por su doméstica y un negro más allá vocea los panes que vende desde un canasto.

Los amigos llevan la vista a través del ventanal, detienen por un momento la conversación como dándose un intervalo, luego vuelven los ojos a la mesa y siguen con su charla.

-¿Lo escuchaste a Dorrego? –dispara Massoni el interrogante cambiando el hilo de la conversación-

-¿Aquel joven militar que desbarató la revuelta de Tagle?

-Sí, y que le perdonó la vida. Es curioso, le dijo que se vaya para que no lo fusilaran, no quería mancharse con sangre.

-Está enfrentado a Rivadavia, quiere llevar a fondo los principios republicanos, donde participen todos y no sólo una pequeña elite.

-Además tiene un plan interesante con el Imperio brasilero. Es de la idea que hay que voltear al emperador y que se formen repúblicas en su lugar.

-Sería un salto adelante.

-Como el ejército del emperador está formado por mercenarios traídos de Europa con la plata de su mujer, piensa usar el mismo argumento y comprarlos con una moneda. Sé que anduvo en alguna tratativa de pagarles para que se rebelen y formen una república independiente en el sur, en Río Grande.

-¡Já! No estaría mal.

-Es audaz. Pero una cosa son soldados que pelean por una paga, y otra son los intereses de los dueños de la tierra. Sabes lo que es enfrentarse al poder de los señores de los cultivos. Oyen la palabra república y se espantan. Perderían a sus esclavos que les trabajan la tierra por nada.

-Bueno, a los estancieros de acá de Buenos Aires tampoco les agrada mucho esas ideas liberales. Se les podrían rebelar los pocos indios que no mataron para trabajarles sus campos.

-¡Y nuestro amigo Zapiola sueña con una sociedad de iguales!

-Podría darse la mano con Dorrego.

-Mis estimados amigos maestros –la voz grave de Vaccani irrumpe entre Rosquellas y Massoni, acercando su figura a la mesa con las manos abiertas en ademán de abrazarlos y una sonrisa festiva dibujada en el rostro-¿acaso están tramando alguna conjura palaciega?

Ambos vuelven la vista, sonrientes también al reconocerlo.

-Ese no es nuestro *métier* –responde Massoni irónico.

-En todo caso son conjuras teatrales – apunta Rosquellas con un guiño cómplice-

El recién llegado acerca una silla, se sienta a la mesa con sus amigos y como en secreto pregunta:

-¿Y qué están planeando? ¿Se puede saber?

Massoni se acerca al oído de Vaccani y tapándose la boca con la mano para hacerlo más misterioso, le dice como un susurro, muy serio:

-Voltear al emperador Pedro.

Una carcajada franca despliega Vaccani.

-Lo hacemos con Don Juan en el teatro –aclara Massoni-.

-Pero cómo, si me acabas de decir que no es vuestro *métier*.

-Bueno, lo sugerimos, damos la idea –aclara Massoni con ironía-.

-No está mal. Después de todo Mozart también lo debe haber pensado. Por algo en la puesta en Viena le sacaron el final donde todos festejan la caída del personaje. Demasiado directo para esos señores, les pareció de mal gusto.

-Que la gente saque sus conclusiones –apunta Rosquellas-.

-En serio ahora, tu personaje es increíble, Mariano. La fuerza que le pones, el compromiso. Pareciera algo personal como lo vives. Es tu mejor actuación, de veras –le dice Vaccani con un gesto de aprobación-.

-Gracias, Miguel.

-¿No creen ustedes que podríamos planear ahora llevar a escena el Otello? –sugiere Massoni-.

-Pero, ¿podremos contar contigo? –le pregunta Rosquellas-.

-Aunque yo no esté, pueden reemplazarme perfectamente. Como te dije, nadie es imprescindible.

-Tito, ¿nos vas a dejar? –le inquiera Vaccani- Ahora que tenemos el teatro y la orquesta funcionando a pleno, y con éxito.

-Zapiola me invita a Chile, creo que es una buena oportunidad, y por otra parte no me gusta el clima que se está creando acá.

-Mr. Rivadavia es un admirador de Mr. Rosquellas –apunta con humor Vaccani-.

-Precisamente, el presidente tiene opositores poderosos, enemigos de cualquier fineza y pueden barrer con todo –razona Massoni con preocupación-.

-Oye, mira, este hombre se propone hablarme en inglés, y soy más castellano que el cocido maragato. Que mi apellido es catalán y le agregaron una a al llegar a Madrid. De origen soy Rosqells por mis abuelos, pero me anotaron Rosquellas en Castilla como mi padre.

-Pero es más elegante ser inglés, hombre.

Los tres amigos siguen con sus bromas y sus palabras cargadas de sarcasmos y de buen humor. Desde la mesa contemplan de a ratos a los paseantes de la calle. Algunos son parte del público habitué del teatro, su teatro. Al cruzar la mirada, intercambian con ellos un gesto de saludo cordial.

-Me dijeron que tu hijo Luisito es todo un artista al teclado –le dice Vaccani a Mariano-.

-Le divierte mucho sentarse a tocar, lo toma como un juego, y yo lo estimulo. Leticia me dice que será un gran artista –responde Mariano-.

-De tal palo tal astilla –dice Massoni-.

-¿Y cuando lo presentarás en sociedad?

-Despacio, despacio. Hay que darle tiempo al tiempo. Por ahora que disfrute con lo que hace, que no lo tome como obligación.

-Tu pequeño niño prodigio, ¿eh?

-Aspiración de todo padre, ver a su hijo realizando su propio sueño – Mariano no oculta la enorme sonrisa de su rostro-.

-Y es seguro que también compone.

-Por supuesto. Toca lo que oye, lo que alcanza a leer y lo que su imaginación y sus dedos le dictan. Y también canta, es muy afinado.

Del otro lado del salón se oyen voces y risas que parten de distintas mesas. Cada una tiene sus temas. En las mesas de billar unos jugadores disputan sus partidas.

-¿Qué les pareció la función del 25 de Mayo? –pregunta Rosquellas a sus dos amigos-.

-Con el presidente en su palco, todo un honor –acota Vaccani-.

-Y la marcha de los brasileros, la de Pedro, que tocamos para festejar la victoria de los nuestros y no la de ellos entrando a las calles de Buenos Aires –dice Massoni con orgullo-.

-Algo no me gusta de esta marcha –dice Rosquellas- No por la música en sí que está muy bien hecha. Es más, les diría que me suena tan bien que dudo que la haya compuesto Pedro. Se la debe haber escrito y arreglado Neukomm, su maestro. Pero hay algo que me lleva a tener presagios funestos sobre esta marcha. La asociarán con la figura presidencial, sí, pero también, quién sabe, con algo terrible para la vida de este país.

Junio de 1827

Sucedió lo que ya se avizoraba. Lo hablamos varias veces con Tito, con Miguel, con todos los amigos. Además es el tema que preocupa a todos. La figura de Rivadavia se desmoronó y existe incertidumbre por lo que puede pasar. No hay más presidente de la república, se nombrará un gobernador de Buenos Aires. La negociación que llevó a cabo el ministro García en Río de Janeiro fue poco menos que vergonzosa, y eso arrastró a todo. Hay indignación. Una guerra ganada en el terreno y perdida por un negociador inescrupuloso.

Tito al fin decidió viajar a Mendoza y luego a Chile. Una pena, pues he perdido no sólo a un gran amigo sino también a quien era el sostén de la orquesta, algo más que su director, su esencia y fundamento, por decirlo de algún modo. Y no sólo él, son varios los que piensan en emigrar. Se percibe una atmósfera inquietante, pareciera que sobrevendrán días difíciles. Con él también fue el amigo Amadeo Gras, violoncelista de la orquesta, y Zapiola, de regreso a su patria.

Por de pronto, y a pesar de todo, del clima que se vive, seguimos con nuestros proyectos y con las funciones que habíamos programado. Empezamos ahora con los ensayos de Otello y esperamos estrenarla en poco tiempo.

A fines de abril, el 26, por la mañana, hicimos un homenaje a las víctimas de la guerra con el Brasil. El dolor de muchas familias se lo merecía. El templo de Santo Domingo, lleno de gente, tenía colgado de sus paredes grandes paños negros en señal de duelo. Se dispuso en la parte central un catafalco con dos cuerpos sobre su pedestal. Había dos banderas argentinas cruzadas, insignias militares y algunos trofeos obtenidos en el campo de batalla. Era un día lluvioso, recuerdo. A pesar de eso, había muchísima gente. Canté en la ceremonia con el sacerdote Picasarri y con Miguel Vaccani. Fue un momento muy emotivo por todo lo que habíamos vivido. Esta guerra ha causado muchos padecimientos, en el pobrerío sobre todo, que es donde se reclutó a los soldados que fueron a poner el cuerpo en la lucha, y es donde están todas las víctimas de nuestro lado, del otro, y son muchos, son soldados mercenarios venidos de Europa por una paga. Los de acá pelean por su tierra, igual que los uruguayos de Lavalleja, los otros por una moneda.

En el escenario, al levantar el telón después de la obertura, se representa el puerto de Venecia. Se espera la llegada del victorioso Otello. Se comentan sus proezas militares sobre el enemigo extranjero, los turcos. El guerrero moro es el héroe de la ciudad. “Viva Otello, viva el prode”, canta el coro. Rosquellas aparece en escena como Otello. Luce un vistoso traje. Un turbante con espléndidos brillantes corona su cabeza. Es el héroe. El público aplaude y ovaciona al cantante. Llueven flores desde los pisos altos. La gente se pone de pie y aclama a su artista. Representa al vencedor del extranjero, aquél de ejércitos imperiales y emperadores guerreros. Es una noche de gloria para Mariano, es la noche del miércoles 22 de agosto

de 1827 en el teatro Coliseo de Buenos Aires. Es el estreno en la ciudad de la ópera rossiniana sobre el drama de Shakespeare.

Desde uno de los palcos también aplaude el general Alvear junto a su esposa. El flamante gobernador de Buenos Aires, recién designado, lo acompaña. Dorrego, quien ha rehusado el rango de general hasta hacerse digno de tal, según sus palabras, acaba de ser nombrado para el cargo por la nueva Legislatura de la ciudad surgida de una elección.

Sin embargo esta escena es recién el comienzo de la función. Luego de la entrada triunfal de Otello seguirán las intrigas palaciegas, las traiciones de Jago y el enfrentamiento con Rodrigo por la mano de Desdémona. Aflorarán los sentimientos racistas de Elmiro, que no quiere ver a su hija casada con un moro. Y al final, todo desemboca en la tragedia. Los celos del extranjero que se siente disminuido por el color de su piel provocan el desenlace. Otello, cegado por el dolor, creyendo infiel a su Desdémona que según él supone lo rechaza, hunde el cuchillo en el corazón de su amada, y luego ante la confesión de Elmiro, de Rodrigo, del Dux, que todo ha sido una tenebrosa intriga, que el amor de ella era verdadero, él mismo se quita la vida con una puñalada.

Historia de traiciones, de confabulaciones, de conspiraciones, de tramas oscuras, de celos, de muerte, es lo que se representa esa noche en el teatro. Un sabor amargo recorre el sentimiento de los espectadores de esa noche. Preanuncio de lo que sobrevendrá.

Las funciones en el teatro se suceden regularmente. La compañía de ópera de Rosquellas continúa exitosamente con sus representaciones. El público llena la sala para aplaudir a Mariano, a Angelita Tanni, a Vaccani, a Viera, y a todos los artistas. La orquesta ahora es dirigida por Miguel Borgaldi, quien reemplaza a Tito Massoni emigrado a Santiago de Chile.

Detrás de la boletería, una pequeña sala abarrotada de papeles, con un escritorio, un par de sillas y unos estantes adosados a las paredes laterales a manera de biblioteca, hacen de despacho u oficina del administrador del teatro, Mariano Rosquellas. Allí se recluye para llevar los papeles, contabilizar lo recaudado y hacer las pagas a los artistas y al personal del teatro. Es mucho el tiempo que pasa allí a diario. Hay funciones de teatro, además de las óperas, y a veces la sala se alquila para charlas y conferencias. Debe ser más cuidadoso ahora que ha perdido el apoyo que tenía desde el gobierno, y que se traducía en una ayuda inestimable. Si bien sigue contando con un público entusiasta y numeroso que paga su entrada, ahora la gobernación ha puesto su interés en otras actividades. En verdad el gobierno tiene urgencias más graves que atender y no cuenta con los recursos que antes poseía, la guerra con el Brasil ha vaciado las arcas oficiales y la situación económica del estado es muy crítica. El gobernador Dorrego ha puesto todo su empeño en terminar de una vez con este conflicto y sellar una paz al menos honorable para salir de esta situación difícil. La suerte del Uruguay ya está echada y dejará de ser una más de las Provincias Unidas para ser un país independiente. Lo que antes fuera el Virreinato del Río de la Plata está desmembrado. La diplomacia inglesa ha hecho bien su tarea.

En el teatro, para adecuarse a los nuevos tiempos, los decorados y la escenografía se reutilizan para cada función intercambiándolos para diferentes obras y ya no se puede pensar en cambios o ampliaciones onerosas. Es necesario ajustar y medir los gastos.

Por entonces, fines de 1827, llega a Buenos Aires desde Chile un cantante y compositor francés, Esteban Versin, recomendado por Zapiola. El trabaja en el conservatorio del maestro francés en Santiago, en la calle de Bandera. El 22 de Noviembre organiza un Gran Concierto Vocal e Instrumental en el Coliseo. Junto a Angelita Tanni, Miguel Vaccani y Juan

Viera cantan arias y dúos de óperas de Cimarosa y Rossini. Versin estrena una “Sinfonía nueva a gran orquesta”, un “Romance francés” y una “Canción Patriótica nueva”. El gobernador Dorrego asiste y aplaude desde un palco. Enseguida el músico francés partirá de regreso a Chile.

Los tiempos han cambiado. El auspicio que se daba a las actividades artísticas desde el gobierno ha desaparecido. No tanto por falta de intenciones sino por la ausencia de medios y la inestabilidad política que se vive.

-Mi estimado maestro Versin, su recital ha sido muy exitoso, pero lamento mucho que haya decidido partir tan pronto y no quedarse para otras actuaciones en esta ciudad –Rosquellas habla desde un sillón desvencijado en la pequeña oficina de la trastienda del teatro-.

-Comprenderá usted que tengo mi conservatorio y mis alumnos en Chile. Por otra parte entiendo que acá es un momento difícil, no sólo por lo que me cuentan, lo percibo –le responde Versin del otro lado del escritorio con una sonrisa amable y resignada-.

-Es cierto. En Santiago está el amigo Zapiola que sé trabaja bien y está muy a gusto con usted.

-Es una buena persona, y un excelente músico. El también regresó a Chile después de un tiempo que estuvo aquí.

-Es así. Y creo que tampoco será el último en salir de Buenos Aires. Tengo noticias también de que a Massoni le va bien allá, y hay otra gente del teatro que piensa hacer lo mismo.

-Parece que allá hay menos convulsión.

-Es que acá la gente del campo, los nuevos dueños de las tierras, será la que tendrá desde ahora mayor peso en el gobierno, y no le interesan estas actividades artísticas ciudadanas, por decirlo de algún modo.

-Pero el gobernador Dorrego estuvo en nuestro concierto.

-El coronel Dorrego es una persona muy especial, y por eso no creo que dure mucho en el cargo. El es un patricio de la ciudad, de vasta cultura, y con un sentido de la justicia original, si cabe el término. Ha viajado mucho, ha visto otros países, habla de elevar el pobrerío, de los sin tierra, de los marginados, en fin de los que son la amplia mayoría de la población. Eso le produce el rechazo de la gente de la ciudad que apoyó al gobierno anterior, los comerciantes y sus socios extranjeros, y por otro lado, también produce el mismo efecto en los estancieros de Buenos Aires.

-Entre dos espadas.

-Tal cual. Fíjese cuando yo llegué acá hace unos años quien gobernaba era un general estanciero, un gaucho bruto, como algunos lo califican, y no hay nada peor cuando se reúnen esas dos aptitudes en una persona, un bruto con poder, pero tenía al lado a un ministro que soñaba hacer de esta ciudad una segunda Londres. Es la ilusión de muchos porteños, seguir siendo europeos en este confín del mundo. Me abrieron todas las puertas, me apoyaron, yo les traía algo de la metrópoli.

-¿Y ahora?

-Ahora se da vuelta la taba, como dicen los gauchos de acá.

-¿Qué es eso?

-Un juego que hacen con el hueso de una vaca. La tiran y depende del lado que caiga se gana o se pierde.

-Parece que cae del otro lado ahora.

-Pero en esencia no cambia el estado de las cosas. Mi amigo, - Rosquellas hace una pequeña pausa, estira su cuerpo hacia atrás en su sillón apoyando sus manos sobre el escritorio, es él el resignado ahora, y

continúa- aquí mandan los intereses de la banca inglesa. A ellos les interesa tener de socios a los estancieros de Buenos Aires, en particular al mayor de ellos, a un señor Rosas. Con él piensan hacer buenos negocios.

-No es el caso de Dorrego.

-Usted lo ha dicho. Por eso no creo que dure mucho en su cargo. El se preocupa por el pobrerió, y ellos no cuentan salvo como fuerza de trabajo.

-Usted estuvo antes en Inglaterra, ¿verdad?

-Allá vi algo parecido. La enorme riqueza producida acumulada por unos pocos, y un ejército de pobres trabajando por una moneda. Acá, un inmenso territorio también en manos de unos pocos, pero a los que sobran, los corren y los matan porque les dicen salvajes. Lo que les interesa es vender afuera, a Inglaterra, sus productos del campo, ese campo que, por otra parte, se lo expropiaron a sus primitivos poseedores, a esos que le llaman salvajes. Y como allá necesitan comida barata, la que se produce en estas tierras, bueno, han hecho un buen arreglo.

-Veo que poco lugar queda para nosotros los artistas.

-Es triste decirlo, pero es así.

-Usted me ayudó mucho, Mariano, sabe que cuenta conmigo siempre. Si puedo hacer algo por usted desde Chile, no dude en hacérmelo saber.

-Le agradezco, Esteban. Aquí tiene su dinero de la función, la recaudación descontado los gastos y la paga de los cantantes y músicos. Le servirá por lo menos para llegar hasta allá.

Versin recibe el sobre que le extiende Rosquellas, se pone de pie, y rodeando el escritorio se acerca y lo estrecha en un gran abrazo.

-A pesar de todo, la gente necesita de la música y del arte. Aun en los peores momentos –le dice Rosquellas-

-¡Ya lo creo!

-Dele un saludo a Zapiola y a Massoni.

-Espero no ser asaltado por el camino –lo dice Versin con ironía mientras guarda el dinero-.

-No, mi amigo, no es tan así como se dice. Ladrones y salteadores de camino hay en todos lados, incluso en Europa, ¿no? Pero por lo que nos contó Zapiola hay que tener más cuidado con los guardias de la frontera que con los llamados salvajes.

Rosquellas regresa caminando a su casa. Desde afuera, al acercarse, oye el sonar del piano. Es su hijo, Luisito, que ha tomado su práctica con mucho entusiasmo. Las notas se diseminan al caer la tarde con la cándida ingenuidad del pequeño que quiere seguir los pasos de su padre. En la puerta, barriendo la vereda, la silueta de Jacoba se recorta sobre la blancura de la pared de la fachada. Parece una bailarina contorneando con sensualidad el movimiento de alguna danza exótica. Ella lo reconoce de lejos y suelta una franca sonrisa, aun más blanca y reluciente que el fondo que tiene su figura.

-Don Mariano, se lo nota preocupado –le dice ella.

-Han cambiado los tiempos, Jacoba. Los que antes veían en esta ciudad el centro de cultura, de las mejores actividades artísticas, el sitio para afincarse y progresar, ahora siguen su camino en busca de otros lugares.

-Todos venimos de lejos pero aquí nos quedamos.

-Muchos no tienen otra elección, los que pueden, se van.

-Eso es más fácil, lo difícil es hacerse uno el lugar aunque cueste.

Mariano apoya su mano con cariño sobre la de Jacoba. La mira largamente en la profundidad de sus ojos negros. Reconoce allí un pasado

de dolor y lucha amasado desde generaciones anteriores. Es otro el molde de ideas que ella lleva. El también viene de tierras remotas, pero fue su elección el venir. Pero, ¿realmente fue así? ¿Acaso no tuvo que escapar de las cortes aristocráticas? ¿Fue su decisión, su voluntad, la que lo trajo, o las circunstancias lo obligaron?

Desde esa hondura ve surgir la fuerza de un viento que hace temblar los árboles, que lleva incontenible pasiones profundas, que arrastra hojas, polvo, ramas, envueltas en un torbellino donde se mezcla la furia del vendaval, la pujanza de tiempos anteriores, la potencia y el empuje de una energía esencial, vital, y un ímpetu vigoroso venido desde el centro mismo de estas tierras, desde el sur. Es el Pampero, al que los navegantes del Río de la Plata temen, del cual los viajeros impenitentes de la gran llanura se buscan proteger. El viento frío, poderoso, recio, duro, inmenso, venido del sur, ladeando follajes, inclinando embarcaciones, curvando el paisaje.

Una música suena al oído de Mariano. Las cuerdas desarrollan con bravura y saltos de arcos una melodía reforzada por los bronce. Una flauta suena apenas tenue para delinear la armonía, el clarinete y el fagot despliegan algunas notas casi desapercibidas y los timbales repican insistentes dando grave dramatismo a la sección.

La Obertura Pampero es la nueva obra orquestal de Rosquellas. En ella dibuja la fortaleza inconmensurable que le da esta tierra, aquella que hace reclinar hasta al más poderoso viajero que cruza el llano, o ladea con peligro a la nave más grande que transita el ancho río argentino.

Esta es una tierra donde confluyen gentes de distintos orígenes, venidos de distintas maneras, razona. El quisiera que sea éste el lugar de permanencia definitivo. ¿Será así?

Después de ese breve instante, sigue su camino y entra en su casa.

18

Febrero de 1828

El 15 de febrero murió James Faunch, el amigo James. Qué tristeza siento al escribir esta frase y despedir para siempre a una persona tan querida, más de la manera inesperada y repentina como sucedió. Cuántas veces, una copa de por medio, habremos conversado, bromeado o reído, a veces recordando nuestro pasado en otras lejanías con penas y nostalgias, otras compartiendo alegrías, júbilos y dicha. Momentos de entusiasmo, de satisfacciones, proyectos, y también otros, porqué no, de disgustos, de pesimismo y desilusión. James fue la primera persona que me recibió en esta ciudad con algo más que amabilidad, como si hubiera tenido el afecto de un amigo que viene de lejos, según me pareció aquella vez. Llegaba yo entonces desde la corte imperial brasilera con un ánimo especial, mezcla de furia y tristeza, y él me prestó su oído para que yo le contara algo de mis desdichas con las que cargaba auestas. Me llegaron sus buenas palabras con gran afecto y luego se encargó de presentarme a la sociedad porteña y a los funcionarios y gobernantes. Ocurrió como si fuera yo un viejo conocido suyo. Era un “gentleman” en la mejor acepción de la palabra, un señor, un “lord” sin título puedo decirlo, aquel que posee la hidalguía, la caballerosidad y la nobleza que distinguen a las mejores personas. Su

manera de actuar era mejor indicio que cualquier abolengo ilustre que pudiera exhibir, no lo necesitaba ni lo tenía.

Pienso en esos términos de nobleza y caballerosidad que se utilizan para elogiar la conducta de un hombre. ¡Cómo traicionan las palabras!, si las personas de lustrosos apellidos son precisamente las que carecen de esas condiciones. Esas virtudes son propias de aquellos que a fuerza de luchar han conseguido lo que tienen. Los otros, los que lo tienen todo regalado desde su cuna, lo único que pueden demostrar es mezquindad, egoísmo, ruindad. Son incapaces de compartir y apreciar lo que les ha llegado sin esfuerzo. Les falta la valoración de lo que cuesta conseguir algo, y mucho menos advertirlo en los otros.

Recuerdo su sonrisa cómplice al día siguiente de mi primera presentación al verme sorprendido en la puerta de mi habitación del hotel frente al “obsequio” que me regalaba la ciudad en nombre de la señora del gobernador. Mi gesto de incredulidad y extrañeza había conmovido su sentido del humor.

Y la ayuda invaluable que me prestó después, a mi regreso, para salir de tal enredo con su gestión ante la máxima autoridad, el ministro de gobierno en persona, para liberar al artista de tanta jerarquía, según sus propias palabras, de esa enojosa situación. Me imagino cómo habrá sido la defensa interpuesta para que aquella señora denunciante tuviera que retirar su acusación, claro que al precio de algún dinero que tuve que aportar, siempre por su sabio consejo, conocedor de las personas con las que tenía que litigar.

No puedo dejar de recordar la generosidad en ofrecirme su salón para los recitales que quisiera organizar, primero allá en su posada frente al Fuerte, y luego, desde hace unos meses, en su nueva edificación a todo lujo cerca del teatro, frente a la Catedral. ¡Qué entusiasmo tenía por su nuevo

hotel! Tampoco pudo disfrutar demasiado de esta nueva versión de su emprendimiento.

No llegaba a los cuarenta años, y se nos fue así, como lo recuerdo ahora, joven, lúcido, animoso, lozano. Ese día 15 de febrero quedará para nosotros como una fecha muy triste, como es la partida de un gran amigo.

Su viuda, Mrs. Morley, a pesar de la pena infinita que debe sentir, tendrá que afrontar con la ayuda de todos los que fuimos allegados de James, esta nueva situación. Y lo hará, la conozco bien. Tiene la templanza necesaria.

Frente a frente los dos hombres conversan cordialmente sentados a una mesa del Café de los Catalanes. A esa hora no son muchas las mesas ocupadas. La tarde hace entrar el sol a través del ventanal externo que da a la calle con un haz de luz que corta el salón. A un costado un par de personas pasa su tiempo en un juego de cartas, más allá otro dormita recostado sobre la pared con el sombrero que le tapa la mitad del rostro, otros juegan en la mesa de billar. Hacia afuera por el ventanal sólo se ve algún caminante aislado y un caballo que pasa montado por un jinete de poncho marrón que al espolear ligeramente al animal para apurar su paso cansino le hace levantar su cabeza tirando de la rienda. La mano firme del jinete dominándolo con seguridad le da prestancia a su figura.

-La vi a Mrs. Faunch con bastante entereza después del entierro de su marido –dice Thomas Love con leve acento inglés-.

-Es verdad, Thomas, la señora Mary es una mujer con mucha fortaleza. O mejor dicho Mrs. Morley, como habrá que nombrarla de ahora en más –le responde Rosquellas a su interlocutor-.

-En cierta forma fue ella quien lo impulsó a James a venir a estas tierras y salir de aquel Londres lleno de enfrentamientos y violencia.

-Conociéndola a ella, no lo dudo que haya sido así.

Rosquellas se acomoda en la silla, lleva la vista a un punto lejano del salón, y sigue sus palabras como una reflexión personal.

-Somos muchos los que nos decidimos a dar este salto en busca de un lugar más promisorio, más igualitario y donde no hubieran títulos aristocráticos. Algo que allá no podíamos encontrar.

-Mariano, comprendo sus palabras, pero créame debería dejar de lado ese encono que guarda todavía. Usted es un hombre de mundo, y en el mundo esos títulos mantienen su poderío aún, y es más, no lo dudo, lo mantendrán por mucho tiempo.

-Es posible que sea como sus palabras lo dicen, pero una vez que se ha vivido algo mejor, difícilmente se quiera volver atrás.

-Sin embargo podría tener mejor público entre aquellos que usted denigra y desprecia.

-¿Lo cree usted?

-Claro, quienes si no ellos tienen hoy los medios suficientes y el mejor nivel cultural para apreciar su arte.

-Thomas, no se trata de nivel cultural mejor o peor, mayor o menor, ni de medios suficientes o poderosos, se trata simplemente de sentir, de emocionarse ante algo. Vea usted, jamás me he sentido mejor aplaudido que en la representación de Don Juan hecha acá en nuestro teatro. La gente de Buenos Aires, desde la platea, desde los palcos, sentía y gozaba en esas funciones soltando todo su rechazo y repudio a los aristócratas extranjeros y al imperio del Brasil. Lo podía percibir en el aire. Son dos países antagónicos, mi amigo. Esta es una República que apunta al futuro, que aspira a tener ciudadanos iguales y libres, allá es una monarquía imperial

decadente asentada sobre esclavos que tratan peor que a animales, diría que aquello es aún más infame que las monarquías europeas.

-Y ahora le pregunto yo, Mariano, ¿cree usted que esta República más igualitaria y progresista a la que alude tiene futuro? Vea lo que pasó con Rivadavia, vea lo que pasa ahora en el estado de disgregación que se encuentra, ¿cree que el coronel Dorrego podrá encauzar esta situación?

-En su pregunta me da su respuesta, mi estimado Thomas, el coronel Dorrego proviene de una familia exiliada de Portugal, tengo entendido por sus ancestros judíos. ¿Acaso allá podría aspirar al lugar social que tiene o a un cargo como el que ostenta? Sé que es difícil al gobernar aunar voluntades diversas, que las rivalidades existen, que los intereses encontrados también existen, pero se manifiestan, se expresan, chocan, no se ocultan ni se reprimen, como lo que vi en la España de Fernando, o en el imperio de Pedro.

-Creo que su argumento confirma mi tesis que el problema de este país es la ausencia de un gobierno fuerte.

-¿Reprimir es tener fuerza?

-Comprendo su visión algo ilusa, si me permite el término. Usted es un artista, sensible, emotivo, pero la realidad es más dura que lo que pretendemos en nuestra visión. Seamos francos y sinceros, más allá de sus nobles y bellas aspiraciones, acá el proyecto está signado por el interés británico en obtener trigo y alimentos baratos destinado a los obreros, o esclavos modernos, mal pagos, que tienen en sus hilanderías y fábricas de Inglaterra. Mínimos sueldos que alcancen para comer por el bajo precio del pan y los alimentos básicos, de manera que permitan la subsistencia desde ya indigna de esa gente. Eso significa mayores ganancias para los burgueses británicos. En ese caso, ¿cuál será su público cuando ese proyecto se defina y asiente? ¿Serán los estancieros de Buenos Aires, los dueños de la tierra, los proveedores de alimentos baratos? Mariano, debe

convenir conmigo que son más ignorantes y brutos que cualquiera de los aristócratas de los que reniega. Esta ciudad que quiere ser la Venecia burguesa, la Londres del Río de la Plata, va al fracaso. Es sólo una ilusión. Serán los intereses de los terratenientes los que se impondrán, los socios menores de los británicos.

-Thomas, me temo que sus palabras tienen gran dosis de verdad.

-Mariano, ¿por qué no regresa a Europa? Allí puede hacer una gran carrera y ser aclamado en los mejores teatros.

-No crea que no lo he pensado, pero hay algo aquí que me retiene.

-¿No será Jacoba? –le dice con ironía-.

Mariano se ríe.

-Hay algo más, es como un sentimiento de pertenencia que uno desarrolla, o quizás esté ahora en la edad en que uno necesita enraizarse, arraigarse como un viejo árbol que quiere dar follaje, sombra protectora, no sé, es difícil explicarlo.

-Mariano, aquí la actividad artística cada día es menor, y en cualquier momento verá que no sólo no será apoyada, sino perseguida. A los estancieros sólo les importan los caballos, las vacas, las plantaciones, y no otra cosa. Impondrán con dureza sus intereses. Lo que usted hace será considerado peligroso. Tarde o temprano tendrá que irse. Es duro lo que le digo, pero así lo veo.

-La sinceridad de sus palabras y su pesimismo con razón me conmueven y me preocupan. No crea que algo de lo que me dice también lo pienso. Pero no es hacia atrás adonde debo ir, no quiero retroceder, no quiero huir como otras veces. Llegado el caso daré un salto hacia adelante, aunque me vaya la vida en eso. Sé que Leticia me acompañará, que el pequeño Luis Pablo es muy pequeño y no tiene otra opción que seguirme también. Por otra parte veo que mi hijo mayor, Mariano, se adapta ya a los

nuevos tiempos, hace su vida independiente de mi y de hecho construye su propio rumbo aquí, muy diferente al mío.

-No es el teatro o el arte su camino, ¿verdad?

-No, para nada.

Se hace una pausa en la conversación. Es un respiro para dirigir la mirada de ambos hacia la calle y ver el paso de una señora con su amplio vestido hasta el piso acompañada de su criada y un lento carro tirado por un caballo que transporta unas bolsas, sus ruedas al girar salpican de barro al costado. Del otro lado del salón, desde las vecinas mesas de billar, les llega el ruido sordo del golpe de los tacos sobre las bolas. Luego de esa breve pausa Mariano toma el resto de café que ha quedado en la taza.

-¿Escuchó de los planes del gobernador Dorrego para terminar de una vez con la guerra contra el imperio? –la pregunta de Thomas Love saca de sus cavilaciones a Rosquellas-

-¿Cuáles? ¿Los de sublevar a los mercenarios en Río Grande, en el sur del imperio, en contra del emperador y formar repúblicas independientes?

-¡El tal Friedrich Bauer y su República de Santa Catarina! ¿No le suena fantasioso? ¿Cree que la diplomacia británica lo permitiría? Ellos quieren países domesticados y divididos, para su provecho, pero por supuesto preservando la autoridad imperial, la necesitan.

-Es cierto, Thomas. Usted es un agudo observador de la realidad y su lógica es irrefutable.

-Por algo me dedico al periodismo.

-¿Pero no es posible otro camino? –pregunta Mariano con la vista perdida hacia el ventanal y la calle apenas desierta, con la certeza de que no tendrá respuesta a su interrogación, más cerca de un ruego que de una consulta.

-Veo que usted se dedica al arte porque es un soñador empedernido.

Junio de 1828

A fines de mayo, el 31, estrenamos *Tancredi*. Los éxitos y Rossini siempre presentes en el teatro y con una actividad que sigue su curso a pesar de los acontecimientos. Angelita en su papel de Amenaide fue aclamada como la gran actriz y cantante que es. El público la quiere como su gran *prima donna*. Basta que aparezca en escena y ya le caen los aplausos de todos los rincones.

En Febrero, poco antes de la amarga noticia de la muerte de James, habíamos puesto en escena un drama sin demasiada trascendencia ni repercusión, *Armida y Reinaldo*.

Pero el movimiento en el teatro decrece. Las palabras que le escuché a Thomas Love aquella tarde en el café después del entierro de James parece que se confirmaran. Debo admitir que los intereses británicos son fuertes y terminarán por imponerse. A pesar de todo conseguirán lo que se proponen. Cada vez se hace más insostenible la situación del gobierno local y sus aspiraciones. Un clima de incertidumbre, de presagios sombríos, es lo que se avizora.

Otra negra noticia me llega tardíamente desde Madrid, después de más de un año que sucediera. Los barcos y las noticias demoran más de la cuenta en llegar hasta este lejano puerto del sur. Parece que hoy las sombras de la muerte se empeñan en ensañarse sobre mi y lo que me rodea y me envuelven con su manto de pesadumbre. Por eso habrá tardado tanto tiempo en llegarme esa noticia y recibirla ahora cuando es más difícil sobrellevarla.

Mi hermano Andrés, quien fuera mi guía y mi sostén en un momento de mi vida, quien me pusiera en este camino de la música, del arte, de la creación, del violín, murió el 9 de Febrero del año pasado, 1827. Largos e intrincados son los caminos de la vida, su trayecto y su final, podría decirlo de este modo un religioso, que no lo soy. Pareciera que el destino se encarga de llevar a cada cual por distintos senderos, y si bien uno elige en cada coyuntura pues tiene el deber de hacerlo para ser libre, al mismo tiempo que busca y opta, imprimiendo así la tierra con la huella propia de la íntima decisión, uno queda de igual modo marcado por la circunstancia, muchas veces herido y lastimado. Luego, ya al final, querido hermano, y te lo digo dondequiera te encuentres, en algún momento los pasos diversos se unen, entonces inevitablemente terminaremos por reencontrarnos.

Escribo estas líneas y un hondo pesar me rodea y me envuelve. En otro momento estas noticias funestas podría tomarlas con otro ánimo y admitirlas mejor, pero se unen a los tiempos aciagos y sombríos que empezamos a vivir en esta ciudad. Intuyo que algo nefasto y desdichado sucederá, y no ya por fuerzas extrañas, desde afuera, sino por lo que aquí se incuba. Como el final del libreto de una ópera trágica.

En la puerta del teatro y sus laterales varios carteles anuncian el estreno de una nueva ópera de Rossini, *La Gazza Ladra*. Será el 29 de Noviembre. La compañía de Rosquellas trae siempre las novedades artísticas a la ciudad, pero esta vez ellas no ocupan el mismo interés en el público porteño, otros hechos graves sacuden el ánimo de la gente. No es la guerra con el Brasil que después de mucho tiempo, y por fin, ha terminado, son sus secuelas. Lo que podría ser un alivio, provoca descontento. Los intereses británicos se han impuesto nuevamente: la Banda Oriental será una república independiente según el tratado aprobado un par de meses antes. Los intentos del gobernador Dorrego por llegar a otro final fracasaron. ¿Quién es el culpable? Las presiones internas y externas para llegar a ese acuerdo deshonoroso a pesar de las victorias militares fueron de tal magnitud que terminaron por imponerse. Ni los estancieros de Buenos Aires ni los británicos querían la prolongación del conflicto.

Las tropas comandadas por el general Lavalle llegan a la ciudad un par de días antes del estreno de la nueva ópera anunciada. Después de años de lucha, en ese regreso hay un sentimiento de desazón que traen los soldados y oficiales y se expande a quienes los reciben. Es sencillo dirigir esa frustración al gobernante, aunque esa persona haya sido el principal impulsor de otra solución. Por otra parte el gobernador Dorrego es un experto en ganarse enemigos. Su personalidad, frontal, mordaz,

provocadora, lo hace merecedor de tales actitudes. Pero sobre todo no despierta ninguna simpatía en las clases altas de la ciudad. Al contrario, ha buscado siempre el apoyo del pobrerío, y eso despierta grandes recelos.

Descontento, decepción, disgusto, enojo, es lo que ronda en el ánimo de aquellos que a esta hora se sienten derrotados. Y además, por si esto fuera poco, quien gobierna es alguien que traiciona los valores de las familias patricias de la ciudad. Todo el disgusto se dirige a una persona, el gobernador Dorrego. Sus enemigos, que los tiene, muchos y poderosos, orientan contra él toda la furia contenida. Es el centro de la rabia y la ira de los recién llegados, de sus familias, sus amigos, sus allegados, de mucha gente en la ciudad.

En este clima, poco entusiasmo hay para seguir el argumento de embrollos alrededor de un pájaro, una urraca, ladrona. Casi no hay lugar para una sonrisa, o un enredo amoroso tramado alrededor de un equívoco poco trascendente. El drama ahora se desarrolla en las calles de la ciudad, no en el escenario del teatro.

La función teatral pasa sin mayor repercusión, poco es el público que se acerca a la sala. Otros acontecimientos tienen mayor resonancia por esos días en la ciudad. Se suceden las conversaciones, el descontento de la gente ilustrada se canaliza a través de quien, por su condición de general y de tener el mando de tropas, es el que puede actuar en consecuencia. La tragedia comienza a armarse.

Hay un viento negro de furia que circula, y lo hacen circular, por las calles. Alguna gente se reúne en la plaza frente a la Catedral, discuten, agitan su ira. La indignación llena sus palabras. El centro adonde está dirigida es la autoridad legal.

El 1º de diciembre el general Lavalle se subleva contra el gobernador de acuerdo a un plan tramado la noche anterior con un grupo de complotados. Todas las tropas le responden. La población, es decir, quienes

se sienten injuriados por el gobernador Dorrego, los sectores altos, salen a las calles a apoyar al general sedicioso. No sólo hay que sacar de en medio a quien se culpa por un mal arreglo con el Brasil, sino a quien se apoya en la chusma, en los rotosos, en la plebe, para su gobierno. Es necesario poner orden.

En una reunión de vecinos en el atrio de la capilla de San Roque del templo de los franciscanos, en el centro de la ciudad, el gentío reunido, no más de una centena de personas, decide a viva voz destituir a la Legislatura surgida de elecciones y al gobernador legítimo designado por ella y proclamar en su reemplazo al general Lavalle, tal como se lo había propuesto ese pequeño grupo de sediciosos en la noche anterior, en aquella reunión secreta.

El gobernador legítimo, Dorrego, sale a buscar apoyos, y no los encuentra. Son muchos los enemigos que ha hecho, se ha quedado sólo. Se dirige a la provincia de Buenos Aires, busca a quien cree puede ayudarlo, don Juan Manuel de Rosas, el hombre fuerte, el estanciero poderoso, federal como él, pero tampoco logra ese apoyo, éste le dice que busque ayuda en los gobernadores de otras provincias. El 9 de diciembre su pequeña guardia leal cae derrotada en Navarro ante los sublevados y huye desbandada. Al día siguiente es tomado prisionero.

Tres días después, el 13 de diciembre, se consuma la tragedia, Dorrego es fusilado por orden expresa del general Lavalle. Algunos quisieron evitarlo, otros lo impulsaron decididamente.

Diciembre de 1828

Ha ocurrido algo muy desdichado. El odio ha empujado a un hecho ominoso. Primero la consumación del golpe y luego, el crimen de quien era

la autoridad legal. Actos que crean funestos precedentes. ¿Tendrán conciencia de ello quienes han llevado a este general a tan terrible decisión? Viene a mi memoria la figura del tío de Leticia y su final allá en España. Parece repetirse esa actitud autoritaria, represiva, y en el fondo pretendidamente irresponsable. Un grupo que para imponer su voluntad sobre los demás descarga su odio delegando la responsabilidad de la orden de fusilar o asesinar en una autoridad incapaz, débil, que no mide consecuencias, que cree que ésa es la manera de aplicar su jerarquía y su potestad para obtener poder, azuzado por ese entorno ávido de dominio y superioridad. Es la prepotencia de unos pocos encarnada en la figura de un militar irreflexivo e insensato que para imponer una supremacía utiliza el miedo como arma. Matan a una persona. Sojuzgan con su orden injusto. ¿Creerán que así se puede gobernar, que ése es el modo?

Vislumbro tiempos difíciles para el futuro, pues estos hechos tarde o temprano se vuelven contra quienes lo provocan y con ellos quedan signados para siempre. El fantasma de quien mataron los perseguirá eternamente como aquel de Don Pedro, el Comendador de Sevilla, que andando el tiempo viene a pedir cuentas a Don Juan que se cree impune. Otra vez aquella representación que hicimos hace poco en la escena refleja el drama que se vive.

Es curioso, y es indicativo de la diferencia de proceder y de estatura moral de uno y de otros. Antes, el mismo Dorrego perdonó a quien ahora aparece como uno de los instigadores de su asesinato, Gregorio Tagle. Recuerdo fue cuando recién llegaba a esta ciudad. En la misma situación, pero ubicados los personajes en lugares opuestos. Después de la revuelta fallida que encabezara Tagle y habiéndolo tomado prisionero, Dorrego lo lleva fuera de la ciudad y le dice que escape, no quería mancharse con la sangre de un caído, un derrotado. Ahora, años después, este canalla, no tengo otra forma de nombrarlo, fue uno de los que más incitó a Lavalle

para que mandara a fusilar a quien una vez lo perdonara. Y este señor Tagle se dice defensor de lo religioso. Bendita religión. Sólo sirve para justificar las miserias humanas.

A las puertas del teatro, como todos los días, se ven movimientos de personas y carros.

-¡Maestro Rosquellas, qué momento para encontrarnos y saludarlo! – el hombre cabecea y se inclina levemente con cortesía al cruzarse en la calle, a pocos pasos de la entrada del Coliseo-.

-Florencio –le responde Rosquellas al reconocerlo- estos días estuve poco por aquí y más en mi casa.

-No lo vi en las reuniones del atrio de la capilla de San Roque. Fueron muy importantes.

-No, realmente no fui.

-Pero, ¡cómo!, definíamos allí el destino de la patria. Todas las personas de bien estuvimos presentes. Era necesario contar con todos.

-¿Todos?

(Me imagino que debe referirse a todos los de su nivel social, es un “todos” bien delimitado), piensa para sí Mariano.

-Sí, claro. Todos los hombres de bien –aclarar el hombre-.

-Estuve más en mis tareas propias alrededor de la música, componer, tocar el violín...

-Pero estos son tiempos de acción, para estar en la calle y poner el orden necesario para que vuelva este país a su senda de progreso y orden – le interrumpe en forma enérgica Florencio-.

-Sabe que no me gusta involucrarme en este tipo de movimientos – replica Rosquellas en tono calmo-.

-¿Porqué?

-Los dramas y las tragedias las represento en el escenario.

-¿Drama?, ¿tragedia? Si se refiere al final de ese personajuelo que teníamos de gobernador, bien merecido se lo tiene. El general Lavalle hizo un acto de justicia. El, como la chusma debe estar en su lugar, en el barro o en un pozo.

-En el teatro, los músicos de la orquesta también están abajo, abajo del escenario, y sin embargo son necesarios, qué digo, imprescindibles. Sin ellos, los actores, los cantantes, no tendrían en quien apoyarse.

-Me extrañan sus palabras, no parecen las de un caballero inglés.

-Discúlpeme, Florencio, pero veo esto con una gran tristeza y preocupación.

-¿No serán influencias de su Jacoba? –sonríe con maligna ironía- Vamos, Mariano, usted es un gran artista, muchos ven en usted un símbolo de la cultura de esta ciudad, no puede estar al margen de la gente culta y civilizada.

Mariano queda en silencio. Sólo atina a devolver el saludo, confundido, y seguir su camino. Florencio, la persona con quien se ha cruzado, queda mirándolo con un gesto de incredulidad y desprecio.

Los pasos de Mariano no lo llevan a su casa. Quiere caminar sin rumbo, acomodar sus pensamientos, tratar de comprender mejor estos últimos sucesos. Es un día de sol, casi sin nubes, con un poco de calor que preanuncia el verano porteño. Cruza la plaza del 25 de Mayo, algunos jinetes y un carro con sus ruedas chirriantes pasan por las calles laterales. Como siempre los comerciantes de la Recoba ofrecen sus productos y el olor a comida sale de las fondas donde se sirven platos del día. Nadie parece advertir la gravedad de lo que ha ocurrido, del crimen que abre un tajo profundo en lo que quiere ser esta República, el abismo adonde se sumerge y de donde serán necesarios muchos años para salir. Nadie lo

percibe, piensa Rosquellas, pero él ha visto y ha padecido situaciones parecidas en Europa. Tristeza y desazón lo llenan. Al llegar años atrás había imaginado otra realidad, otro futuro, para esta ciudad. Ahora le atraviesan presagios sombríos sobre lo que puede venir.

El horizonte del río le hace llevar la vista a la distancia, perdida en el azul marrón del agua. Es por donde él vino años atrás, la dirección que él percibe donde está el pasado. Hacia el lado contrario ve el otro paisaje de la pampa, el interior del continente desconocido.

A lo lejos escucha una voz familiar entonando unos versos apoyada por una guitarra de pobre timbre, como su dueño. Sentado sobre una piedra, debajo de la sombra protectora de un sauce, el amigo carrero, el gaucho con quien ha hablado muchas veces a orillas del río, canta lo que le llaman un cielito acompañándose de su vieja guitarra.

*Cielito y cielo nublado
por la muerte de Dorrego
Enlútense las provincias
Lloren cantando este cielo*

Su canto se despliega al viento como una letanía, lánguida y triste. El árbol le sirve de refugio. A un costado, un pequeño caldero, una pava, sobre unos leños que se queman en brasas al rojo, calienta el agua para el mate que lo acompaña. Se acerca y el hombre al divisarlo lo invita a su pequeño ámbito.

-Maestro, qué gusto verlo por acá, -le saluda tapando casi con vergüenza el sonar de las cuerdas- pero discúlpeme por el canto desafinado y el temple penoso de esta guitarrita humilde de un pobre.

-Al contrario, mi amigo, es una música sencilla y honesta -hace un respiro- qué digo, valiosa, y suena bien por eso.

-A los pobres nos va mal, y ahora con este general, peor.

-Es cierto, a veces me parece que la historia se repite. Como si se volviera a algo que ya creía haber dejado atrás.

-Usted viene de lejos, ha visto otros cielos, otros mundos, ¿allá también se ven estas cosas?

-Peores.

-Los poderosos que se ensañan con los pobres.

-Es la forma de imponerse a los demás, mi amigo, con el miedo. Al asesinar a un gobernante querido por los de abajo mediante una ceremonia administrativa como si fuera legal, se pretende quebrar sus voluntades.

-En el teatro habrá representado papeles parecidos, ¿no?

-Allí sólo son representaciones, parecen ficciones, pero son viejas historias, algunas tan antiguas como la humanidad. En el fondo es siempre lo mismo, la utilización del miedo como arma de doblegar los espíritus e imponer el orden de los poderosos.

El gaucho toma el pequeño caldero con agua caliente, su pava, llena el mate y se lo ofrece al visitante. Este le acepta tomándolo con ambas manos y mientras sorbe tomando el pico de la bombilla entre sus labios, oye el comentario del carrero.

-Hay anda el Señor Rosas con su tropa, parece que él les pondrá límite a estos salvajes unitarios.

-Dijo bien amigo, el Señor, aquel que le da protección a los humildes. Eso también lo vi en Europa –le responde con ironía-. El dueño de las tierras y sus siervos. Aquí él quiere venderles a los ingleses directamente y hacer su propio beneficio.

-Estamos embromados por donde se mire, don Mariano, parece. Pero usted tiene su público y puede seguir haciendo lo suyo.

-No lo crea, para imponer el miedo no deben dejar pensar. Ya nos perseguirán a nosotros también.

-No, don Mariano, no diga eso, tierra adentro hay gente que lo va a valorar.

Rosquellas, al devolverle el mate, lo mira con una leve sonrisa dibujada, como si este hombre humilde le abriera una pequeña puerta de esperanza. Dirige su vista hacia el este, hacia la llanura infinita. ¿Será para allá?

-El teatro, al arte, la música, no les conviene, es peligroso, ayuda a pensar –dice casi para sí-.

El carrero viéndolo pensativo y preocupado le dice:

-Siempre habrá oídos para grandes músicos y artistas como usted.

Hay que buscarlos, piensa Mariano en su intimidad, volviendo su vista al gaucho amigo.

20

Una y otra vez vuelve con sus manos sobre el teclado alrededor de la idea que sobrevuela insistente por sus oídos en los últimos días. Toca algunas notas, esboza el tema, vuelve a empezar, quiere darle una forma definitiva a lo que puede ser una parte sustancial de este nuevo proyecto.

Hay un entusiasmo que lo invade por componer una gran obra, una música que justifique y corone estos últimos años en la ciudad que tan bien lo recibió antes y lo cobija ahora, aunque transcurrieran tiempos buenos o tiempos difíciles. Imita el repique de algunos toques marciales con la intención de describir una batalla, un enfrentamiento entre dos ejércitos, dos bandos enemigos. Debería aparecer alguna melodía reconocible para identificarlos, supone.

Algo parecido se representó en Europa hace tiempo, cuando él todavía vivía allá, en torno a la victoria del General Wellington sobre José Bonaparte en la batalla de Vitoria. Beethoven la había hecho música a modo de celebración, agregando un extraño y novedoso instrumento para imitar los estampidos de los cañones. Si bien la obra no era muy extensa, no más de un cuarto de hora, resultó una sinfonía o fantasía sinfónica como le llamó, de gran éxito y de enorme popularidad, aunque el mismo Beethoven se encargara de decir que carecía de valor y era perfectamente olvidable.

El también quiere hacer algo similar a gran orquesta y con agregados parecidos. Será su gran obra, recordar la batalla de Ayacucho. Un episodio que él quiere honrar, el último eslabón en la lucha por la independencia americana, esa gran gesta por formar un nuevo país libre, igualitario y republicano en el continente con los grandes ideales de la humanidad puestos en este suelo, un acontecimiento tal vez más valioso para la historia que la batalla de Vitoria. Ahora ve con tristeza sólo la lucha entre dos facciones enfrentadas, alejadas de aquellas nobles aspiraciones libertarias, azuzadas sin escrúpulos por la diplomacia británica en su provecho, con el sólo fin de ver quien será su representante en lo que ya semeja su colonia.

Se tomará su tiempo para concretar esta empresa, es una tarea larga y compleja. Por ahora es sólo una idea que le da vueltas en su cabeza.

Levanta la vista y ve otro papel sobre el atril del piano con escritos musicales que no son suyos, echa mano de él, lo ojea. Ve en ellos una caligrafía infantil, pero con rasgos firmes. Son los primeros ejercicios de su pequeño Luis Pablo. No sólo tiene habilidades para tocar, pondera, sino también posee una imaginación creadora abierta y rica que él se ha preocupado por desarrollar. Está anotado allí algún pequeño vals, la frase inicial de un minué y una simple melodía para desarrollar.

El niño toma clases de música, además, con otro maestro, colega y amigo, don Esteban Massini. De a poco se modela su personalidad de artista. Entre juegos, la música es un juego más. Podrá servirle como profesión, se entusiasma, o también imagina podrá más adelante formarse en otras ciencias y llevar el arte como un complemento a su actividad. Ya lo verá él cuando sea mayor, razona. Por ahora lo toma con alegría y naturalidad, no como una obligación, y él tampoco quiere que lo sea. No pretende hacerlo un niño prodigio, de los tantos que ha visto en las cortes europeas, paseado por sus padres con la sola finalidad de satisfacer

vanidades y abultar su beneficio. Que lo disfrute, es lo mismo que le dicen sus allegados de esta pequeña ciudad del sur, alejada de cortes aristocráticas y hábitos palaciegos, sin forzarlo a pesadas actuaciones cargadas de tensión que lo llevarían a odiar todo esto que ahora lo hace con espontaneidad y gozo. La música debe ser para él una travesura, una fiesta, una diversión. Ya habrá tiempo para lo contrario en la vida. O quizás para entonces otras sean sus ocupaciones, conjetura.

Se abre la puerta y entre las sombras divisa la cálida blancura de la sonrisa de Jacoba enmarcada en sus pulposos labios, amplios y plenos de perceptible y efusivo cariño. Desde sus grandes y redondos ojos cree percibir una ligera y gozosa caricia en la mirada. La mano oscura sobre el picaporte exhala un destello de suavidad que le señala a su imaginación una quimera ideal donde él se reconoce. Ella queda en la puerta sin animarse a entrar, como pidiendo permiso para hacerlo. El, con un breve gesto, la invita a su ámbito, aquel donde sus sueños creativos, día a día, noche a noche, divagan hasta llegar al papel y al teclado de su piano. Es ella, quizás, parte de sus ficciones, sus ilusiones, y también sus deseos, lo sabe, en ese lugar.

Como una blanda brisa, grácil y sutil, se desplaza hasta donde él está, sentado en la banqueta al lado del piano. Algunos papeles han quedado desordenados sobre el atril del piano, otros en el piso, olvidados ya ante este acontecimiento poco sorpresivo y a menudo esperado. El la mira sin decir nada, simplemente deja resbalar sus ojos sobre ese cuerpo apenas redondeado, joven y femenino. Es un instante que parece durar un infinito de presencia, lo comprueba sin proponérselo. Se miran, ella entrecierra sus ojos y se deja rozar con aparente descuido por un halo ávido de encanto. Surge sin extrañeza la expresión de quien cree ser el creador de los sueños y las ilusiones en el mundo de los dones y las ofrendas. Es apenas un

ademán que no reconoce otro gesto sugerido desde el silencio. Es una afirmación lánguida, inexpresiva, pero comunicativa y deseosa de algo inasible, sutil y tenue. Como si ella y él remontaran a tiempos idos, arcaicos, de ancestros antiguos olvidados en lo profundo de la memoria, y que ahora pretenden ser evocados como un vendaval de agonías no resueltas, ineludibles, inmarcesibles e imperecederas, arrancados como frescos y lozanos frutos de tiempos ignotos, lejanos, pero eternos e inmortales.

Apenas acercan sus cuerpos, sin pensarlo, a puro arrebató, para llegar a rodearse de la misma aura que los envuelve en un solo abrazo. Unos labios buscan otros labios y entre ellos se sucede una confluencia de ímpetu y furia enajenada, en exasperante transporte para un rapto inaudito hacia lo hondo, lo oculto e íntimo, como si una penetrante saciedad de hallazgos intemporales llevara a lo más sorprendente de la substancia.

Ella recuesta su contorno en la blandura de un ruedo vago para servirle de apoyo al peregrino, persistente vagabundo de mundos transitorios, eterno buscador de la forma perfecta y los silencios inexistentes y lo guía tras los sonos y las melodías encantadas a esa tierra de la utopía creadora. Será la llave que le abrirá las puertas de un cielo cargado de notas en perfecta afinación como estrellas fugaces en diáspora permanente. Un cauce abierto, amplio y dilatado se abre al torrente imaginativo de puntos y colores asombrosos en libre complicidad de pausas, ritmos y destellos de simétrica regularidad. Ella lo sabe, lo presente, lo confirma.

Asoman espejismos de una larga jornada resuelta como una alucinación inacabable, sostenida en el tiempo en el sopor extraño de una entelequia. Irrealidad eterna en el parecido final de ese aturdimiento, ansioso, único e irrepetible.

Serena placidez subyugada por una calma tranquila donde el alivio certero es sólo alterado por el tintinear de una campana lejana, distante, apartada, y solitaria en su sonar.

Final de acordes suaves, apacibles y mansos en leve decrecer hacia un ligero pianísimo, volátil y sutil.

Devenir de tiempos sin tiempo.

Transcurso hacia la nada.

Ruego sin mención.

Dualidad perenne.

Unos golpes en la puerta lo despiertan del sopor letárgico en que había quedado sumido. Alguien habla, vocifera, golpea nuevamente, nervioso y alterado. Con cansada lentitud se levanta, camina los pasos por el corredor hasta llegar a la puerta de entrada.

La abre y ve a su vecino, Antonio, con la vista desencajada y una expresión entre excitada y aturdida. Alcanza a soltarle desde su agitación sólo un par de frases entrecortadas.

-Don Mariano, Rosas será el próximo gobernador, lo designó la Legislatura.

-Bueno, cálmese don Antonio, ya estamos acostumbrados a estos cambios de gobierno –intenta aplacarlo en tono pausado-.

-¿Le parece que no es para preocuparse? Le han dado amplios poderes, como él quería.

-Sí, hombre. Tranquilícese, el mundo sigue andando –dice estas palabras mientras internamente empieza a medir las consecuencias de la novedad que le ha traído su vecino, ¿será como acaba de decirle o tendrá otras consecuencias azarosas?-.

-Pero la ciudad quedará a merced de los bárbaros.

-De este lado tampoco fueron muy civilizados, ¿no?

Antonio queda sin poder dar respuesta, y Mariano tampoco tiene mayor argumentación.

Al fondo de la calle un grupo de personas andrajosas vocifera y grita vivas a la santa federación y un estremecedor muera a los salvajes unitarios, mientras agitan cañas a manera de lanza con cintas y banderas rojas punzó atadas en sus extremos. Los dos vecinos llevan la vista a la manifestación y luego se miran entre sí, sin hacer comentario, su mudez es por demás elocuente.

Le da la mano, lo palmea en el hombro para darle serenidad y con una breve sonrisa forzada en vana demostración de calma, da vuelta y regresa por el pasillo hacia su habitación de estudio.

Se sienta al piano y como un animal furioso y embravecido descarga un acorde en el teclado duro, tenso, sombrío. Luego, queda pensativo.

Ese acorde puede ser el inicial de su sinfonía. O el final de una época.

Enero de 1830

Los últimos meses del año pasado han sido de gran actividad en el teatro, pero quizás sean, como el canto del cisne, los últimos. Mucho ha cambiado Buenos Aires desde mi llegada, tan lejana ahora como la recuerdo. Lo que pareció ser en ese primer momento una aventura insensata y audaz, luego fue una etapa plena de realizaciones, éxitos y alegrías, a veces también de sinsabores, pero debo decir no muchos. En verdad no pasaron tantos años, pero la vida es así, cambiante, y lo que

parece duradero, pronto se torna efímero sin darnos cuenta, o cargado de incertidumbre como intuyo que puede ser el futuro próximo.

Creí que la llegada de Teresa Schieroni, cantante italiana de gran prestigio, y todo el elenco que la acompañaba, allá por octubre, significarían un nuevo impulso a la actividad musical y operística, pero las condiciones en que nos desenvolvíamos cambiaron. Lamento por ellos, pues el talento y la capacidad que demostraron son indudables y es mucho más lo que podrían haber hecho. No es un problema de artistas y las funciones del teatro, es la realidad que vivimos.

Tratamos de aprovechar al máximo las posibilidades, incluso alternando nuestras presentaciones con la de ellos, pero hay algo en el público, hay algo en el aire, en el ambiente, que me lleva a tener cierta desazón sobre cómo será lo que vendrá.

Schieroni es una gran contralto y su acompañante, Margarita Caravaglia, con quien hace más que un dúo, sabe lucirse como pianista y también como cantante en el mismo registro de su compañera. Por momentos semejan más una pareja, y no sólo en lo artístico.

Con ellas actúa Domingo Pizzoni, bajo que sin saber tanta música, se desempeña bastante bien. Joaquín Vettali, en el mismo registro, tiene incuestionablemente mucha mejor formación. Como tenor figura Agustín Miró, pero quien es la figura máxima del elenco es sin duda Miguel Vaccani.

Para marcar alguna diferencia, periodistas y público denominaron a este elenco como la “Compañía Vaccani”, y a la nuestra, como la “Compañía Tanni”, por nuestra *prima donna* Angelita Tanni.

Reviso los programas impresos que tengo aquí sobre la mesa y compruebo una verdadera seguidilla de funciones. En tan poco tiempo ellos pusieron en escena *L’Italiana in Algeri*, primero el 28 de octubre y por segunda vez el 4 de noviembre. Luego con Tanni, el 20 de ese mes,

hicimos *Tancredi*. Dos días después, el 22, Vaccani y Schieroni en otra función repitieron por tercera vez la misma ópera, y seguimos luego nosotros con *El Barbero de Sevilla*, el 27 de noviembre. A continuación, casi a fin de año, el 23 de diciembre, Schieroni y Vaccani ofrecieron *La Gazza Ladra*. Por nuestra parte el 8 y el 27 de ese mes presentamos nuevamente *Otello*. Y por último el 15 de enero con los Tanni representamos *Tancredi*. Creo que ésta será la última función de ópera que habrá por largo tiempo en la ciudad.

Schieroni y sus compañeros han formado un grupo compacto y de sólida amistad entre ellos. Se llaman algo así como “Corps d’Opera Ambulant” y piensan en poco tiempo viajar a Chile y después recorrer otras tierras en el Oriente de las que les han hablado muy bien, donde tendrían muy buenas perspectivas de trabajo.

Sin duda tienen un gran espíritu de equipo y de compañerismo. Esa actitud la tuvieron tanto Teresa como María desde el primer momento y lo han volcado en ese grupo. Ellas estuvieron siempre presentes en la platea en cada una de nuestras funciones. Se habla mucho de divismo, de egolatría, de soberbia o envanecimiento en el ámbito de los cantantes de ópera, pero ellas desmienten todo eso con la actitud de camaradería y afecto que demuestran a cada momento. Son cosas que merecen remarcar. Lo mismo en sus socios de la compañía que han recogido esa virtud.

Fue en la función del 17 de octubre, señalo la fecha con precisión porque tengo a la vista la crónica que escribió el amigo Thomas Love en el *British Packet* unos días después, nosotros representábamos *Tancredi*, y ellas, recién llegadas de Montevideo, ocuparon uno de los palcos. Su presencia en la sala fue muy comentada, y así lo relata la nota. Por otro lado también estaban el almirante Brown y su familia. De ese modo fue su presentación en el teatro, como alguien más del público. La misma

presencia la tuvieron en otras funciones posteriores, acompañando nuestras actuaciones como una forma de brindar su apoyo.

Me dicen ahora de su idea de seguir viaje a Chile. Vaccani también se va. Antes ya lo hizo Massoni, quien parece abrió ese camino.

En nada puedo oponerme. Quizás todo esto no sea más que un mal momento y pronto todo vuelva a ser como era antes. ¡Quién lo sabe!

Sólo los progresos de Luisito en el piano y sus pequeñas composiciones son los que me llenan de alegría en estos tiempos aciagos y avistar algo de esperanza.

Por ahora la vida musical y artística de Buenos Aires ha cambiado enormemente. Se mantienen, si, las reuniones en alguna casa de familia alrededor de un piano, una guitarra, con cantos, bailes y la conversación amena y franca. Conciertos públicos hay muy pocos, salvo alguna función en el teatro. Todo se ha reducido. Pareciera que el miedo se ha adueñado de las calles.

Además de todo esto, y para agregarnos mayor contrariedad un matrimonio inglés, apoyados por unos parientes de Leticia a quienes bien ayudamos en su momento, nos han planteado una serie de problemas y acusaciones ante el cónsul inglés que prefiero no explicitarlos aquí. Sería muy largo de relatarlos y duele hacerlo en esta crónica escrita. Añade esto más dificultades y complicaciones a nuestra vida, de por si ya conflictiva en estos tiempos.

21

Con la reducción de la actividad en el teatro, el tiempo libre que ahora tiene Rosquellas lo utiliza en largas caminatas por la ciudad y sus alrededores. Advierte los cambios ocurridos desde que llegara aquella primera vez unos años antes, en realidad no muchos, pero que le parecen tantos como el recorrido de una vida. De ser un extranjero se ha convertido en uno más de sus habitantes, es una tierra generosa que se abre a quienes vienen de afuera como él, los incorpora y los asimila. Es la amplitud de ese espacio sinfín la que genera en sus pobladores esa actitud abierta, piensa para sí. Pero también ha percibido que para unos pocos es diferente: quieren tomarlo todo. La tierra, lo que debiera ser el lugar común de todos, es ahora visto por ellos como la riqueza a conquistar. Los tesoros de plata con que soñaban quienes así nombraron este río provienen en verdad de la tierra, lo saben, es de donde salen los productos que venderán a los europeos, específicamente a los ingleses, para quienes deben producir, y los nuevos dueños de la tierra, unos pocos, serán los beneficiarios. Los que se apropian de la tierra saben que ese será el secreto de su fortuna, de eso que buscaban sus antepasados españoles al venir al nuevo continente.

A veces en sus paseos se acerca hasta la costa del río, el horizonte de agua le permite librar su imaginación y madurar sus pensamientos. Hace tiempo que no ve a su amigo el carrero, el gaucho a quien solía ver cerca de la ribera, debajo de un arbolito, con su mate compartido, cordial y

amistoso, y sus observaciones siempre atinadas y rápidas en la respuesta. Se habrá mudado a otras regiones, imagina. O se lo habrán llevado por la fuerza a servir en los fortines, como ha escuchado son las disposiciones del nuevo gobierno con todo aquel que no puede demostrar un trabajo efectivo, que no tiene una papeleta de conchabo, como le dicen. Si bien ésta era una disposición antigua, se la ha puesto en vigencia con todo rigor, es el nuevo orden que se viene a restaurar. Es el destino de los que no tienen nada.

El teatro languidece, las funciones de ópera ya no se hacen, sólo algún recital con fragmentos aislados, o conciertos con la orquesta sola y ciertas obras teatrales, no muchas. El gobierno, o mejor el gobernador, pero con más precisión la esposa del gobernador no es afecta al teatro ni a las representaciones en escena y muchos menos a la ópera. Tiene el concepto que puede soliviantar los ánimos, puede subvertir ese orden que se quiere mantener e imponer. Es para los señores de levita, dice, para los ilustrados, o sea los otros, no para la gente de pueblo. La inteligencia, el arte, son malas palabras, no debe llegarles a la masa. La gente debe rendirse ante el orden y el poder, el orden del campo, las vacas y las ovejas se entiende, y el poder de sus dueños, los estancieros, es lo único que importa. Por eso también se cerró el Colegio de Ciencias Morales, la naciente Universidad pública, creado unos años antes por Rivadavia, y no precisamente por economía de gastos como fue el argumento utilizado.

Mariano no ha tenido, por ahora, problemas de amenazas o agresiones personales como les ha sucedido a otros. Su condición de “inglés”, tal como se lo conoce en la ciudad, aunque es en realidad por su esposa Leticia, ya que él no lo es y ella sí, le da un cierto amparo ante las bandas que aterrorizan a la población. Su hijo, ligado a una firma inglesa que negocia con el mismo Brigadier, le sirve en el mismo sentido, pero ¿por cuánto tiempo?

En el teatro ha tenido que sacar las telas celestes que adornaban el escenario. Los colores que antes eran motivo de orgullo, que significaban libertad, independencia, igualdad, ahora los ha debido reemplazar por el rojo punzó. Con el celeste se han ido también los ideales que dieron lugar a la Revolución de Mayo. Se ha vuelto a las ideas de la colonia, al catolicismo cerrado, vengativo y terrorista. El miedo ha ganado las calles y las casas, todo lugar público o privado. Nadie quiere hablar demás, ni siquiera dentro de sus habitaciones pues pueden ser oídos y denunciados. Su propia servidumbre puede delatarlos. Aquellos que participaron abiertamente en los golpes anteriores han tenido que huir, muchos son conocidos suyos, unos pocos recibieron la gracia de la indemnidad, vaya a saber la razón, quizás algún trato especial con el Gobernador.

En el ámbito de su actividad, en lo artístico, los amigos que tiene emigran ante la ausencia de propuestas y la escasa actividad. Su colaborador y compañero del teatro, Miguel Vaccani, se fue a Río de Janeiro en febrero de 1830. La familia Tanni hace lo mismo a Montevideo en Abril. Otros, como Teresa Schieronni y su socia Margarita Caravaglia, junto a sus compañeros del “Corps d’Opera Ambulant”, se van a Santiago de Chile. Algunos por amenazas directas, otros buscando mejor horizonte, lo cierto es que muchos se alejan de Buenos Aires. El nuevo orden se impone.

Deambula por las calles y observa festones con telas rojas colgadas de las puertas de las casas. Todo aquel que no se identifica claramente con el nuevo régimen será tildado de traidor, o de “salvaje unitario”, y su vida corre peligro. Desde el gobierno se arman bandas con individuos captados en el poverío que, a manera de policías, recorren calles e intimidan con violencia encubierta a la población. La figura paternal del nuevo gobernador, en su tono de gauchismo magnánimo, es el centro poderoso a quien se debe rendir lealtad y acatamiento. Es la misma relación

establecida entre el patrón de la estancia y su peonada tratada como siervos dependientes. Es el protector todopoderoso, amo y dueño de vida y hacienda, ahora amo y dueño de la ciudad y la provincia que ha venido a restaurar las leyes e imponer el orden y la tranquilidad, la necesaria para que los terratenientes puedan hacer negocios con sus socios ingleses.

Qué lejos siente Rosquellas esa conversación con el capitán francés del barco que lo trajera por primera vez a estas tierras. Dónde quedaron esos ideales de libertad, igualdad y fraternidad que escuchó allá en Europa hace tiempo y que parecía se trasladaban a esta parte del mundo. Todo se ha dado vuelta como un mazo de naipes. Ha vuelto la colonia española, cerrada, autoritaria, represiva, y lo que es paradójico, asociada en el presente como un apéndice a la corona inglesa, servil a sus intereses. Eso parece ser es lo que le da a él cierta inmunidad, por ahora.

Su viejo y fiel criado Zezé, que vino con Leticia desde Brasil, le ha contado con preocupación que un grupo de matones ha venido a presionarlo y hostigarlo para que revelara algunos secretos de sus amos. No supo qué decirles. Sólo atinó a comprometerse a darles alguna información si se enteraba de algo. Pero enseguida les contó eso a Mariano y a Leticia. Su fidelidad es mayor a su temor, por ahora.

Doña Naná no sale ni a hacer las compras cotidianas ni a lavar ropa por el mismo temor, tareas que antes hacía a diario. Pasa sus horas en el amplio patio casero tarareando melodías que trajo de su otra tierra mientras hace los quehaceres propios de la casa. Jacoba se encarga del pequeño Luis Pablo, sólo sale para acompañarlo a sus clases de música con el maestro Massini, a veces ayuda a Zezé. Después le cuenta al padre los adelantos y los elogios del maestro, una manera de honrarlo a él con una caricia necesaria.

Su pequeño hijo es quien le proporciona una alegría entre tantas angustias. Para la celebración del 25 de mayo Luis Pablo hace su primera

presentación en una reunión privada en casa de amigos, su maestro Massini le hace cantar una canción que ha compuesto especialmente para él y la ha titulado precisamente “El 25 de mayo”. Quienes lo escuchan no dudan en felicitarlo y señalar su enorme talento musical. El padre se llena de orgullo, es una gratificación en medio de tantas noticias desalentadoras. Los progresos logrados por Luisito son innegables y están a la vista. Juega con el teclado del piano, esboza alguna melodía hasta darle forma de una pequeña pieza, canta con perfecta afinación, y lo hace de tal forma que parece no esforzarse. ¿Será éste un ámbito propicio para que desarrolle su talento? Aquí no hay cortesanos ilustrados y ahora tampoco burgueses que paguen una entrada. Ni una cosa ni otra. Es una aldea pequeña y lejana, por eso sus compañeros artísticos se han ido en busca de otros públicos.

Leticia suele verse con algunas amigas, es su forma de transcurrir los días, pero en este último tiempo ha tenido serios disgustos por unas hermanastras que vinieron a Buenos Aires poco después de ella, les han hecho enemistarse con un matrimonio inglés, Oddie y Enrique Margin, y como consecuencia ellos les han planteado unas demandas ante el tribunal consular. Agrega esto otro motivo de preocupación pues no sabe en qué puede desembocar ese proceso.

Su trabajo creativo avanza con lentitud. Ha compuesto algunas canciones, pero lo que lo tiene más ocupado es esa gran sinfonía en homenaje al último acto de la gesta liberadora sobre la corona española. Será su gran obra. Al nuevo gobierno le interesan las bandas militares, de hecho hay conciertos de algunas de ellas en las plazas y paseos públicos. En su obra las hará participar, como se solía hacer para las funciones del teatro de los días patrios, cuando las bandas tocaban a las puertas de la sala antes de la misma. Recuerda como alguno de sus integrantes tenían que entrar rápidamente y cambiar de vestimenta para participar en la orquesta del teatro. Más de una vez vio al amigo Massoni hacer esos cambios

repentinos, y a otros músicos también. De la banda a la orquesta, del uniforme militar a la vestimenta de artista.

Si los dramas y las pasiones humanas puestas en un escenario no son bien vistas, algo con tono militar será mejor recibido, especula desde su interior. De alguna manera para sobrevivir quiere adaptarse a los nuevos tiempos. Su hijo mayor, que ha conseguido hacerse de una buena posición en su actividad comercial representando firmas inglesas, lo alienta para ello.

Leticia, en cambio, no se siente tranquila. El recuerdo de su tío fusilado en España le trae malos augurios. Sus preocupaciones sobre lo que se vive en la ciudad son el comentario permanente en sus palabras. Las noticias de los que emigran, las voces de los amenazados por los grupos de tareas policiales, el miedo que percibe con quienes habla, son cosas ciertas que le llegan a sus oídos y ella no puede eludir. No lo quiere hacer ni tampoco dejar de hacerlas ver a su esposo, se lo hace notar en cada palabra que tiene con él. Sus conversaciones vienen cargadas de inquietud y aflicción. Tampoco puede vislumbrar algún tipo de cambio que pueda mejorar la situación, antes bien, cada día que pasa son más preocupantes las novedades que le llegan. Sólo ve un futuro sombrío, cargado de desesperanza, de desazón, como una vuelta hacia atrás, hacia aquello que había pensado dejar atrás al huir de Madrid: el autoritarismo, la intemperancia, la dureza opresiva de un régimen autocrático. La restauración ya vivida en Europa y de la cual tuvieron que escapar para salvar sus vidas.

Mariano padre sopesa por un lado el relato de su hijo mayor halagado por los beneficios que obtiene de la nueva realidad, por el otro las inquietudes sensibles de su esposa fundadas en lo que ella oye y percibe a su alrededor. Aprecia como Marianito ha conseguido hacer su vida, encausarse en sus tareas comerciales, lejos por cierto de cualquier actividad

artística que nunca fueron sus inquietudes ni sus inclinaciones. Ha formado también una familia con una bella dama de la sociedad porteña, y su visión rebasa optimismo. Sus negocios marchan bien y tiene mucho por hacer hacia adelante. Forma parte de los beneficiarios del nuevo orden.

Leticia, por el contrario, toma una actitud negativa, de inquietud, de temor, ¿será acaso su corazón sensible de mujer?, es la duda que se plantea Mariano.

Sus manos se despliegan sobre el teclado del piano mientras estas sensaciones contradictorias sobrevuelan su mente. Ya no hay lugar para ópera, para cantos, para temas de amor, de risas burlescas o de enredos confusos. Un tema bélico, militar, es lo que ahora lo guía. Su hijo lo entusiasma. Pero Leticia le hace ver el reverso. ¿A quien dar más crédito? ¿Quién tiene la verdad?

Las preocupaciones de sus criados sobre amenazas e intentos de sacarles información de lo que se habla dentro de la casa aumentan su intranquilidad.

Por ahora sólo le queda hundirse en la música y en su proyecto creativo.

22

Sábado dos de junio de 1832. Se anuncia para este día el estreno de la Sinfonía de la Batalla de Ayacucho, la gran obra con que Mariano Rosquellas rinde su homenaje a la tierra y al pueblo que lo ha hospedado con generosidad. Muchos carteles desparramados por la ciudad anuncian tal acontecimiento, y en especial varios a las puertas del teatro. Ha despertado gran interés en la gente pues además se han instalado dos cañones sobre la calle y se sabe que si bien no habrá una representación escénica como en las funciones operísticas que allí se realizaban antaño, la misma música tiene una línea argumental, y habrá un gran despliegue alrededor de la misma. Los ensayos han sido a puertas cerradas con la orquesta completa más algún refuerzo, y se ha solicitado la participación de una banda militar y un pelotón de fusileros, a lo que se añade la presencia de los cañones a las puertas del teatro, lo que llama la atención sobremanera. No será una demostración de blandas sensiblerías, enredos amorosos o grotescas situaciones como eran las funciones operísticas, ahora la música tomará un tono épico, marcial.

Mucha gente se congrega al anochecer de ese sábado en el teatro que luce como en sus mejores épocas. Las luminarias externas, de la calle y de la antesala, están encendidas a pleno, y se vive un clima de festejo asociado al anuncio hecho con tanta publicidad. Una banda militar toca desde la calle su música característica como preanuncio al gran estreno, dando el

marco apropiado al carácter presumible de la obra que se escuchará enseguida dentro del teatro.

El público numeroso forma una larga fila para entrar a la sala que se verá colmada, ya que las entradas han sido vendidas en su totalidad. La iglesia de la Merced, calle de por medio, ha cerrado sus puertas de acuerdo a lo convenido para no interferir en la gran gala que se realiza allí al frente, en el Coliseo. De a poco la gente entra y se acomoda en los asientos de la platea, en los palcos, en la cazuela y en todo rincón de la sala. Algunos quedan de pie ante la imposibilidad de haber podido conseguir en la boletería una ubicación. El público de Buenos Aires ha respondido con gran expectativa a la nueva propuesta artística.

Uno de los ayudantes de sala sale desde atrás y enciende las luminarias delante del escenario. Allí se ve a los músicos que lentamente van ubicándose en sus lugares. Prueban sus instrumentos y acomodan las partituras sobre su atril. Entre los más próximos se desliza algún comentario a juzgar por el leve movimiento de cabeza que se dispensan entre sí. A pesar de su profesionalismo sobrevuela cierta ansiedad por el concierto de esta noche. Es algo novedoso, nunca hecho antes. El oboe da la nota para la afinación, tomada primero por el primer violín y luego por toda la orquesta. El timbalista prueba la afinación de su instrumento acercando su oído al parche para escuchar con golpes muy suaves dados con una baqueta. Al plantel normal de la orquesta se han agregado al fondo dos percusionistas con redoblantes y tambores, y de pie, al lado de ellos, están dos ejecutantes de clarín provistos por la banda militar.

En el programa de mano que se entrega al público a la entrada a la sala, además de una reseña sobre la actividad que ha tenido últimamente el teatro y la mención de los músicos que intervienen en el concierto, figura una guía sobre los números que componen esta “Gran Sinfonía de la

Batalla de Ayacucho” compuesta y dirigida por el Mtro. Mariano Pablo Rosquellas, como dice el volante.

Los músicos se ponen de pie, el público hace silencio, y desde un lateral hace su entrada Rosquellas, batuta en mano, vestido sobriamente de negro. No es el personaje de las célebres óperas allí representadas, no está caracterizado como tal, no es el Conde de Almaviva, ni Otello, ni Don Ramiro, ni tampoco el recordado Don Juan, ahora es el compositor y director Mariano Rosquellas, no ya el cantor, sino el creador y maestro en lo que quiere ser su homenaje a la gran gesta libertadora de este continente.

Se sube al podio, espera unos instantes para lograr silencio y concentración, mira a cada uno de los músicos y con un suave braceo da inicio a su obra que empieza con unos acordes lentos y apacibles en las cuerdas sobre los que las maderas van dibujando una melodía lánguida entretejida entre el clarinete, la flauta y el oboe. Es el primer movimiento, el “Adagio que expresa la madrugada”. De a poco sube la intensidad sonora hasta llegar a un breve clímax, y de allí decae lentamente hasta apagarse con suavidad en un alargue errático de esos acordes primeros. Es el preámbulo de lo que vendrá, de lo que será una jornada cargada de altisonancias heroicas y gloriosas.

Un breve intermedio de silencio da paso enseguida a los clarines ubicados al fondo en sus toques característicos apoyados luego por redoblante y la fila de los bronces. El segundo movimiento, “Llamada y reunión del ejército” describe en sonidos los movimientos de la tropa tomando ubicación en el campo de batalla para la gran gesta. Golpes de timbal, redoblante y tambor, sobre los que se apoyan las cuerdas y los vientos dan mayor énfasis a la sensación de desplazamiento y puesta en disposición en el campo de los guerreros en vista al combate.

El tercer movimiento “Marcha del mismo” muestra un ir y venir de notas en escalas crepitantes con golpes de arco en las cuerdas apoyadas por

la percusión en un símil de taconeos y repiques de caballos, potros, cañones y soldados.

El “Paso doble con la caballería” es el cuarto movimiento de la obra. El público sigue con gran atención el despliegue sonoro, y ve desde su imaginación los movimientos dados en el campo de batalla.

Al terminar esta sección un ruido ensordecedor viene desde la calle. A una señal las dos baterías allí dispuestas han disparado sacudiendo el lugar con gran estruendo y haciendo vibrar el interior de la sala, en donde la orquesta ahora toca en su máximo fortísimo con el fondo incesante de la fila de la percusión, y luego sucede a continuación una salva de fusilería de los infantes apostados también en el exterior. Es el quinto movimiento, el “Encuentro y ataque”, que desconcierta de algún modo a los espectadores por el inusitado despliegue de armas y el realismo espectacular del cual son testigos.

Y después de la batalla, una lenta y lúgubre “Marcha Fúnebre”, el sexto movimiento, expresa el dolor y la congoja por las víctimas.

Se cierra la obra con la “Llamada y paso doble que expresa la victoria”, el séptimo y último movimiento.

Un largo y sostenido acorde marca el final de la obra, larga y extensa, de algo más de una hora y media de duración. Con un rápido movimiento de mano Rosquellas indica a sus músicos la conclusión. La gente se pone de pie y empieza a aplaudir, a vitorear, a vivir a sus artistas y en especial a su autor. Un clamor general se levanta desde la sala ovacionando a Mariano.

Allí, en ese punto, Rosquellas se da vuelta hacia el público, agradece con un breve gesto y una frágil sonrisa, inclina con humildad su cabeza, y luego levanta uno de sus brazos pidiendo silencio. El público de pie frena su aplauso. El director entonces sin decir palabra se da vuelta hacia sus

músicos y con un gesto enérgico indica el inicio del Himno Nacional Argentino.

A la señal del artista todos cantan “Oíd, mortales, el grito sagrado / ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!/ Oíd el ruido de rotas cadenas / ved en trono a la noble igualdad...”

Público, músicos, ayudantes, todos los que están en el teatro cantan con fuerza y unción esas palabras. La emoción patriótica llena los corazones de la gente. Los ideales de la Revolución de Mayo, a pesar de todo, no han desaparecido de este suelo, y el maestro es el encargado de revivirlos.

Fue tan grande el suceso obtenido que el concierto debió repetirse a los pocos días, el 17 de junio, con la misma respuesta de la gente.

Semanas después algunos de sus amigos de la comunidad inglesa lo invitan a celebrar y dirigir un concierto sacro en la Iglesia Episcopal Británica. De lo épico pasa a lo religioso. Elige dos autores que mucho tienen que ver con la mejor tradición británica: fragmentos de los oratorios “El Mesías”, “Sansón” y “Judas Macabeo” de Händel, y “La Creación” de Haydn.

El 14 de setiembre de 1832 se realiza con enorme éxito ese concierto.

Regresa a su casa con el eco de los aplausos que resuenan todavía en sus oídos después de estos conciertos que para él son memorables. Si bien no son óperas, es música de otro género y carácter lo que le da satisfacciones y llenan su vida. Tararea alguna de sus melodías preferidas y siente un júbilo interno por lo hecho en los recientes conciertos. Es ya de noche y debe andar con cuidado pues la iluminación pública es casi

inexistente y las calles y veredas con sus desniveles, pozos, lodo, barro y demás accidentes las hacen peligrosas para caminar cuando no se ve bien. Poca gente se anima a andar de noche por las calles.

De lejos alcanza a ver algo extraño en el frente de su casa. Hay algo que no es normal. La puerta parece entreabierta. En el frente hay algo pintado, alguna leyenda. Se acerca y su preocupación crece. Con pintura roja han ensuciado la pared delantera, la puerta está desencajada, parece forzada. No entiende qué pasa. Empuja la puerta principal que se abre con dificultad. Ve cosas tiradas por el piso. Muebles rotos, papeles desordenados, manchas rojas en todas las paredes. Una de esas es una inscripción que parece decir “Religión o muerte, viva la Santa Federación”.

En la última habitación, al fondo del corredor, ve a Leticia aferrada a Luisito. Se acerca a ella y le pregunta con estupor, con angustia, qué ha sucedido.

Leticia, envuelta en llanto, le cuenta de cómo entraron, cómo revolvieron y saquearon todo. Quiénes, le pregunta. Una banda de adictos al gobierno, le responde. Zezé quiso frenarlos, quiso detenerlos y le hundieron un cuchillo en su vientre. Está allí desangrándose, parece que muerto. A Naná y a Jacoba se las llevaron a la fuerza.

No puede ser, es lo único que atina a decir.

Se abraza con Leticia y Luisito.

No puede ser, alguien tiene que responder por esto, atina a pensar y a decírselo a Leticia.

Es como lo que pasó en Madrid, o peor, le dice Leticia, no podemos seguir aquí.

¿Adónde iremos? Le pregunta Mariano. No sé, es la única respuesta de Leticia.

Recorre todos los despachos oficiales adonde le permiten. Primero ve al jefe de policía, luego a funcionarios del gobierno, también intenta acercarse al gobernador o a su esposa pero no lo dejan llegar. Están ocupados, tienen demasiado que hacer, pero que hable con tal o cual, es lo que le responden. Y de todos le llega las mismas respuestas. Estamos investigando, no sabemos bien quienes fueron. ¿Se robaron algo?, le preguntan con cándida inocencia fingida. El pregunta ya con desesperación dónde están Jacoba y Naná. Se habrán ido, habrán escapado, le responden. Quien sabe dónde andarán. Estarán en otro lugar. Han desaparecido. Usted sabe cómo son esta gente. En cuanto pueden se escapan.

A principios de abril de 1833 gestiona los pasaportes para Leticia, Luisito y él. No puede quedarse más en Buenos Aires.

A la preocupación de Leticia le ha encontrado una respuesta. A fines de ese mes de Abril sale una caravana de carretas en dirección al noroeste. Irán primero a Córdoba, luego Tucumán, Salta y finalmente Chuquisaca. De allí salió el primer grito liberador de este continente, le contaron. Es posible que allí sea bien recibido, y tenga la respuesta que busca.

El 17 de abril hace su concierto de despedida. Poca gente va a verlo.

Unos días después prepara su carreta cargando lo que considera más útil e importante. Un piano vertical, que podrá utilizar para alguna presentación, su violín, sus músicas, algunos de sus trajes de actuación, los baúles con ropa.

La despedida con su hijo Mariano es la más difícil. El queda en Buenos Aires con la familia que supo formar. Su sueño se ha cumplido, piensa para sí con satisfacción.

El amanecer de ese día de abril lo ve a él con las riendas en mano al pescante de la carreta, al lado Leticia y el pequeño Luis Pablo. Agita las riendas, pone en movimiento a los caballos, y parte hacia su nuevo destino.

